

FUNDADOR Y PROPIETARIO.-D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR .- D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Anuncios en España: medio real linea.—Comunicanos: 20 rs. en adelante por cada linea.—Redacción y Administración: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de os Rios, Alarcon, Aree, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Pizueta, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo-é Feliu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivera, Rivera, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salvaferon, Serano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varea, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—El tiempo, por D. M. Vazquez Cano.
—Audaces fortuna juvat, por D. Rafael Blasco.—
Animales justamente célebres, por J. S.—Los brujos del siglo XIX, po el Dr. Dulcamara.—El alquimista,—De la elección de monarca, por do a
Luis Cuichet.—Fundamento de la pretendida primacia del Pontifice romano, por D. F. J. Moya.—
Nápoles, por D. Aristeno Teanio —Discurso leid
en la Universidad de Barcelona, por el rector de
la misma, por D. Antonio Bergues de las Casas
—Historia de un loco contada por el mismo, por
D. Rafael Blasco.—Impresiones naturales.—El
siglo XIX, por D. L. V. de C.—El veneno de las
flores, por el Dr. Dulcamara.—Las dos chinelas.
—La higiene y la moda, por D.—La geologia comparada, por el Dr. Machucho.—A Dios (poesia),
por la baronesa de Wilsoa.—Anuncios.

LA AMÉRICA. MADRID 13 DE ABRIL DE 1870.

REVISTA GENERAL.

Nebuloso es el horizonte que á nuestra espalda dejamos, despues de recor-rer el período de la última quincena: agitados y suspensos los ánimos, por acaecimientos diversos recientemente producidos, no sabemos qué definiciones apli-car á ese período, yes lo peor, que cuando desalentados por el pasado, buscamos esperanzas tendiendo nuestra mirada hácia el porvenir, apenas descubrimos un indicio de seguridad, de calma y de firmeza en lo que se presiente ó adivina. No esperamos, ni mucho menos, un fatal resultado, una definitiva ruina para la llegado á obtener; pero á pesar de nuestra confianza, hija del ardiente deseo, cuando nos fijamos en las primeras capas de la atmósfera que nos rodea, cuanpo queremos examinar los inmediatos horizontes que, por detrás y por delante de nosotros se extienden, tenemos por justos y fundados los temores, los descontentos, los pesares y las quejas que por do quiera vemos atestiguados.

No ignoramos que es el de la política un terreno erizado de dificultades y sujeto á frecuentes sacudimientos, y no fueran, por lo tanto, estos naturales fenómenos los que nos inspiraran incertidumbres y cuidados, mas cuando de naturales pasan á ser inusitados; cuando de puramente incidentales se dirigen á alterar la esencia de un órden de cosas determinado, los sucesos deben ya pre-ocuparnos, si no para inspirarnos desaliento, si para movernos à buscar el lenitivo de tan graves males.

¿Qué valen, con efecto, las perturba-

ser natural y genuina consecuencia, de la actitud propia de un partido consecuente? ¿Qué temores pueden infundir las manifestaciones, las invectivas, la oposicion abierta de una agrupacion, en cuyo sistema entran estos actos por una gran parte, siendo, por lo mismo, necesario que con ellos se cuente, y aun que se los tolere y permita?

Cuando una situacion, ya perfectamente asentada y sabedora de la esencia de todos sus elementos, ha llegado á poseer esa conciencia de sus fuerzas y de sus peligros, y contando con estos puede predecir su historia futura, no hay espiritu fuerte que no viva confiado, porque todo sucesonatural, por mas que sea violento, no se presenta con esa forma alarmante de lo inesperado, ni llega á alterar una marcha política que ya se inició so-bre la base de aquel y otros parecidos sucesos

En estos casos, el asombro es solo de los cándidos, el sobresalto de los timoratos, el temor, la sospecha y la duda, de aquellos excépticos que solo en la ma-

lignidad se inspiran y aleccionan.

Pero no sucede así en los momentos actuales. No pare e sino que navegamos á merced de las olas de un mar desconocido; no parece sino que todo lo inesperado antinatural ha venido á realizarse en España, durante el corto período que acaba de trascurrir, sorprendiendo al país es-pectante, y aun sorprendiendo á los mis-mos, que, en busca de obstáculos que oponer à una marcha segura y reposada de la política de la revolucion; no pensamos, ni tememos la destruccion, y ni aun la alteracion de lo que á tanta costa hemos Apenas rota la conciliacion de los partidos monárquicos, suceso del que ya nos ocupamos en nuestra anterior revista, han sucedido á la ruptura otros hechos, que no fueran de extrañar, si otra hubiera sido la posicion del partido disidente; pero dado que éste no pareció deducir de aquella separacion el propósito de ser partido de oposicion intolerante, sino leal sostenedor de la obra que con sus propias manos edificó, y amigo desinteresado del Gobierno á quien prestó antes decidido apoyo, es indudablemente uno de esos sucesos que acabamos de calificar de inesperados, el ver que los ofrecimientos y los propósitos de ese partido se truecan en asechanzas, votaciones hostiles, y toda clase de hechos dirigidos á producir las complicaciones, los sobresaltos y las dudas que realmente hoy han sido fruto de sus planes ya llevados á cabo.

Por otro lado, un partido extremo, cuya agitacion ya por lo constante es conciones momentaneas y ya previstas, que vienen á dificultar la accionde un Gobierno; que son las escaramuzas parlamentarias, cuando ni su carácter se presentarias, cuando ni su carácter se presenta dicion de su vida, y con la cual hay que contar, despues de hacer profesion de prudencia y sensatez, vése desatendido por sus mismos prosélitos, y su agita-

ta sangriento, ni su provocacion deja de | cion, actitud, como ya hemos dicho, natural, se convierte en insurreccion, acto

inesperado, políticamente considerando la situacion de los partidos.
¿Qué significa, pues, todo eso? ¿Qué rasgo tranquilizador podenos descubrir por la considerando de la considerando entre tales complicaciones? Meros cronistas como somos, hoy mas que nunca pensamos deber abstenernos de toda apreciacion, ya que ni uno ni otro de los dos graves sucesos que acabamos de citarlha llegado á una extrema resolucion, y no podemos, por lo tanto, apreciarlos con exacto conocimiento. Hagamos, pues, historia, pura historia, y dejemos á los mismos hechos el encargo del comentario.

La retirada del Sr. Becerra del minis-terio de Ultramar exige, por su órden cronológico, que le consagremos, antes de pasar à esos otros puntos de mayor trascendencia, las breves consideraciones que nos inspira.

Debido éste, que nopuede considerarse otra cosa que incidente de la política, á causas puramente particulares, no revela fenómeno alguno sustancial, ni puede por lo mismo conducirnos al estudio de su origen, ya que nosotros, preocupados esclusivamente en la causa de la revolucion de Setiembre, no prestamos atencion solicita y profunda mas que á aquellos acontecimientos que indican proceder de motivos intimamente relacionados, en contra ó en pró, con el porvenir de aque-

Hubiera podido preocuparnos la dimision del Sr. Becerra, si con ella hubiéramos visto peligrar las medidas acerta-das y enérgicas que habia inaugurado; mas sustituida su autoridad é inteligencia, por las que el Sr. Moret iba á aplicar, y seguros de que los proyectos de reformas ultramarinas, ni sufririan alteraciones esenciales, ni tampoco interrupcion en su planteamiento, bien pudimos des-de luego felicitarnos de que aquella cri-sis parcial para nada habia de influir en la marcha de los negocios de Ultramar.

Así se vió templado el pesar, que en el primer momento sentimos por la retira-da del Sr. Becerra. Siempre, y de todos modos, se debe á este un envidiable timbre de gloria; que lo es, y grande, el ha-ber dado impulso á la revolucion en los puntos que bajo su influencia estaban, y haber estendido los beneficios de la libertad hasta los climas de nuestras Antillas, hasta el presente sujetas á regimenes excepcionales y humillantes.

Bien es cierto que en realidad no han llegado todavía á producirse tan bellos resultados; bien es verdad que al Sr. Be-cerra no le ha sido dado llegar al planteamiento de sus proyectos; pero ¿disminuye esto para nada la honra de haber iniciado con ellos una marcha liberal y que en breve descubrirá à aquellos países la

amistad, la solicitud y la justicia de Es-paña? ¿No habrá sido él el primero en pensar y obrar revolucionariamente en pró de las colonias ultramarinas. á las cuales se ha tratado hasta hoy como ver-dadero país de conquista?

Cabele al Sr. Becerra, despues de su retirada, una buena suerte; la de que el jóven demócrata, su sucesor, será su émulo y no su rival; el continuador y no el demoledor de su obra.

III. Mayor trascendencia ofrecen los dife-rentes hechos que dentro y fuera de la Cámara han sucedido á la ruptura de la conciliacion. La actitud que desde luego tomaron los partidos, á ser cierta, leal y duradera; no hacia presagiar consecuen-cias lamentables de aquel acto violen-to. Una vez serenados los ánimos y llegado el momento de que se acomodara cada partido en la forma que los hechos le habian procurado, se produjeron posiciones y actitudes, que en verdad nada tenian de alarmantes, y si bastante de tranquilizadoras.

Al paso que los elementos consecuen-tes del partido radical se estrechaban, y mútuamente se inspiraban aliento y firmeza para seguir decididamente hasta el último término de la senda revolucionaria, el partido unionista afirmaba no ver en la ruptura que acababa de suceder, una ocasion de ponerse en frente del Go-bierno, ni de declararse enemigo de la situacion.

Mas no en vano pasaron dias; que la divergencia declarada, y sin límites ya donde conservarse, hubo de ir creciendo mas y mas, hasta el extremo que, sin mostrarse la union liberal franca adversaria del partido radical en su conjunto, empezó dirigiendo sus tiros á la fraccion democrática, como ofreciendo á la progresista favor y apoyo, en premio de la ruptura con los democratas a que evidentemente le invitaba.

En semejante trance, thabia para el elemento progresista vacilacion posible? No, ciertamente: ser ingrato para con sus aliados fieles y leales, para mostrar afecto á quienes tan desafectos se les mostraron, no cabia en su generosidad, en su hidalguia, y menos en sus intereses. Estos, para un partido, son aquellos que conspiran al fin ó ideal que el partido se propone; y el progresista, hoy revolucionario, no puede vivir unido mas que con un partido que tambien lo sea, y no por transaccion, ni por compromiso, como lo es el unionista, sino por naturaleza y conviccion, como lo es el demó-

Hé ahí, por consiguiente, cómo habiendo seguido cordial y firme la alianza de los radicales, se produjo este hecho inesperado de convertirse la union liberal en oposicionista sistemática, en constante perturbadora de los actos y de las

sioso por llegar al cabal sancionamiento de las libertades que proclamó, no pudo menos de ver con gozo que las solicita-ciones del partido hábil no habian dado en el suelo con la prudencia del partido

Mas hé aqui, que si la ruptura ó la separacion no se produjo, hemos visto, sin embargo, vacilar al Gobierno y aun á la mayoria que le apoya, y debilitarse aquel valor y aquella decision que se demostró en los primeros momentos siguientes á la ruptura de la conciliacion. Sensible es decirlo, pero aquella exaltacion que de súbito nos alegró, mejor fué el enardecimiento, que la reflexion, y mejor el alarde, que el propósito, en el

Pasados los primeros momentos decayeron los ánimos; con pesar no hemos visto cumplidas las promesas ni colmadas las esperanzas. Ha renacido la vacilacion, vivimos otra vez en la duda, y si adelantamos es á viva fuerza, no con madurez, satisfaccion y provecho. Se nos promete un decidido cambio en este modo de obrar; todos los dias se anuncia con mayor insistencia. Realicese, pues, la promesa, porque tal empieza ya a ser algo tarde.

IV Por graves y profundas que sean las agitaciones que acabamos de referir, ninguna puede igualarse con la que ha producido y mantiene la insurreccion que ha estallado en Cataluña con motivo de las quintas.

Ignorantes todavía, á la hora que es-cribimos estas líneas, de las verdaderas proporciones del movimiento, é inseguros del carácter con que se presenta, mal podemos juzgar de él, y menos presentir lo que del mismo puede resultar.

Al paso que hombres y periódicos importantes del federalismo se esfuerzan en negar que su partido sea el autor y el sostenedor de la sublevacion, otros periódicos y otros hombres que cierta-mente en su comunion se distinguen por ser los menos sensatos y los mas vocingleros, afirman y aseguran que los federalistas de Barcelona son los que se han levantado al grito de rebelion y que se mantienen en esa lucha insensata, que forzosamente debe acabar por una derrota y un escarmiento de los rebel-

No entraremos en la apreciacion de las causas que á tan sensibles acontecimientos dieron ocasion: nos lamentaremos, si, dolorosamente de ese divorcio constante entre gobernantes y goberna-dos, que está siendo en España la causa de tantas perturbaciones y tantísimo ma-lestar; nos lamentaremos de que simples inteligencias vulgares hayan buscado el camino por donde se llegará á ese divorcio: de que la ignorancia y la pasion hayan sido la única norma que se ha dado à las masas; de que se haya enseñado á estas á confundir la energía con la vio-lencia, y la fortaleza de ánimo, con el ódio y el rencor.

Cuando las vías legales se hallan tan perfectamente espeditas, como lo están al presente, el lenguaje de la fuerza ni tiene razon de sér, ni tiene justicia que

Tranquilos esperamos la accion del Gobierno, pero esto no impide que nos afecaspiracion de unos sonadores o ambiciosos tiene el poder de desgarrar el seno de nuestra patria, tan merecedora, despues de tanto sufrir, de disfrutar la paz, la gloria, la grandeza de una nacion libre y civilizada.

EL TIEMPO.

Pocas cosasse hallarán mas dignas de llamar nuestra atencionque esa continua sucesion de séres que nombramos tiempo, sin que hasta ahora haya podido definirla ningun filósofo. Deslízase de las manos en el mismo momento en que se intenta fijarla, nos acosa sin darnos punto de reposo, y sirve de igual modo al sabio que al ignorante, al hombre de bien y al malvado, al docto y al insen-

Lejos de considerar el tiempo como el don mas precioso del cielo, una gran parte de los hombres lo disipa, lo profana, y por un inconcebible trastorno del órden natural, confunde el dia con la noche, por mas que el Creador haya hecho el dia para el trabajo y la noche para el aquel no es absolutamente necesario,

resoluciones de la mayoría. El país, an- reposo. «Es necesario matar el tiempo,», consiguen, valiéndose de este inocente dicen los desocupados, y en verdad, es el tiempo el que nos mata. «Nunca oigo »sonar un reloj, decia un gran filósofo, »sin sentir cierta emocion. Es una voz »terrible que llega à advertirme que mi »vida se desliza como las sombras, y que »dentro de algunos instantes me hallaré a su término.»

En nuestra primera juventud los me-sesse nos antojan años: despues, los años se nos figuran meses, y nos admiramos al contemplar en un momento á nuestras espaldas una comitiva de cuarenta ó ciucuenta años, que han pasado como cincuenta minutos, y de los cuales no nos queda mas recuerdo que de un sueño medio borrado en las tinieblas de la no-

No es necesario molestarse registran-do la antigüedad ó interrogando á las pasadas generaciones, para saber que la vida del hombre no contiene mayor suma de realidades que un fantástico sueño. Contemplamos cual se deslizan á nuestra vista las generaciones, y nos vemos nosotros mismos deslizándonos hácia la muerte con nuestras grandezas y proyectos gigantescos, como las ondas de un rio van corriendo hácia la inmensa tumba del mar. «No hice mas que pa-»sar, ha dicho el Rey Profeta, y ya ni el »impio hallé, ni el lugar en que estaba.» Transivi et oeee non eret; quæsivi cum, nec est inventus locus ojus.

Corriendo vamos á través de los inmensos espacios del tiempo sin conocerle. Hallandonos sumidos en su inmensidad, cual en el mar los peces, no tenemos una idea de él; y si nuestro naci-miento, nuestro fin, y algunas épocas notables no determináran algunos de sus puntos, no nos quedaria mas reminis-cencia del tiempo que si nunca hubiera existido. Empero, este tiempo constantemente pródigo de nuestra duracion y de nuestro fin juntamente, se fija en cierto modo, por el uso que de él hacemos, perdiéndolo para siempre por nuestra ociosidad. Y sin embargo, ¡cuántas cosas tenemos á nuestro alcance para aprovechar el tiempo! Los cielos, para contemplarlos y sumergir nuestro espíritu en su luminosa grandeza; la tierra, para arrancar con nuestras manos el tesoro inagotable de bienes que encierra en sus entrañas; las ciencias, para estudiarlas y alimentar con sus eternas verdades el hambre insaciable de nuestra alma; la patria y la sociedad para amarlas y ser-

Por eso quebrantamos la armonía del universo al convertirnos en séres menos útiles, tal vez, que las mariposas, echán-

donos desmayados en brazos del hastio Si echamos una rápida ojeada sobre la tierra, descubriremos un gran número de hombres que vegetan en una horrible indolencia, que solo saben fumar, comer, dormir y vestirse. El génio de la inercia parece haber derramado allí su letárgica influencia sobre todas las clases: todos abrigan un deseo cuya realizacion es su mas dorado ensueño: no trabajar, por mas que Dios nos haya dicho á todos indistintamente: «Comerás el pan que ganes à costa del sudor de tu rostro.»

Parécenos tan breve la vida, que á cada momento nos quejamos de su poca duracion, y no sabemos cómo pasar los dias que nos abruman de fastidio. Deseamos envejecer sin cesar, y quisiéra-mos conservarnos siempre jóvenes ¡Qué contradiccion!

Vagando sin treguas por los ignotos campos del porvenir que nos pertenece, nunca gozamos del presente, que es nuestra indisputable propiedad. Todo lo diferimos para el dia siguiente, como si tuviéramos la seguridad de verlo; pero el «mañana» nos es tan ajeno como el «ayer:» y el ayer se halla mas lejos de nosotros que el año que está por venir. Verificase de una manera tan imperceptible nuestra transicion del pasado al presente, que á duras penas podemos darnos cuenta de ello.

Solo el hombre trabajador que cumple religiosamente el precepto del Eterno, procurándose su subsistencia y la de su familia con el sudor de su rostro: solo el hombre sabio que, sumido en las profun-didades de la ciencia, se afana por arrancarle las verdades, los útiles secretos que redundaran en beneficio de todos sus semejantes: solo estos, repetimos, están ciertos de gozar plenamente del tiempo que dure su peregrinacion por la tierra. Robando al sueño los instantes en que

ardid, prolongar mas su vida para mejor aprovecharla. Nada mas justo que sustraer algo á la rapacidad de un tiempo que de todo nos despoja á su vez; que despues de habernos arrebatado sucesivamente cabellos, dientes, fuerzas, inteligencia y memoria, arrebátanos, en fin, á nosotros mismos, arrojándonos como cosa inútil en el olvido del no ser, y de una manera tan completa que muy pronto ni recuerdo queda de nosotros, y nos convertimos en ese polvo que huellan los piés del viajero.

Nos representamos los filósofos sepultados en sus gabinetes, como en su tumba, vengando al tiempo de la profanacion que de sus dias se hace. Consagrando todos sus instantes al estudio y á la meditación, miran con lástima á la ma-yor parte de los hombres envueltos por el circulo de los tiempos cual por un torbellino que los aturde y que apenas si los deja espacio para mirarse. Parece como que no pertenecen al siglo en que viven, para poder vivir en la eternidad. Agenos á todo lo que no es espíritu, parecen muertos á los ojos de los que no conciben mas muerte que la privacion de los placeres materiales.

Diriase que intentamos vengarnos del tiempo, pues del mismo modo que él marchita nuestras facciones, nosotros marchitamos sus mejores dias, abriendo contínuas brechas á nuestra vida, que deberia estar llena de acciones meritorias. Las horas suceden á los minutos, tan solo para formar eu torno nuestro un vacío que nos horrorizaria si quisiéramos reflexionar.

Vivimos rodeados de relojes que, por do quiera y en todos los tonos imaginables, nos advierten lo fugaz de nuestra existencia, y no pensamos que muy en breve han de indicarnos nuestro áltimo instante, cual si á nuestro alcance estuviera el retardarlo.

¡Oh tiempo! Cuán precioso debieras sernos tú, y cuán dignos de lástima somos nosotros cuando te prostituimos, sin recordar que tú no retrocedes, que vas á perderte en un abismo incomensurable, semejante á la nada; en el insondable abismo de la eternidad.

Cuando ya tú no existas para nosotros; cuan la ley inmutable de la eternidad nos abarque, entonces sentiremos todo el valor del mas fugaz de tus instantes. Lloraremos entonces nuestra indolencia y nuestra torpeza que nos han impedido hallar en el rico tesoro de tus dias y de tus años los medios de contribuir á nues-

tra dicha y á la de nuestros semejantes. M. VAZQUEZ CANO.

AUDACES FORTUNA JUVAT.

Carta á un tal Lopez.

No es extraño, amigo Lopez, que habiéndote alejado del pueblo hace tantos años, nada se-pas de la vida y milagros de César y Modesto, nuestros compañeros de la infancia. El viento de la fortuna nos apartó á los dos de los patrios lares, y si bien yo he vuelto a visitar por pocos dias los lugares donde corrieron nuestros primeros años, tú no has tenido este placer, que placer y grande es renovar los recuerdos de épocas felices que pasaron para no volver ja-más. Momentos hay en que la nostalgia me hace repetir aquellos versos de Lista:

¡Dichoso aquel que no ha visto Mas rio que el de su patria Y vive auciano á la sombra Do pequeñuelo jugaba!

Lo primero que hice cuando me encontré en el pueblo, fué preguntar por Modesto y Cé-sar: el primero no vive hace años allí, el segundo vino en el instante á darme un estrecho

Despues anudamos una de esas conversacio-nes de pequeñeces, denimiedades, de recuerdos, fastidiosas para los indiferentes, interesantísimas para los que se vuelven á ver tras de larga ausencia, en que se relatan hechos pasados y se comunican aflicciones, dichas, desengaños y esperanzas, conversacion queduró tanto como mi estancia en el pueblo. De esta conversacion he tomado los datos que voy á trascribir al papel para satisfacer tu curiosidad.

No habrás olvidado la diferencia de carácter que se notaba ya desde la niñez entre Modesto, el hijo del boticario, y César, el del médico de nuestro pueblo. Como acontece con frecuencia. eran sus nombres la antitesis de sus tendencias. de su idiosincracia moral, si me es lícito usar esta trase. Modesto era torpe, y sobre torpe des-aplicado; pero su petulancia no tenia límites; mentia mas que un periódico ministerial y ha-cia su propio elogio con un descaro que rayaba en desvergüenza. César, por el contrario, tenia un talento claro, pero desconfiaba de sí mismo; los aplausos le anonadaban y su encogimiento delante de gentes le perjudicaba en no pocas

ocasiones. Tanto era así, que en los exímenes que se verificaban en la escuela, lucia mas el inepto Modesto que recitaba con desparpa o una fabulilla aprendida de memoria, que el pobre César que olvidaba todo lo que sabia desde el momento en que veia fijas sobre él las miradas del público.

Nuestros amigos estudiaron juntos en el ins-tituto de la capital de la provincia, distinguién-dose como siempre, César, por su aplicacion y Modesto por su travesura, y llegaron á esa peligrosa edad en que el adolescente se hace hombre, época que decide por lo regular, de la felicidad ó la desgracia de toda la vida. César determinó seguir la carrera de médico, Modesto decidió no estudiar ninguna, porque los libros le abarrian y encontraba mas agradable pasar los dias y las noches en diversiones y pasa-

Así trascurrieron algunos años: y si bien los dos amigos andaban desacordes en cuanto á la ciencia, se hallaban unidos con los futimos lazos de la conformidad política. César y Modesto fi-guraban entre los partidarios de las ideas liberales: el primero era muy apreciado entre sus amigos por la lucidez con que exponia sus doc-trinas, por la seguridad con que leia en el por-venir; el segundo aparecia siempre exajerado en sus opiniones, intransijente con amigos y contrarios, alborotador sempiterno, promove-dor de pendencias por un quítame ellá esas pa-jas. El primero lucia, el segundo abrasaba, pero aquella luz iluminaba no mas un reducido círculo, mientras que este fuego se percibia á larga distancia y hasta inspiraban respeto sus-

siniestros resplandores. Modesto se enamoró: le faltaba en el pueblo una distraccion y la encontró en una jóven bo-nita y virtuosa que tuvo la desgracia de apasionarse de él. César sentia la necesidad de amar; su corazon, que latia por todo lo noble, lo grande, lo digno, lo santo, deseaba encontrar etro corazon que le alentara en el espinoso camino de la vida; pero falto de bienes de fortuna creyó que debia reprimir los impulsos de su alma y esperar a mejores tiempos para consentir la expansion de aquel cariño latente, tanto mas puro, mas dulce, mas afectuoso, mas tierno, cuanto mas contenido y reconcentrado. Un dia Modesto manifestó 4 su novia, llamada

Isabel, que iba á abandonar el pueblo: Isabel lloró, pero su prometido le aseguró que se marchaba a Madrid a buscar una posicion social que en vano trataba de alcanzar en aquel villorrio. La jóven abrió su pecho á la esperanza y le re-galó una medalla de la Vírgen á la que tenia especial devocion. - Toma, le dijo, que este recuerdo te acompañe siempre y que sea prenda

segura de cariño. A los pocos meses se supo que Modesto había aceptado un destino del gobierno reaccionario que entonces regía el país, dando la espalda á la libertad y olvidando su antigua intransigencia: al mismo tiempo dejó de escribir á Isabel. César, que acababa de doctarse en medicina, le escribió recordándole sus deberes de amante y de ciudadano, y no obtuvo contestacioa.

Una nueva evolucion política proporcionó á Modesto un nuevo y mas pingüe destino; los periódicos ministeriales empezaron á ocuparse de él y le llamaron distinguido y celoso funcionario y elogiaron sus grandes dotes y su esclarecido talento. Por supuesto, que continuaba tan zo-te y tan petulante ó mas todavía que cuando residia en el pueblo.

César, entretanto, acariciando dulces esperanzas salió para Madrid, determinado á hacer oposiciones á una cátedra que se hallaba vacante. De haber insistido en su propósito, es probable que hubiera conseguido su objeto, pero supo que entre los opositores se hallaba un médico de gran erudicion, encanecido en la práctica de la ciencia, y creyó que no debia luchar con quien gozaba de general reputacion y merecido crédito. Por lo tanto, dió un abrazo á sus antiguos compañeros de universidad y se volvió al pueblo, tan pobre como de él habia salido, pero muy contento por haber de tan digna manera procedido.

Entretanto la estrella de Modesto brillaba con nuevos resplandores. A los ataques que sobre su consecuencia le habían dirigido los periódicos, contestó con un escrito audaz, en que decia que era dueño de cambiar de ideas siempre que le acomodara, que se habia convencido de la falsedad de las que había sustentado anteriormente y sobre todo, que estaba harto de verse rodeado de gentes sin fortuna, de harapientos con pretensiones, que no eran otra cosa los desdichados amantes platónicos de una teoría política.

Esta carta podria resumirse en una frase estúpida: «Dame pan y llámame tonto,» pero sus nuevos amigos la acogieron con aplansos, ento-naron himnos en loor de su autor y le presenta-ron como ejemplo de dignidad y de decencia a las generaciones presentes y futuras. A consecuencia de este rasgo, se propuso á Modesto para diputado por un distrito vacante.

Isabel habia caido, al verse burlada en sus esperanzas, en una profunda tristeza: César conoció que aquella enfermedad tenia su asiento en el alma y trató de proporcionarle un remedio, que era amigo de la pobre jóven y trataba de salvar su vida gravemente amenazada. Decidió-le á ello un suceso lamentable; la madre de Isabel, único pariente que tenia la jóven, falleció por aquella época y quedó la infeliz sin fortuna y sin proteccion en el mundo.

César salió de nuevo para la córte, decidido á hablar sobre el asunto á Modesto: tenia además otra pretension: la del que el presunto di-putado le recomendara al alcalde del pueblo mas influyente entre los que iban á nombrarle su representante; la plaza de médico-titular de dicha noblacion tenia un buen sueldo y César Oriente linda con el rio Hinaman, por el Sud con deseaba obtenerla.

Trabajo le costó á César ver á Modesto, que recibió con aire de presuntuosa proteccion. Explicó César en sentidas frases el motivo de su viaje, y pasando ligeramente sobre su asunto, se extendió sobre el abandono en que habia dejado á la pobre Isabel, que confiaba en sus promesas y que esperaba su cumplimiento, á pesar de su villana conducta.

Modesto sonrió desdeñosamente y le contestó que la plaza de médico la tenía reservada para otro profesor que le habia prometido llevarle á las urnas cincuenta votos.

— Me prometes otros tantos, cuarenta al me-nos? preguntó Modesto.

-Ni cuarenta, ni uno siquiera, respondió

-Entonces es diffeil...

-¿Cómo he de trabajar en favor tuyo, si mis ideas son las mismas que profesabas en otro

tiempo, y de las que reniegas hoy?
—¡Bah! ¿y tienes escrúpulos de abandonarlas? Yo no tengo otros principios que los de la mesa y vivo feliz y satisfecho.

-Mi conciencia no es de goma elástica. -Tú no harás carrera, amigo mio, eres un pobre muchacho sin porvenir.

-Basta, no hablemos de eso; me repugna tu cinismo, exclamó enérgicamente César, hablemos de Isabel. Qué le digo á esa pobre jóven?

—Toma, entrégale este documento.

Y puso en manos de César una esquela en

que se anunciaba su enlace con doña Angustias Rompelanzas.

César se marchó decidido á no volver á cruzar la palabra con su antiguo amigo. Aquel mismo dia supo que dona Angustias era una vieja repugnante y millonaria; al siguiente se volvió al pueblo.

Por el camino reflexionó sobre la horrible pena que iba á causar á Isabel, noticiándole la infamia de su amante, y un pensamiento brotó en su mente y se propuso llevarlo á cabo. Ya te he dicho, amigo Lopez, que César no se

habia enamorado jamás: allá en sus sueños de ventura habia divisado una mujer angelical, virgen de todo cariño, y de aquella creacion de su fantasfa se habia apasionado con entusiasmo. Cuando yo tenga una aventajada posicion, se decia, entonces buscaré en la tierra la realidad de mis ensueños.

Pues bien, nuestro pobre amigo, que se me-cia en las regiones mas ideales de la poesía, que buscaba el amor primero, exclusivo, único de una mujer, se presento a Isabel y la dijo:—Modesto no existe ya para tí; no me preguntes el motivo, pero su amor ha muerto: estás sola, sola en el mundo, yo no puedo ofrecerte una proteccion que te deshonraria, ¿quieres ser mi esposa? Yo sé que no me amas, quizá no me ama-rás nunca, pero me contentaré con ser tu her-mano, tu amigo. Yo te consolaré cuando suiras. yo enjugaré tus lágrimas cuando llores, yo seré tu protector en todas ocasiones.

¡Qué sacrificio, amigo Lopez, tan generoso, tan noble, tan desinteresado! ¡Qué corazon tan grande el de César! I-abel, que tiene un bello corazon y un claro talento, dudó algun tiempo; pero al fin acepto la oferta; hoy dice que ama a Cé-sar y lo creo, pero nuestro pobre amigo, que al parecer adora a su mujer, ¿la adora en efecto? Yo creo que lleva su abnegacion hasta la subli-

midad del fing miento. El mismo dia que se casaron Isabel y César, llevó al pueblo un periódico el primer discurso del nuevo diputado, del acaudalado banquero, del alto empleado, del importante personaje político, de Modesto, en fin. Despues ha circulado su nombre en varias ocasiones como candidato para desempeñar un ministerio, y nada ten-drá de extraño que le veamos el dia menos pensado rigiendo los destinos de esta desventurada nacion.

César ha desistido de sus antiguos proyectos; cree que ha nacido para vivir y morir pobre y olvidado, y no piensa en abandonar el pueblo donde vió la luz primera y donde es vendecido por toda clase de personas. Firme en sus convicciones, ni los contratiempos, ni las penalidades han podi to doblegarle. ¡Qué temple el suyo, amigo Lopez! Parece un ciudadano de los buenos tiempos de Grecia.

Yo le pregunté: - ¿ No envidias la posicion de ese audaz á quien favorece la fortuna, de ese tránsfuga de todos los partidos, de ese mero-deador del matrimonio, de ese millonario improvisado?

-No; me contestó, no le envidio.

Por qué? -Porque yo duermo tranquilo, y el debe sentir en su corazon el grito de la conciencia.

-Dame un abrazo, exclamé; á los hombres como tú les llega tambien su dia: no hay virtud sin recompensa: si hoy vives oscurecido, dado, á pesar de tu talento y de la bondad de tu alma, mañana serás distinguido y apreciado por las gentes, mañana sonará para tí la hora de la justicia.

¿No eres tú de mi opinion, Lopez? ¿No crees que César ha de alcanzar el premio de sus sacrificios? En cuanto á Modesto, no necesita castigo; bastante castigado está ya con el desprecio que su conducta inspira á todas las gentes hon-

RAFAEL BLASCO.

ANIMALES JUSTAMENTE CÉLEBRES.

«La naturaleza me dió cuerpo de mujer, pero mis acciones me han igualado al hombre mas es-

el país del incienso y de la mirra, y por el Nor-te con los Sakas y Sogdianos. Antes de mí, ningun asirio habia visto mares, pero yo he visto cuatro adonde nadie llegaba por estar muy remotos. He obligado á los rios á seguir el curso que queria, y que siempre ha sido por los sitios en que eran mas útiles, fertilizando la tierra estéril, y regándola con las aguas; he erigido fortalezas inespugnables; he construido cou el hierro caminos al través de peñascos impracticables; he abierto a mis carros sendas, que ni las mismas fieras habian recorrido, y en medio de estas ocupaciones, he tenido tiempo para mis ocupaciones y para mis amigos.»
Así habla Semíramis de sí misma, en una ins-

cripcion que, segun dicen, encontró Alejandro en los confines de la Escitia, y que Polieno ase-

gura haber conservado. No es precisamente Semíramis el primer criminal célebre que mis recuerdos históricos me traen en este momento á la memoria; pero no se puede pensar en la grandeza fabulosa de la gran reina asiria, sin fijar la atencion en la ce-lebridad histórica del animal mas grande que pisa la tierra despues del diluvio.

Se duda si Semíramis sometió á su dominio todo el Egipto y la mayor parte de la Etiopía; mas se cree que, excitada su codicia por las ri-quezas de la India, preparó una expedicion for-

midable contra aquella region del Asia.
Estratobatis, rey de la India, se preparó á recibir á la reina de Babilonia, y opuso al impetu de los ejércitos victoriosos de la mujer mas sensual que recuerda la historia de aquellos tiempos, la fuerza de los animales mas castos que se encuentran en las variadas páginas de la historia

Quiero decir que los elefantes de Estratobatis destrozaron el ejército de Semíramis, reduciéndolo á la tercera parte.

La mujer de Nino retrocedió fugitiva á las orillas del Eufrates, y no volvió á pensar mas en las riquezas de la India.

En nuestros tiempos, Inglaterra, como si fue-se la heredera del honor de Babilonia, está vengando, en las orillas del Indo, el desastre de Semíramis.

El primer bruto célebre que nos encontramos en el umbral de la historia profana, es el elefante vencedor de Semframis.

Cualquiera que sea nuestra vanidad de hombres, no podemos negar que Estratobatis, hom-bre y rey, debió su triunfo á los elefantes que acometieron sin su órden y vencieron, digámoslo así, sin su permiso.

El honor de esta victoria les pertenece, y si los 300 lacedemonios de las Termópilas supieron morir, los elefantes de Estratobatis supieron vencer; y si Semíramis hablara, nos diria que hubiera preferido encontrarse á los lacedemonios de las Termópilas, mas bien que á los elefantes de la India.

Sin que lo diga, podemos asegurarlo; porque en el primer caso habria sido vence lora, y en el segundo caso fué vencida.

Las trompas de la fama han llenado el mundo con la gloria de aquellos héroes: mas modestas las trompas de los elefantes han permanecido

mudas. Cuenta Herodoto, que los siete conjurados que dieron muerte a Smerdis, usurpador del trono de Persia, se encontraron sin saber qué hacer de aquel imperio sin rey, y erigiéndose en una especie de Asamblea constituyente, discutieron la forma de gobierno que habia de adop-

Dario, que era uno de los conjurados, sostuvo la conveniencia de la forma monárquica, que fué aceptada por los siete.

La primera dificultad estaba vencida; pero quedaba la segunda. Tenian monarquía; pero faltaba el rey. Allí estaba la corona; pero, ¿dónde estaba la cabeza?

Antes de resolver esta segunda dificultad, se otorgaron toda clase de honores y de preeminencias, y despues pensaron en el rey.

Habia que elegirlo, y claro es que en el caso de una votacion, cada uno de los siete conjurados se hubiera elegido á sí mismo para rey de Persia.

Entonces idearon una especie de plebiscito, confiando al mas noble de los brutos el árduo encargo de elegir monarca.

Convinieron, pues, en que á la mañana siguiente se presentarian los siete delante de la ciudad, y el caballo de aquel que relinchara antes, seria proclamado rey.

No estaba este sufragio exento de la influencia moral necesaria en estos casos, y el escude-ro de Dario halló medio de poner anticipadamente en la espumante boca del caballo de su amo el relincho vencedor.

El caballo de Dario relinchó antes, y Dario fué rey de los persas.

Hé aquí el segundo animal célebre que nos recuerda la historia.

Los elefantes de Estratobatis usurparon al ejército indio la gloria del triunfo; el caballo de Dario usurpó al pueblo persa el derecho electoral.

Hicieron los elefantes lo que no consiguen hacer todos los ejércitos. Hizo el caballo de Darlo lo que apenas saben hacer los pueblos modernos.

La gloria de este noble bruto es mas grande de lo que parece á primera vista, y conviene examinarla á la luz de la razon y de la historia. Yo pregunto: ¿llamado el pueblo persa á designar su rey, hubiera elegido á Dario?

Puede que haya quien conteste que sí, y en-

Pero es indudable que el pueblo persa pudo elegir á otro, y entonces es históricamente incontestable que el caballo de Dario tuvo mas talento que todo el pueblo, pues no vaciló en elegir

al único que merecia ser elegido.

Los votos del pueblo hubieran podido designar a cualquiera para ceñir la corona de Ciro; pero el relincho del cabal o de Dario supo designar al que podia ceñirla.

Corresponde, pues, á tan noble bruto el honor de elegir rey, y la rara gloria de haber sabido elegirlo.

Cuatrocientos veintiocho años antes de Jesucristo, vino al mundo en Atenas un niño, que sus tiernos padres debieron recibir con viva alegría, y al que, de seguro, los cultos atenienses recibieron con completa indiferencia.

Llegó a contar algunos años de vida, y toda-vía la sábia Grecia ignoraba su nombre y le llumaba Aristocles, porque así se llamaba su abuelo.

Como no sabia hablar, no podia decir quién era, y los atenienses hubieran tardado algun tiempo en penetrar el misterio de este niño, si no se hubiera anticipado á su gloria una singular profecía.

El sueño es el placer de los niños, porque deben creer que durmiendo se sustraen al dolor de haber nacido, ó porque el cielo es para ellos el umbral del mundo á donde vienen, desde el que pueden ver el mundo que dejan.

Ello es que Aristocles dormia una mañana de-bajo de un mirto, cuando un enjambre de abejas rodearon su rostro, parandose algunas en sus labios, y desde aquel momento corrió por Atenas la noticia de que aquel pequeño niño llegaria a ser un grande hombre.

De aquella boca libada por las abejas, debian salir mas tarde raudales de dulzura, la miel de la elocuencia, y queriendo perpetuar en la glo-ria futura del hombre la gloria del animal que lo habia descubierto, le llamaron apis atica, abeja ateniense.

Aquel niño fué hombre, y aquel hombre fué Platon.

Si Colon hubiera descubierto la América antes de que América existiera, habiéramos añadido á nuestra admiracion el mas profundo asom-

A los ojos del mundo atónito, la gloria del inspirado genovés, habria sido la primera gloria de la tierra

Pues bien, las abejas descubren á Platon antes de que llegara á ser Platon. Cuando el maestro que educaba sus músculos

en los ejercicios del gim asio, viendo la cuadra-da anchura de sus hombros, le dijo, «tú eres Platon,» hacia ya algunos años que las abejas le habian dicho á Grecia y al mundo: «este será Platon.

Pero véase lo que es el destino de los hombres; las abejas lo anunciaron, y un gallo lo

Platon quiso dar á conocer á sus discípulos al hombre, y les dijo: el hombre es un animal vípe-do é implume.

Diógenes, que se arrastraba por los pórticos de Atenas, tenia, por lo visto, mas alta idea de sí mismo, y cogiendo un gallo, lo desplumó; corrió á la Academia, y arrojando el gallo desplumado en medio de los discípulos reunidos, exclamó: «jahí teneis el hombre de Platon!»

Permitaseme una suposicion racional. Si Diógenes no hubiera tenido á la mano un ave que desplumar, supongo yo que el hombre seria á estas horas un animal de dos pies y sin plumas, esto es, un pollo desplumado.

Platon no tuvo mas remedio que bajar la ca-beza ante la réplica victoriosa de Diógenes; pero es incontestable que solo un ave pudo infaudir en Diógenes tan brillante réplica.

El gallo fué para Platon mas terrible que el

mismo Diógenes. De todas maneras, no podemos desconocer que á un pollo le debemos el ser hombres, y seria una injusticia y hasta una ingratitud negarle

la gloria que le pertenece. Sin pasar adelante, vemos que en el arte de la guerra hay elefantes que saben vencer á la gran reina de Babilonia.

Vemos que en el difícil arte de la política hay un caballo que sabe dar un gran rey á uno de

los pueblos mas grandes de la tierra. Vemos que en el órden de los descubrimientos, un enjambre de abejas descubren en Atenas á Platon oculto en la risueña boca de un dor-

Vemos, en fin, que en me lio de las lecciones filosoficas de la primera Academia de Atenas, un pollo desplumado triunfadel gran filosofo griego. La fama ha llenado el mundo de celebridades humanas; pero confesemos una vez siquiera,

que hay brutos memorables tan dignos de nuestra admiracion, como muchos hombres. La historia nos dará datos para completar este ilustre catálogo.

LOS BRUJOS DEL SIGLO XIX.

Con tamaña boca abierta habrán visto los lectores de El Bco de las Ciencias el epígrafe de este articulillo.

¡Brujas, y en nuestros dias! ¡Patarata!

-Váyase noramala, dirán, el Dr. Dulcamara con sus articulos y sus patrañas á donde trople-ce con lectores mas crédulos que nosotros. Querernos hacer creer en brujas en el siglo del

Aceite de bellotas, de la Revalenta arábiga y

tonces yo afirmo que el caballo fué intérprete otros memorables descubrimientos, es preten-fiel de la voluntad del pueblo. der que retrocedamos á los tiempos de Maricas-

Risum teneatis!

-Alto ahf, señores mios, replico yo. Pensais que esto de brujas me lo saco yo de la manga, que pretendo asustaros con cuentos de viejas Os equivocais de medio á medio.

¿Dudais que haya brujas en los tiempos que corren?

Pues leed el siguiente anuncio que en estos dias últimos han traido los periódicos de esta antigua villa del oso:

"Llegada extraordinaria.—Ha llegado á Ma-drid el quiromántico y frenciogo Cárlos Girard, que durante cuatro años, y con gran éxito, ha practicado el arte de leer en el porvenir por medio del estadio de las líneas de la mano, en Montevideo, Buenos-Aires y en el Brasil. La prensa toda de esos países se ha ocupado de Cárlos Girard, discípulo del célebre Desbarrolles. célebre quiromántico de París. El Sr. Cárlos Girard abrirá en breve al público su gabinete de consulta.

Acaba de llegar á Madrid el quiromántico Cár-

No obstante, por mas que veais la frase extraordinaria, no vayais à imaginar que el susodicho mago ha llegado caballero en un dragon alado, ó en una sierpe de fuego, ó en un hipó-grifo, ó por lo menos en un palo de escoba; nada de eso: yo supongo que lo habrá hecho por el ferro-carril, ni mas ni menos que cualquier simple mortal, a menos que, cual otro Apolonio de Tiana, pueda dejarse ver á un tiempo en Roma y en Atenas, y haya venido y no haya venido, todo á la vez.

El caso es que ya le tenemes aquí, fresquito y coleando todavía, coleando por esa cuarta plana de los periódicos y por las esquinas, para atraerse al público a su gabinete de consulta, que abrirá en breve.

Los que vayais á visitarle, llevándole en vuestras propias manos escrito, como en un libro abierto, vuestro porvenir, no imagineis encon-trar un viejo decrépito, de luenga cabellera y encanecida barba, con unos ojillos verdes y relucientes, sumidos en lo profundo del cráneo, como en cañon de cerbatana, con un cucurucho en la cabeza, á manera del mágico de la Pata de Cabra, y un sayo rozagante, sembrado de mochuelos y lagartijas de talco; nada de eso: os encontrareis, creo yo, con un caballero par-ticular, que no debe ser un vejete de dos o trescientos años, supuesto se dice discípulo de Desbarrolles, que hace todavia muy poco era el asombro de París, como lo fué de Jerez Juana la Rabicortona.

Vosotros, lectores mios, pensariais que la mágia estaba ya muerta y sepultada, y que todo lo mas que podia hoy admitirse era el flamante descubrimiento de Allan-Kardec, pero habreis salido de vuestro error con la lectura del preinsanto de viesto e en la lectura del prein-serto anuncio, y á este propósito, y para aumen-tar la fe que debeis tener en el brujo, diremos cuatro palabras de mágia, que algo se nosentien-de tambien de ello, y tal vez leamos, con su auxilio, el destino futuro de Cárlos Girard en Madrid, destino que acaso para él esté sumido en una tenebrosa noche, á pesar de su quiro-

De tiempo inmemorial ha sido vehemente deseo en el hombre arrancar a la naturaleza sus secretos, y sobre todo, desgarrar el impenetra-

ble velo de lo porvenir.

De aquí nació la Mágia ó las ciencias ocultas. Agrippa, cuyo nombre ha pasado á trayés de los tiempos, como el de un hombre que sabia en este punto donde tenia su mano derecha, admite nada menos que cuatro especies de mágias.

Primera, la mágia natural, que, segun el Pa-dre Kircher, es el conocimiento de la simpatía ó antipatía de las cosas. Esta importante rama de la mágia fué muy cultivada per los caldeos, los judíos, los etiopes y persas, y con ella se hicieron célebres Tubalcain, Trismegisto, Zoroastro, Ostanes, Zamolxis, Hermes, y otra cáfila de sabios, que no ten-

go mas que ponderar. Segunda: la mágia matemática, que producia estátuas que se movian y hablaban, entre las que no podremos mencionar sin respeto la céle-bre Cabeza encantada, obra de un discípulo de Escotillo, que en Barcelona dijo tan prodigiosos auguries á D. Quijote de la Mancha y sus amigos.

En esta mágia hicieron maravillas los egip-cios, segun Empedócles, Piaton, Demócrito y Pitágoras, y de ella se sirvieron para trocar en serpientes las varas, con que delante de Faraon quisieron dejar tamañito a Moisés, si este no hubiera dado al maestro cuchillada, trasformando la suya en otro dragon, que bonitamente engulló á sus rivales.

engulló á sus rivales.

Tercera: la mágia ponzoñosa, que confeccionaba los filtros terribles, con que se engendraban el amor, el ódio y otras desenfrenadas pasiones, gracias al higado de camaleon, á la piedra heliotrópica, la mandrágora, la piel de hiena, la yerba achemenis, y otros maravillosos específicos, acerca de cuya verdadera filiacion se daban de calabazadas los magiquillos de tres

al cuarto. Y, en fin, la cuarta y última, ó sea la mágia ceremonial, subdividida en Goecia y Theurgia, la primera de las cuales servia para evocar á los espíritus infernales, y á los angélicos puros la se-gunda, que como corderos obedecian á sus evocadores, entre los que formaron, en primera línea, segun dicen los que sobre esto escrbieron, nada menos que Henoch, Abraham, Raziel, Salomon, Demócrito, Alberto el Grande, etc., etc.,

or mas que pese al famoso Pico de la Mirándola, que se atrevió á tachar de calumniosas tales imputaciones, por lo que respects á San Jeróni-mo. Platon y Santo Tomás, á quienes tambien colgaban el milagro de la mágia negra.

Mediante esta importantisima parte de la ciencia, y con su profesion, podia uno hacer venir en un periquete, desde las profundidades del abismo, á cualquiera de los príncipes ó supremas dignidades de la córte infernal, que segun los que mas íntimas relaciones tenian con ella, se componia de los siguientes apreciables sugetos:

Belcebu, monarca reinante. Satanás, principe destronado.

Eurinomo, principe de la muerte. Moloch, principe del país de las lágrimas.

Pluton, principe del fuego.
Pan, principe de los diablos incubos, 6 que tenian comercio ilícito con mujeres, bajo la forma de hombres.

Lilith, príncipe de los diablos súcubos, o que tenian comercio ilícito con hombres, bajo forma

Leonard, presidente de los sábados ó aquelar-

Baalberith, pontifice sumo. Proserpina, archidiablesa.

Ya he dicho que una de las cosas que daba mayor importancia á la mágia era la adivinacion de los sucesos futuros.

Para conseguirla, valfase de mil medios diver-Para conseguirla, valiase de mil medios diversos, y de aquí se originó esa larga letanía de ciencias, tales como la Geománcia (1), Neorománcia, Ornithománcia, Pirománcia, Dactylománcia, Cartománcia y otras treinta ó cuarenta mas, terminadas en áncia, hasta venir á parar á nuestra ciencia, es decir, á la de M. Girad, la Ouiromancia.

Esta no debió ser conocida en España hasta despues del siglo XI, si hemos de dar crédito á lo que dice el Romancero del Cid, cuando habla de que el anciano Diego Lainez, despues de recibir el bofeton del conde Lozano, buscó á sus hijos para probar el temple que tenian para la

> Y sin hablalles palabra Les fué apretando uno á uno Las fidalgas, tiernas palmas; No para mirar en ellas Las quirománticas rayas; Que este fechicero abuso, No era nacido en España.

Mas moderna es, pues, su introduccion, pero ya se la conocia antes de los tiempos de Cárlos

Pero, ¿qué significa esto de Quiromancia? Me

dirán algunos. Paciencia, todo se andará, y á ello vamos. La quiromancia, como ciencia al fin, ha buscado su etimología en el griego, y como que en ella se adivina por medio de la estructura de la mano, tomó de ésta su nombre.

Cheir, mano, procede del verbo cheiróo, domar ó sujetar, porque la fuerza parece residir principalmente en la mano.

Ahora bien, como cuando invocamos al cielo extendemos á él las manos, llamóse cheirotonia á la invocacion, de la supradicha palabra cheir, mano, y el verbo teino, extender, y de una y otra palabra nació chiromancia ó invocacion pa-

ra adivinar por medio de la mano. Cheiron vale tanto como mágico y tambien significaba médico, o el que cura por medio de las ciencias ocultas, por lo mucho que, á no du-dar, tenemos los médicos de adivinos.

Creo, lectores, que despues de esta digresion etimológica, y de lo que ya de antemano llevo dicho, empezareis á creer en mis conocimientos mágicos, y me tendreis por otro Merlin 6 Arcaláus siguiera, con perjuicio acaso de nuestro

huésped quiromántico. No obstante, por si dudais de mí, voy á exponeros brevemente algunos principios de mi

Los quirománticos estamos todavía en los tiempos de la Astrología judiciaria; sin embargo, si os llegais á mí ó preferís dirigiros á mi comprofesor Girard, no imagineis que tengais necesidad de descender por el agujero de una caverna, espantando murciélagos y limpiando tegar anhelantes á lo mas empingorotado de un

torreon ruinoso, de castillo gótico; nada de eso. En nuestros gabinetes no hallareis cocodrilos y buhos disecados, ni esferas, astrolabios, relojes de arena, retortas, ni alambiques, nada de eso; podeis entrar con la mayor confianza.

Una vez con nosotros, os diremos que los quirománticos creemos á pié juntillas en la influencia poderosa de los planetas Júpiter, Saturno, Mercurio, Marte, Vénus, la Luna y el Sol, como rey de todos ellos.

Aun cuando la astronomía moderna ha descubierto noventa planetas mas, desde Céres, visto por primera vez en Enero de 1801, hasta Antíope, hallado en Octubre de 1866, los quirománticos despreciamos á esos intrusos y nos atenemos al cielo, tal como le conoció Ptolomeo,

(1) Geomância, adivinacion por medio de ciertos puntos, señalados al azar en la tierra. Necromância, consistia en investigar lo futuro, evocando à los muertos para que lo revelasen: esta debia ser la mágia profesad e por la Sibila Cumea, que en presencia de Saul evocó la sombra de Samue; Neron era tambien aficionado à ella. Ornithomância, adivinacion por medio del vuelo de las aves: Piromância, observando las formas que toma la llama; Dactylomância, sirviêndose de anllos) en que se habian grabado figura:, y Cartomância, por medio de los naipes, lo que vulgarmente se llama echar las cartas. (1) Geománcia, adivinación por medio de cier-

estando, por otra parte, conformes en esto con la Summa de Santo Tomás.

Esto supuesto, os diré que la mano, base de toda nuestra ciencia, la consideramos determinada por cuatro puntos cardinales; el Norte, que está á raíz de los dedos; el Mediodia, á raíz de la muñeca; el Oriente, al lado del pulgar, y el Occidente, en el del meñique.

Además, la mano tiene su parte masculina y la femenina: abarca la primera desde la raíz de los dedos hasta la linea capital, o sea aquella por donde se dobla la mano cuando la cerramos, la segunda el resto.

Los dedos están divididos en tres mundos, llamándose así á cada una de las falanjes, y no es fácil explicar, sino en gruesos volúmenes infinitas deducciones que sacamos de la estruca tura de cada mundo; y no tendrá nuestro amigo Girard mas que veros, por ejemplo, que el mun-do tercero, ó sea la falanje de la base, es grueso é hinchado, para deciros que sois inclinado á los placeres materiales, á la vénus óla gula, por ejemplo, cosa que, por otra parte, ya os sabreis vosotros sin que los quirománticos os la digamos.

En la mano se hallan tambien, el ternario, representado por los tres mundos del pulgar; la cruz, formada por el cuaternario, ó sean los cua-tro dedos; y duodenario, que le constituyen las doce falanges de los cuatro dedos mayores.

Y aquí debo advertir, de pasada, el gran respeto que nos causa el número doce, porque hemos observado que todo lo que se cumple en el tiempo, está señalado con el número doce: doce son los meses del año, dos veces doce las horas dia; cuatro estaciones tiene el año y cuatro la

vida, y el número cuatro, multiplicado por el tres, que es sagrado, dá el duodenario.

En la mano está tambien el septenario, ó sean los siete montículos ó montecillos de los siete planetas supradichos.

Estos montículos, segun son proporcionados ó excesivos en sus dimensiones, indican la favora-ble ó contraria influencia del planeta.

Así el monte de Júpiter, que está á raíz del dedo índice, puede significar noble ambicion ú

orgullo desmedido. Saturno, el hado próspero ó adverso; su mon-te radica bajo el dedo llamado medium, que es

el de corazon. Apolo ó el Sol, que está debajo del anular, indica amor á las artes ó á las riquezas, por eso en él se colocan las sortijas.

Mercurio está bajo el dedo meñique ó auricu-lar, así llamado, por ser el que introducimos en las orejas, significa amor á las ciencias, ó saga-

Marte, cuyo montículo ocupa el centro de la mano, dá á entender dominio sobre sí mismo ó crueldad.

En la palma, pero hacia la muñeca, al occi-dente, se halla tambien el monte de la Luna, que, en los que predomina, puede significar imaginacion ardiente ó locura, y por último, el mon-te de Vénus, colocado á raíz del pulgar, indica el amor ó la pasion desarreglada, segun su des-

En fin, para no cansaros, y para dejar algo á nuestro amigo Girard, no os hablaré de la linea del corazon, ni de la llamada capital, ni de la línea de la vida, ni de la saturnal o de la fatalidad, ni de la hepárica, que influye en las enfer-medades, sobre todo la hipocondria.

No pienso, en fin, decir una palabra del anillo de Vénus, de la linea del sel, ni del triángulo o anillo de Salomon, del cuadrángulo y demás zarandajas; harto llevo dicho y ya dareis al diablo, que es a quien de juro pertenece, a la quiro-

macia y á sus adeptos. No obstante, imaginemos que uno de vosotros se dirige á verá nuestro hombre: que le extiende la mano y que el quiromántico empieza á leer en ella como en un libro de letras tamañas como

El cliente, supongamos, tiene la línea de la vida señalada con una doble raya: entonces ya puede brincar de gozo, la fortuna le sonrie.

Si la línea capital termina en unos hacecillos por ambas partes, quiere decir que el sugeto es muy dado al amor, y su génio manso y bonachon.

La union de Mercurio y Vénus por medio de una larga línea, significa que sois lince para los negocios, y que el amor y la fortuna coronarán vuestras empresas.

El que en la muñeca tuviese una triple línea ó brazalete, ese alcanzará pocos menos años que Matusalen; pero jay! si el triángulo se ve cortado por una línea que parta de él, entonces el sugeto puede contarse por tan muerto como su

Como las ciencias se dan la mano estrechamente, la Kábala tiene no poca relacion con la quiromancia. La Santa Kábala, como la llaman sus sectarios, no se sabe en que país se originó y solo sí que Pitágoras llevó desde Egipto á Grecia las primeras nociones, seiscientos años antes de Cristo.

Los kabalistas reconocen tres soles, llamados Kether, Tyferethes y Jesod; el segundo procede del primero y el tercero del segundo, y repre-entan el Padre, el Hijo y el Espírita-Santo, respectivamente, y á su vez se refleja cada uno de ellos en otros dos, que son sus atributos y forman con ellos una especie de triángulos, que vienen á disigirse hácia un solo punto, Malchut, que es el mundo que habitamos.

Estos soles tienen su puesto señalado en la mano, correspondientes á los planetas de que dependemos, por esa cadena invisible, solo per-cibida por la divina quiromancia.

Así Kelher, la fatalidad, equivale á Saturno,

Geduláh, Vénus, el amor, y Geburáh, Marte, la fuerza, forman su triángulo con Tyferethes, ó el sol, la belleza varonil.

Netsáh, la victoria colocado bajo la tercer falanje del pulgar, y Hod, la imaginacion, la lu-na, la forman con Jesod, y están en próximo contacto con Malchut, la tierra, que reside entre la maño y la muñeca.

Mucho temo que estos enrevesados nombres kabalísticos dejen in albis á gran parte de los lectores profanos; pero tanto mejor para los que profesamos la ciencia, pues á nuestro cacúmen privilegiado corresponde aclarar el enigma.

En fin, volviendo á nuestra quiromancia, debo preveniros, para que la consulta salga bien, que cuando vayais con este objeto á visitar á mi comprofesor, lo hagais en ayunas y llevando vuestras manos lavadas.

Asimismo el estado de vuestro ánimo debe ser de perfecta tranquilidad, y no tener calor ni frio. Han disputado los quirománticos sobre cuál de las manos debe ser la preferida.

Dicen unos que la derecha, por ser la que ha recibido de la naturaleza cierta preferencia: sostienen otros que la izquierda, por ser la del lado del corazon; pero los quirománticos conciliadores hemos resuelto, que para el caso, tan buena es una como otra, y estamos en lo firme.

Ya, pues, teneis una lijera noticia de lo que es la ciencia de mi comprofesor; mas diré, de mi condiscípulo Cárlos Girard, y le llamo condiscípulo, porque lo que yo sé, aunque escasísimo y de ningun valor, al lado de su inmarcesible saber, lo debo, como él, á nuestro sapientísimo y venerado maestro, al gran Desbarrolles, restaurador y padre, en nuestro siglo, de esta infalible rama de la mágia blanca.

¡Cómo, pues no habia yo de hacer por él, lo que ha hecho la prensa de Montevideo, Buenos-Aires y el Brasil, teniendo la mano en la masa para poner en su elogio unas líneas, con las que yo quisiera elevarle hasta el cielo empireo, que es el superior, segun entendemos la astronomía los quirománticos!

Entre tanto, no me canso de dar gracias á Dios, porque Cárlos Girard viva en nuestros dias, y no en los del desgraciado Gil de Laval, mariscal de Francia, que á pesar de su dignidad, fué llevado á la hoguera por brujo, ó en los de Guillermo Edelin, que sufrió ignal suerte, así como Juana de Arco ó Urbano Grandier, á quien mandó quemar por creerlo brujo, Richelieu, que apenas creia en Dios.

Aun le hubiera arrendado menos la ganancia si llega á venir á España en los felices dias de nuestro buen Torquemada y de la Suprema, o le hubieran cogido por su cuenta en tiempo de exestros amados monarcas de la casa de Aus-

Entances, pobre Girard, hubieras servido de espectáculo en algunas fiestas reales, como los toros ó la tarasca, y con tu coroza y sambenito de llamas hácia arriba, y la vela verde en la mano, hubieras ido camino de la Plaza Mayor á abjurar tus errores: jerror tu sublime ciencia! y despues de oirte un sermon de padre y muy señor mio, hubieras sido relajado y entregado al brazo seglar para que éste te condujera al quemadero.

Si quieres estremecerte pensando en la suer-te que te esperaba, dirígete al Museo de Pintu-ras y examina el famoso cuadro de Asloot, que representa un auto de fé.

Pero hoy, por fortuna, sabemos apreciar lo

Ello sí, no podias haber venido á peor país, porque debo decirte, que aquí cualquier gitana harapienta y desgreñada, con los pinreles al aire y la churi en la cinta, aviela mas lábia que todos los quirománticos habidos y por haber, y es capaz de sacarte el horóscopo, y hasta la borra de los bolsillos si te descuidas, y gracias si no te endiña una mojada por añadidura, al saber el mal tercio que te propones hacer á sus probesitos churumbeles quitándoles el pan de la

Sin embargo, no dudo que á la hora de esta, tu gabinete de consulta estará lleno, y que es-tos infelices madrileños, ansiosos de saber la suerte que los astros les tienen reservada, correrán desalados á tí, á que leas sus destinos en sus manos, y á depositar en las tuyas sus pesos duros; fin ulterior, aunque prosáico é indigno, que se han propuesto siempre las ciencias tan útiles, profundas y verídicas como la tuva.

DR. DULCAMARA.

(De El Eco de las Ciencias.)

EL ALQUIMISTA.

El alquimista era en los tiempos de la Edad Media un sér misterioso, á veces temido, á veces deseado.

Retirado en su vivienda, frecuentemente apartada de las poblaciones 6 situada en sus barrios extremos, consumia su existencia en sus investigaciones, dejando pasar meses y años, siguiendo el curso de sus operaciones que esperaba habian de conducirle al descubrimiento

que forma su triángulo con Chocmáh, 6 sea Jú-piter, la sabiduría, y con Bináh Mercurio, la 6 á conseguir la transmutacion de los metales.

> Vedle alli, obrero infatigable, en su laboratorio oscuro y húmedo, rodeado de atributos simbólicos; casi junto al techo se ve un gran cocodrilo disecado. Sobre las tablas, fijas en la pared, se ven reunidos confusamente pergaminos, retortas, crisoles, aludeles, pájaros y reptiles di-secados, frascos, redomas, todo cubierto de polvo, lo mismo los frascos, que apenas dejan percibir los líquidos azules, verdes y rojos que contienen, que los rincones de la habitacion, que las vigas del techo, entre las que las telas de araña han formado una especie de red impenetrable.

> Desparramados por el suelo se ven vídrios rotos y libros; un gran hornillo ocupa uno de los lados de la habitacion, y embutido en él un alambique de forma extraña, cuyo capitel en zig-zag le asemeja á una serpiente, se calienta al fuego, que brilla al través de los ladrillos mal unidos.

Los numerosos objetos de todas clases y formas que pueblan el laboratorio del alquimista, solo dejan el espacio suficiente a una mesa pequeña y un gran sillon de brazos, forrado de cuero, sobre el que está sentado el viejo maestro, tiene una barba blanca como la nieve, y está como abstraido, de codos en la mesa, apoyando la cabeza sobre sus manos, consultando atentamente un grueso volúmen en fólio, mutilado en sus hojas, gracias á los repetidos asaltos de las ratas y ratones que audaz y descaradamente pululan en su habitacion: mas lejos uno de sus ayudantes se esfuerza en triturar en un mortero de bronce una materia algo dura, mientras que otro mueve aceleradamente un fuelle para avivar el fuego del hornillo.

El aparato esencial y característico del laboratorio de un alquimista es el horno, que ocupa siempre el puesto de honor, y al que se hallan subordinados todos los demás: compañero inseparable del alquimista, el pintor le coloca siempre en primer término, y se comprende que sea así, porque se dedican mas especialmente á la química de los metales, que se presta á emplear los medios mas enérgicos de destruccion y por consiguiente el fuego: bien es verdad que, y mas de una vez, fundiendo y calcinando, el alquimis-ta obtuvo resultados preciosos.

Así como el horno es esencial del laboratorio, asi tambien es esencial é inherente en la naturaleza del alquimista la paciencia; el mal éxito de una experiencia nunca le hace desmayar, y si la muerte viene à cortar el hilo de sus observaciones, estas tendrán un continuador en su hijo, que recibe en herencia los trabajos y los descubrimientos de su padre, y asi una misma experiencia, trasmitiendose de padres á hijos, no es extraño verla pasar por tres ó cuatro ge-

Para mostrar esta obstinacion, contaban con una razon: veian que uno de los medios de accion y destruccion de la naturaleza era el tiempo: muchos productos que el químico es incapaz de imitar en su laboratorio, son engendrados con profusion por los agentes naturales, cuya accion se prolonga durante muchos siglos y querian imitarla, pero lo que para la naturaleza no es nada, para el hombre lo es todo, y si la ciencia hubiera seguido este camino, seguramente no habria llegado á la altura en que hoy se

Todo lo que depende del hombre ó se relaciona con él, se plega ó se adapta á las costumbres y à las ideas del tiempo en que vive; por eso la alquimia nos refleja mejor que ninguna otra ciencia el espiritualismo de la Edad Media: no debiéndonos, por lo mismo, estrañar que sus adeptos fuesen perseguidos y vilipendiados, en una época en que todo era misticismo é ignorancia, en que las mas sencillas experiencias eran entonces iucomprensibles y consideradas como hechos sobrenaturales.

Aunque preocupados por multitud de errores, los alquimistas han prestado verdaderos servicios á la química, que les tiene que agradecer los dos ácidos mas poderosos; el sulfúrico y el nítrico.

the anciences are been by extends as foliables may con-

sanet May and R. V.

Un eminente escritor catalan, el señor don Luis Cutchet, acaba de publicar un folleto de actualidad con el título De la eleccion de monarca, el cual nos parece oportuno trasladar integro á nuestras columas, seguros de que con ello complacemos á nuestros lectores. El Sr. Cutchet figura en primera línea entre los escritores catalanes, habiéndose conquistado un nombre envidiable con su obra Cataluña vindicada, que es conocida de todos los amantes de la historia y literatura patrias. Su nuevo folleto De la eleccion de monarca es importante. Las cuestiones de actualidad están tratadas con exquisito tacto y profundo criterio. Este folleto es la obra de un pensador. Juzguen de él nuestros lectores:

DE LA ELECCION DE MONARCA

Dos veces, en lo que va de siglo, ha estado la nacion española sin monarca. La primera vez quedó desocupado el trono por mal arte de un hombre que, merced á su genio, á sus victorias y á su extraña fortuna, pudo creerse de buena fe un nuevo Cárlo-Magno, pero reconociendo mas tarde espontáneamente que no habia hecho bien en querer atribuirse respecto á España un papel que solo á la Providencia incumbia. Es mucha lástima que la conciencia del terrible conquistador no le dictara la declaracion à que aludimos, sino despues de derrama-dos, por su culpa, torrentes de sangre en este antiguo suelo, harto impregnado ya de sangre en todas edades.

Desde el Setiembre del 68 se halla nuevamente desocupado el mismo trono;

Al amor y á la energía de los españoles debió el padre su restauracion en el trono; no es muy probable que suceda lo mismo con la hija. Pero, ¿y el nieto? Respecto á éste, la luz de su estrella naturalmente parece ya menos opaca, pues hasta tal extremo pudieran llegar las cosas, tanta pudiera ser la disidencia post victoriam de los destronadores de la madre, que, al fin, y mediante algun auxilio exterior, no parece enteramente quimérico imaginar que algun dia pudiese tambien ese niño sentarse en el sólio, por mas que en realidad sean actual-mente desfavorabilisimas las circunstan-cias, en España y fuera de España, para restauraciones borbónicas. La gente latina, un dia tan fuerte y de tan alta vida, se halla ahora enferma de bastante gravedad, digan lo que quieran visiona-rios ó aduladores; y en España, como en Francia, como en Italia, se necesitan en el período que atravesamos otros médicos de cabecera que los Borbones de hoy

Sin duda, y humanamente hablando, no parece en estos momentos fuera del órden de lo realizable la eventualidad, por remota que fuere, de una solemne proclamacion en Madrid del hijo de Isabel II, pero es fuerza convenir al mismo parte de los principales directores de nuestros destinos, que hasta lleguen á perder el primero de todos los instintos, el de conservacion; no concibiéndose como, si asi no fuere, como si no se cerraren los ojos para no ver claro el abismo, puedan tantos hombres distinguidos precipitarse insensatos en él: ¡gloriosa muerte, vive Cristo! sin embargo, no seria tamaño suicidio el primero de este género; tocante á aberraciones humanas, pocas novedades verdaderas puede esperar el que tuviere alguna ilustracion ó alguna experiencia. Tambien las colectividades se hallan expuestas, aun las ilustradas, á desoir, lo mismo que los simples individuos, los sanos consejos de la razon y del sentido comun, y si esto puede suceder en agrupaciones que no carecen de cultura, júzguese qué será de la ma-sa ignorante, ó llámesele, si se quiere, inconsciente. Esta masa, por ejemplo, en su mayoría parece creer de buena fe, merced en gran parte á apasionadas predicaciones, que quedaria menoscabada la honra del pueblo español si ahora se Vamos á demostrarlo

Obsérvese, en primer lugar, que á mu-cha gente sencilla suele dársele á entender que solo desde la primera revolucion francesa se destronan monarcas, cuando en realidad el hecho es tan antiguo como la institucion de la monarquia mis-ma. Prescindiendo ahora de muchos acontecimientos de ese género ocurridos en nuestra Península en siglos anteriores, bien sabido es lo que sucedió á un rey tan ilustrado como Anolas y sobre todo á Pedro de Castilla, quien y sobre todo á Pedro de Castilla, quien rey tan ilustrado como Alfonso el Sábio, perdió violentamente trono y vida. Mas adelante, en el siglo xv, fué declarado indigno de reinar por mas tiempo D. Enrique IV, y esto con una muy aparatosa y para el denigrante ceremonia, quedando al fin excluida de la sucesion al tronola natural heredera del mismo rey, puesto á la cabeza de la revolucion, espada en mano y seguido de la primera nobleza, el arzobispo de Toledo. Es buenamente contrario á la verdad mas incontestable suponer que es solo de nues-tro tiempo el invocar el principio de la soberanía nacional, como lo es asimismo que el oficio de rey sea ahora mas ocasionado à peligros que en las antiguas edades, siendo así que precisamente es al revés, por extraña que esta aseveracion pueda parecer á la ignorancia. Pero dejemos este asunto; nos llevaria demasia do lejos.

Decíamos que es una equivocacion el suponer que habria deshonra para la nacion española en sentar ahora en su trono á un principe nacido en otra tierra. Se creyó acaso deshonrada la Gran Bretaña, cuando en 1688, cien años antes de la revolucion francesa, expulsó nue-vamente y de un modo definitivo á la dinastía Stuard, sentando en el trono á un principe extranjero, á un holandés? Y por cierto que quien conociere medianamenpero esta vez, no por obra de violencia te á la nacion inglesa, no dirá que falte extranjera, sino por voluntad, ó á lo menos por aquiescencia nacional. la aristoracia inglesa, la primera del mundo, sin embargo, al dar su mano la reina Victoria á un modesto príncipe aleman, sucediendo lo propio con doña Ma-ría de la Gloria, que tampoco tuvo ma-rido portugués? ¿Carece de patriotismo el pueblo belga, por haber nombrado rey à un principe de la misma familia que ha dado consortes para las dos reinas que acabamos de aludir?

Bueno es ser patriota, sobre todo serlo de veras, cosa mas rara de lo que pudiera saceder á primera vista; pero tambien el sentimiento patriótico, por muy laudable que fuere, puede extraviar y cau-sar incalculable daño. En este mismo siglo, la Suecia hizo rey á un francés, por cierto de humilde cuna, al general Bernadotte; y los griegos han tenido dos re-yes distintos, desde su emancipacion de Turquía, ninguno de sangre helénica.

¿Nada dicen estos ejemplos y otros que aqui omitimos? Sin embargo, no es so-bradamente difícil comprender que un rey, teniendo en realidad mucho de juez, aun cuando fuere rey constitucional, ha de encontrarse tanto mas seguro en su imparcialidad, cuanto mas reducidas fueren sus intimidades personales y sobre todo sus vínculos de familia. Por nuestra parte, creemos estar ciertos de que entre tiempo en que el suceso es únicamente los hijos de este suelo hay algunas per-posible dado un tan grande extravío por sonas tan dignas de llevar cetro y corona, como el principe mejor educado de Europa; pero tememos una cosa, bastante por sí sola, reflexionando atentamente, para enfriar el entusiasmo de los sostenedores de candidatos españoles no nacidos cerca del trono. Elévese al trono á un español por solo el mérito, prescindiendo de la sangre, y muy pronto será infinito el número de los que pretende-rán ser parientes ó amigos de Su Majestad, y vivir mas ó menos cual cumple á gente de tan egrégio linaje ó tan altamente relacionada; pero como al varon mejor dispuesto no le habia de ser humanamente posible satisfacer tantas ambiciones, fuera muy posible, por no decir muy probable, que no se tardaria mucho en renegar del orgulloso y del ingrato, acabando por unirse deudos y amigos en son de guerra, à fin de derrocarle del poder, con otra infinidad de descontentos que, precisamente hasta entonces, habrian estado, sin duda, acusando al pobre rey de repartir á los suyos toda la fortuna del Estado.

Al primer Napoleon se le hizo, ó mejor eligiese para rey de los españoles á un principe extranjero. Y sin embargo, esta es equivocación notoria.

Al principal de la glaterra, la que no tendrá grande empenación y cabalmente M. Guizot es el mismo principe extranjero. Y sin embargo, esta es equivocación notoria.

Y cabalmente M. Guizot es el mismo por mas que ciertas apariencias pudieran hijas de Fernando VII, sacrificando por

de Córcega, isla que á la sazon hacia pocos años se hallaba bajo el dominio de

Y hé aquí, en nuestro sentir, probado cómo puede uno, sin ser por eso un trai-dor, aceptar por jefe del Estado á un hombre venido de otro país, aunque hable la lengua de Cervantes poco mas ó menos cual la hablaria Felipe V, nieto

de Lu is XIV, al principiar su reinado.

Lo peor en todo esto, es que no á todos los príncipes de extirpe extranjera que se hallaran dispuestos á aceptar una corona, puede siempre un país ofrecerla sin exponerse á muy graves contingencias. España no es sola en la familia europea, no puede vivir aislada, es por lo mismo forzosamente un miembro de esa misma familia, y le conviene vivir en buena armonia con los Estados mas principales, ó con todos si fuere asequible; pero á lo menos con los mas vecinos. Esto podrá parecer tan prosáico y vulgar como se quiera, pero las conside-raciones que anteceden son para nos-otros tanto mas atendibles, cuanto que no somos ya aquella España potente de otros dias y que nada sienta peor que la vanidad en los que son poco fuertes. Sin duda puede venir ocasion, y España es de ello buena prueba, en que un pueblo se lance á la lucha con poderosos enemigos de fuera sin pararse á contar el número ni la fuerza; esto es y será siempre magnifico; pero semejantes magnificencias suelen costar algo caras, y no aconseja el buen sentido desear la repeticion con demasiada frecuencia.

Hay de por medio en la cuestion de candidato para nuestro trono; lo que llaman equilibrio europeo, al cual están particularmente atentos en cada Estado hombres especialmente consagrados à observar todo cuanto pudiere alterar ese equilibrio ó esa ponderacion de fuerzas entre las diversas naciones; cuidando sin cesar, á lo menos en los países juiciosamente dirigidos, de que la balanza no sufra alteracion en daño suyo. Y á esa vigilancia es debido el que al presentarse á veces sobrado arrogante y sobrado avasallador un Estado respecto de otro, procuren generalmente los demás atajar en lo posible ciertas ambiciones, sobre todo si ven en ellas algun peligro contra la comun indepencia, amenazada, en efecto, en Europa varias veces, despues de la dominación de Roma, por soberanos que tambien han aspirado al señorio universal, es decir, al esclavizamiento universal.

Bien sabido es cómo á últimos del siglo xvII, al fallecer sin hijos el pobre Cárlos II, legó este, con general asombro, la corona á un Borbon, es decir, á la casa rival de su casa, y es sabido asimismo cómo se opusieron al advenimiento del nuevo rey varias potencias, originándose de ahi una guerra tan larga como cruel, cruel sobre todo para Cataluña. Es decir, que á principios del xvIII fué España teatro de una gran guerra de sucesion; de otra guerra de sucesion, bien que de independencia al propio tiempo, á principios del xix, y otra del 34 al 40 de este mismo siglo, interesándose en todas esas guerras por una y otra parte diversas naciones. En verdad que son demasiadas guerras de sucesion ara tan breve período histórico, v fuera bien que esta vez, ya que el país se rige ahora á sí mismo, pudiésemos librarnos de otra calamidad de sangre con motivo de esa nueva vacante de trono.

Nosotros nada inventamos, los hechos son los que hablan, y serán indignos de la confianza del pueblo español los hombres políticos que no hicieren toda clase de esfuerzos para evitar en lo humanamente posible semejantes luchas, que constituyen á España en un campo de batalla sempiterno, teniéndola de esta suerte en una especie de barbarie forzosa. Si así hemos de seguir viviendo, renunciemos de una vez al movimiento europeo, y salgamos de esa especie de vida que nos es peculiar, entre la civilizacion y el estado salvaje, con todos los inconvenientes de esos dos estados sin ninguna de las ventajas. Hasta la desfortuna hemos tenido de que en esas testas á tanta costa coronadas no ha brillado mucho el signo de una inteligencia superior.

Los mas próximos vecinos de España, son Portugal y Francia. Portugal vive principalmente del protectorado de In-glaterra, la que no tendrá grande empe-

respecto á sus allegados ó á sus paisanos | indicar lo contrario, en que suba en la actualidad á reinar entre nosotros un principe cuyo advenimiento entrañe la esperanza de la union ibérica verdadera, igualmente beneficiosa para ambos pue-blos de esta Península.

Antes de la última revolucion y despues de la revolucion hemos pensado lo mismo. Portugal para la Gran-Bretaña, es una posicion estratégica de primer ór-den y cuya inmensa importancia tiene ya bien probada, y no parece haya de abandonarla fácilmente, á no ser que quiera suponerse hayan perdido ya toda fuerza para el Gobierno del Reino-Unido las tradiciones hasta ahora mas fielmente observadas, lo que no concordaria muy bien con lo que dijo lord Stanley, poco despues de sucederle en el gobierno el actual secretario de Negocios extran-

Ya hemos dicho en otros escritos que á todo soberano, individuo ó colectividad, pueblo ó príncipe, se le debe la verdad; y no viendo, que no sabemos ver-lo, inconveniente alguno en confesar que España es ahora mas débil que Inglaterra, no se nos alcanza como no hemos de poder decir, creyéndolo realmente así, que Inglaterra no condescenderá gustosa á ninguna combinacion que en-trañe la posibilidad de hacerla perder su predominio diplomático en Portugal.

Y hé aquí como una nacion, por altiva y por noble que fuere, puede encontrarse en el caso de no poder hacer rey á quien le diere la gana.

En Francia, sobre todo, desde que Na-poleon III llegó al poder, se habla bastante de rehacer el mapa de Europa; y la verdad sea dicha, algunas modificaciones muy graves ha sufrido el mismo mapa en este tiempo, pero no han sido de mucho tan en provecho de Francia como de Italia y de Alemania; à lo menos así discurren sus mas ilustres estadistas, quienes creen disminuida la fuerza de su país en todo el aumento que ha de dar la homogeneidad á los dos que se acaban de nombrar, y que en efecto, ten-drán ahora mayor fuerza defensiva y ofensiva.

Y este es principalmente el motivo por el cual M. Thiers, hombre de oposicion, hablando de la unidad de Italia, decia tales cosas contra esa unidad bajo el punto de vista de los intereses franceses, que pudo hacerse aplaudir con calor por una Cámara mal dispuesta y perfecta-mente devouée á ese imperio al cual es debida la unidad italiana. Se ha dicho mas de una vez que la Francia es un soldado; si es así, pues en efecto la frase nos ha parecido siempre asaz exacta, no olvidemos que los soldados suelen tener instintos invasores. Compréndese, pues, sin esfuerzo que los franceses, sean por otra parte sus opiniones cuales fueren, presten atento oido á un orador, al demostrarles que un guerrero, tan amigo de aventuras como el francés, por valiente que fuere comete una verdadera torpeza al aumentar así voluntariamente las fuerzas de enemigos de ayer que pueden volverlo á ser mañana. De todos modos, hay quien opina en Francia que Sa-boya y Niza distan mucho de compensar el inconveniente de la unidad italiana.

No hay necesidad de detenerse en decir la sensacion que causaron en Francia los progresos efectivos de la unidad ale mana, sin que al vasto ensanche de fronteras prusianas haya correspondido et de las francesas por el lado del Rhin. Respecto à este punto, los sarcasmos de los anti-imperialistas son verdaderamente inagotables; de suerte que una guerra entre Francia y Prusia se tiene siem pre por inevitable, pareciendo tan solo aplazada. Ahora bien, ya considere Francia belicosos los sintomas, ya los considere pacíficos al mirar hácia el horizonte de otras naciones, ello es que está en su política tradicional el tener amiga á España, política en efecto indicada por el sentido comun; y jojalá se contentara con ser siempre buena amiga! El ministro M. Guizot, quien por cierto no tiene fama de ligero, dijo uu dia en pleno Parlamento: «Es preciso que España sea un satélite de Francia; y recordamos ahora estas palabras, por mas que puedan disonar algo al oido y las hayamos citado ya en otro escrto, únicamente á fin de patentizar cuán elemental es para los politicos franceses el tener bien guarda-

da la espalda por el lado del Pirineo. Y cabalmente M. Guizot es el mismo

eventualidad de poder ceñir algun dia la corona de España un Orleans. Muy público fué el resentimiento manifestado con este motivo por la Gran Bretaña, llegando hasta tal punto, que no falta quien asegure que Inglaterra no perdonó tamaña audacia á la casa de Orleans, y que cooperó grandemente aquel gobierno á la ruina de la misma. Y, sin embargo, no se tratabamas que de una mera probabilidad de que andando el tiem-po la casa á la sazon reinante en Francia tuviese tambien la corona española, pues si se hubiese querido à todo trance la mano de la hija primogénita, Inglaterra habria tomado nuevamente la iniciativa de la lucha á quedió lugar la coronacion de Felipe V, quien no hubiera reinado á buen seguro, à pesar del poder de Luis XIV si durante la guerra no hubiese variado la situacion de su rival Cárlos de Austria, elevado inesperadamente por sus derechos de sangre à la cumbre del poder en Viena, por cuyo motivo la suprema razon de equilibrio en cuya virtud se que-ria impedir el reinado de una misma familia en dos naciones importantes, militó despues respecto á la casa de Austria; de suerte que al fin hubo de juzgarse lo mas conveniente por las potencias interesadas el reconocer al primer Borbon de España, con ciertas salvedades y ciertas ventajas á favor de los aliados, particularmente à favor de Inglaterra, cuya potencia demostró en el enlace de las dos hermanas cuán poco influye en el ánimo de la misma, respecto á consideraciones de equilibrio europeo, el que los monarcas reinen con régimen representativo ó con régimen absoluto.

Estos son hechos que, en nuestra opinion, segun ya se ha indicado, conviene se fijen bien en la memoria, á fin de comprender mejor que por independiente que sea una nacion, hay ciertas cosas suyas que no le es dado resolver por si sola, sin exponerse à que una fuerza superior la ataje en su camino. ¿Puede acaso du-darse de que si hoy, por ejemplo, fuese nombrado rey de España un principe de la familia napoleónica, podríamos contar desde luego con la mas abierta oposicion de Inglaterra, con tanto mayor motivo cuanto que no puede esta olvidar lo que pueden costarle pactos de familia?

A Inglaterra se unirian además otras naciones, y Francia se guardaria muy bien, no obstante su pujanza y el incontestable valor de sus hijos, de empeñarse por su parte en la empresa. Si à Napoleon III se le ofreciese ahora para uno de su estirpe la corona de España, la rehusaria cortesmente, como Luis Felipe rehusó para un hijo suyo la de Bélgica. Y hé aquí como no es España la única

nacion á que la sensatez mas vulgar tiene vedadas ciertas cosas, por mucho que por otra parte pudieren apetecerse.

Esto no es decir que á una nacion in-dependiente se le niegue por eso el derecho de su propia soberanía ni la libertad de obrar como bien le parezca pese á quien pese; solo que en determinados casos, otras naciones igualmente soberanas pueden creerse interesadas en contrariar ciertos actos ó designios de la misma, y como de soberano á soberano por desgracia no son todavia obligatorios hombres buenos ó jueces intermedios para terminar sus discordias, cuando decididamente se hace harto dificil la avenencia, es costumbre, tan mala como se quiera pero al fin sostumbre, acudir como ultima ratio á una especie de tribunal en que rara vez triunfa el menos fuerte.

Ignoramos lo que pasará en el ánimo de Napoleon III despues de nuestra últi-ma revolucion de Setiembre, pero por prevista que fuese la caida de Isabel II, ha de haber pensado seguramente no poco el emperador en un acontecimiento que pudiera llegar à ser de trascenden-cia suma para el país que él gobierna y

para el nuestro.

¡Singular destino el deciertas familias! No parece sino que cuando manda un Bonaparte en Francia, sea imposible á ningun Borbon de Europa mantenerse en pié, cual si la sola irradiacion de una corona napoleónica tuviera positivamente para la vieja dinastía algun maléfico influjo.

Esta vez, nada de asechanzas de Bayona, nada de amenazas por parte de un conquistador de oficio, y sin embargo, el trono se ha perdido, los Borbones de España se hallan otra vez en Francia. ropea, y de la cual, ó á lo menos de las sados lo que fueron, sino que ni esa lla- to. No ha sido nuestro propósito, ni es

no? Taht is the question.

Nosotros creemos que no; sin embar-go, tales pudieran ser las faltas que por parte de gobernantes y gobernados se cometieran en nuestro país, que dadas ciertas circunstancias, dada, por ejemplo, una guerra civil ó un período de anarquia harto escandaloso, no vemos muy imposible que al hombre de las Tullerias se le antojara darse el placer de restaurar á una rama borbónica, pero para él inofensiva, sin que mucho nos sorprendiera el que las demás grandes potencias le dejaran hacer, y no precisamente por amor á esa misma familia: na die ha hablado con mas profundo desprecio de Fernando VII que los mismos restauradores de su poder absoluto en el año 23, cuya intervencion armada es buena prueba de que tocante á la politica que haya de seguir la Francia en nuestro país, el plebeyo M. Guizot pensaba exactamente como el noble vizconde de Chateaubriand, quien à los inmen-sos medios militares de que pudo disponer para suintervencion famosa, no desdeñó añadir la corrupcion, hasta un punto generalmente poco conocido todavia; como si hubiese tenido cierto empeño en probarse á sí mismo, que un poeta, aunque fuere cristiano, puede trasfor-marse sin mucha dificultad en estadista perfectamente maquiavélico.

Tambien entonces, antes de acordarse esa intervencion de un modo definitivo, mediaron no pocas conferencias y con-testaciones entre las grandes potencias, mostrando Inglaterra y Francia en aquella ocasion su habitual rivalidad, aunque desempeñando la primera un papel poco mas envidiable que la otra. Ya en el siglo xiv intervinieron en las cosas de esta Peninsula Francia é Inglaterra, la pri-mera contra el rey Don Pedro, y enfavor la otra. En honor de la verdad, tambien hemos intervenido nosotros mas de una vez en cosas de otras naciones, y no siempre habrá sido con el propósito de procurar su mayor bien; pero los pueblos mas juiciosos y mas felices son aquellos que menos ocasiones de intervenir dan á extranjeros, y fuera ya hora de que en este país principiasen la experiencia y la razon á pesar algo mas, segun ya hemos indicado anteriormente.

Es un hecho que las naciones europeas forman un concierto, cuyos directores naturales, generalmente hablando, pudieran estar sin duda mas acordes; pero esto no obsta para que al fin y al cabo los grandes negocios de esta parte del globo se resuelvan en definitiva en el sentido que ellos fijan. Declámese cuanto se quiera contra la diplomacia, la verdad real es esta. Y así ha de ser, los intereses mas vitales de todos los países de Europa forman un enlace comun, estableciéndose entre los varios pueblos una especie de solidaridad general; y por esto sin duda Napoleon, amaestrado por una terrible experiencia, llegó un dia á decir que toda lucha armada entre potencias europeas debiera considerarse

como una guerra civil.

Creen algunos optimistas, fiados principalmente en ciertas declaraciones mas ó menos elevadas y únicamente vertidas como ardid momentáneo, que el tiempo de las intervenciones ha pasado para no volver; nosotros somos de sentir muy aquellos cuerpos, pero no son mas que distinto; creyendo que la teoría de la intervencion, en una ó en otra forma, dista mucho de perder terreno, por mas que á primera vista pueda parecer lo contrario. Siempre ha habido en realidad intervenciones. En nuestra última guerra civil no tuvimos, es cierto, grandes ejércitos extranjeros que entraran para disponer de nuestros destinos como pluguiera á sus jefes, pero en realidad hubo intervencion á favor de la causa liberal por parte de las potencias liberales con armas y aun con hombres, pocos sin duda, pero enviados á la luz del dia, mientras intervenian en sentido contrario las potencias á la sazon absolutistas, y decimos á la sazon, porque ya no queda en Europa otra potencia absolutista que Rusia, mas asiática que europea, y aun ese absolutismo nace antes de la situacion de aquel imperio, poco civilizado todavia, que de la voluntad de su dinastía autocrática.

¿Cómo acabaron en Francia las explosiones de la primera República y las invasiones del imperio? Acabaron en realidad de verdad con una intervencion eu-

entonces resueltamente la tan decantada Ahora no están prisioneros, es cierto, pegrandes circunstancias que prepararon ma le es ya comunicable. Lo que una vez entente cordiale con Inglaterra, á la sola ro está destronados. Recobrarán el tro- esa intervencion memorable, pudiera se ha reducido á ceniza, no vuelve á enpor cierto decir sin mucha jactancia la nacion española: pars magna fui. ¿Qué fué la guerra de Crimea?

Una intervencion de Francia é Inglaterra contra Rusia en favor de Turquía, y de seguro no por amor á los turcos, sino por razon de equilibrio europeo. La campaña de Napoleon III en Italia, fué otra intervencion de Francia en favor del Piamonte contra el Austria; y por cierto que el soberano francés habo de dejar incompleta la obra, porque principiaban á levantar contra él la voz otros Estados.

La historia de la humanidad está llena de intervenciones semejantes, y solo podrán tener fin, aunque llegare un dia á instituirse un anfictionado europeo, cuan do cese de haber en el mundo naciones que, por espíritu de conservacion ó de predominio, quieran apelar á la fuerza, o cuando en el seno mismo de los pueblos hayan dejado de ser posibles ciertas clase de tormentas. Para ese último caso, respecto á las discordias internas, harto ardientes de ciertos países, la antigua Roma observaba ya una politica tan sencilla como invariable; prozuraba tener siempre à mano algun pretendiente al trono de la tierra, sobrado desasosegada, y cuando el Gobierno de la Ciudad Eterna estaba seguro de quesu prote-gido favorecia los intereses romanos, fija su mirada de águila en la turbulencia y en sus períodos mas críticos, aprovechaba la ocasion para lanzar su candidato, quien solia encontrar, no hay necesidad de añadirlo, el terreno convenientemente preparado. Por ciega que estuvie-se la gente, así ocupada en destruirse á si misma, rara vez faltaba algun pobre hombre para avisar el peligro encerrado en tan estólida conducta, y, por supues-to, rara vez con buen éxito, pues con demasiada frecuencia semejantes hombres no hacen mas, en países ya harto crónicamente sujetos á anarquías, que clamar en desierto. A lo mejor, sin embargo, podia oirse un gran lamento por parte de los bandos que no habian sabido imaginar otro medio mas digno de pasar la vida que destrozarse entre si, no comprendiéndose bien, por consiguiente, la comun insensatez, sino cuando se hallaban todos sin distincion bajo el yu-

Pero entonces era ya sobrado tarde, y sirva esto de consuelo á hombres de cierta escuela que fruncen el gesto cual si oyeran alguna grande irreverencia, al oir de algunos monarcas caidos que era ya sobrado tarde cuando hubieran querido transigir ó enmendarse. Por desgracia, el famoso trop tard lo mismo puede aplicarse á ciertos pueblos que á ciertos potentados. Cuando las tinieblas de la preocupacion son harto densas y tiene el apasionamiento intensidad sobrada, ningun consejo sirve; lo mismo que un rey y que una persona cualquiera, puede a lolecer un pueblo de la manía suicida, y en ese caso, la salvacion es natural-

mente muy dificil.

Se dice à menudo que los pueblos nunca mueren; sin embargo, mueren y aun se matan á veces ellos mismos. Vénse errar, sin duda, por el territorio de algunas naciones antiguos restos miserables de razas que fueron un tiempa fuertes y dignas; estas sombras podrán venir de sombras. Esto viene de aquello, pero aquello vivia positivamente, con todo el movimiento y los plenos atributos de la vida, v esto en realidad es nada. ¿Acaso el ilustre pueblo griego, el pueblo de Te-mistocles, no ha muerto? Hay en la Grecia actual, segun así lo demostró la revolucion de su independencia, algunas individualidades de alto carácter, en las cuales todavía puede echarse de ver la estofa heróica; pero esos raros tipos solo sirven para atestiguar, como ciertas columnas grandiosas que permanecen en pié en el desierto entre ruinas, que la historia no miente, que allí habitó, en efecto, un pueblo de hombres. En todas las altas patrias muertas suele quedar siempre así alguna muestra para mayor ludibrio del pecus humanum que queda sumido en la bestialidad, perdida la memoria de los insignes patricios, perdidas las nobles tradiciones, perdida la fe, per-didos los grandes instintos, perdido cuanto constituye una existencia nacional positiva. Eso está en realidad tan exhausto de vida que, no tan solo no arde ahí la llama sacra que hizo á los pa-

cenderse.

Los pueblos, pues, tambien pueden perecer, y es bien que perezcan cuando se hallan demasiado corrompidos. A no venir del cielo mismo el fuego que habia de acabar con Sodoma y Gomorra, por nuestra parte bendeciriamos al hom-bre, al Atila, si se quiere, que hubiese tomado iniciativa semejante: es triste decirlo, pero la civillzacion ha de agradecer á la barbarie el que á veces esta se encargue de purificarla un poco. Por lo demás, ya que se ha nombrado á Atila, digamos aqui de paso que ese hombre ha sido muy calumniado, que por sus dotes y por su carácter valia muchísimo mas que la inmensa mayoría de los romanos de su época, segun así lo con-signa la verdade ra historia, de quien ésta dice, sobre todo, que era leal y fiel guardador de la fe dada. El famoso ca udillo de los hunos, apellidado azote de Dios, era, en efecto, un azote, pero saneador; pues no cabe negar que, al fin y al cabo, fué Atila un potente higie-

nista. No hay, por cierto, necesidad de ser partidario del oscurantismo ni beato para ver con gusto la desaparicion de pu-

Si bien se examinan las cosas, estamos pasando casi todos la mayor parte de la vida en meras declamacianes; es preciso, no obstante, servir á Dios ó al diablo, servir á la razon ó á la absurdidad. Así, pues, cuando veamos á un pueblo de gente juiciosa, y que vive ó trata de vivir cual corresponde, celebremos en buen hora que goce de instituciones latamente libres; pero si los hay que parecen empeñados en vivir al revés de lo que deben hacerlo séres dotados de un espíritu inmortal, confesemos que es una aberracion, que es ir evidentisimamente contra la naturaleza de las cosas, el pretender que dejando así predominar la irracionalidad y la bruteza, no hayan de ser mucho mas cortos en ciertos países los períodos de libertad que los de látigo.

En suma, alto respeto á los pueblos

varoniles y sensatos; en cuanto á los demás, sea de ellos segun su merecido. Qué respeto hemos de sentir, ni qué compasion por la suerte final de la raza romana, cuando vinieron los bárbaros del Norte á librarnos del inmenso cadáver, cuyos miasmas estaban hacia tiem po inficionando el mundo? ¿Era acaso aquella putrefaccion el viejo pueblo de los Cincinatos, de los Régulos, de los Fábios, de los Scipiones? No, este habia desaparecidoen realidad mucho antes de llegar el desenlace tremendo; lo que del fuerte y altivo pueblo romano quedaba, no era verdadera descendencia, sino un compuesto de cobardía, de idiotismo y de ferocidad sin ejemplo; nadie lo creyera á no consignarlo hasta la saciedad sus escritores mismos. Esto era al antiguo pueblo-rey, lo que la escoria al metal puro, loque Mesalina era á Lucrecia. En eso podia haber algun vestigio de vana forma corpórea de los pasados; pero la vida de un pueblo, como la de un hombre, está ante todo en el espíritu, y el espíritu romano de los buenos tiempos habia pasado á otras gentes que sin mucha ceremonia acudian á apoderarse de la herencia. Y en efecto, ¿por qué no han de ser tenidos por naturales descendientes de los héroes los de un mismo temple, en cualquier parte que nacieren? Spi-ritus fiat ubi vult, que la vida herede ó continúe la vida, pensarian los hombres del Norte, pero el cadáver á la fosa; el cadáver, segun la misma etimologia, es caro data vermibus: dése, pues, lo suyo á los gusanos de la tierra.

Cada cual podrá opinar respecto de estas razones lo que guste, pero ello es cierto que el inmortal cantor de Eneas, dice en un solo verso la mision exclusiva

del romano:

Turegere imperio populos, romane memento. Ahora bien, convertido ya por su culpa en vil esclavo el soberbio gobernador del orbe, olvidado de que mal se aviene el señorear á los pueblos con la abyeccion mas sórdida y mas punible, lógico y á la par justo era su reemplazo en ese grande oficio por gente mas vigorosa, de mejores costumbres y de instituciones mas libres.

Pero dejemos ya este órden de consideraciones, por otra parte completamente ociosas, y demos fin al presente escri-

tampoco de nuestra incumbencia, ofrecer la solucion del problema que hoy ocupa la atencion general entre nosotros; tan solo hemos querido decir lealmente nuestro humilde parecer sobre las dificultades inherentes á esa problema, á la eleccion de nuevo monarca, manifestando al propio tiempo, con la brevedad que nos ha sido posible, toda la trascendencia que esa misma eleccion puede llegar á tener. Y sobre todo, hemos deseado dar á entender á las personas poco versadas en semejantes asuntos, que probable-mente habremos de contentarnos con el rey que las circunstancias deparen ó que tal vez estas nos impongan. Por fortuna, trátase en nuestro caso de un jefe que ha de ser constitucional, y por este lado, á lo menos, podemos tranquilizarnos algo. Supóngase desacertado el nombramiento, y las consecuencias no es regular puedan ser tan desastrosas bajo el sis-tema representativo como bajo el absoluto, es decir, el sistema tradicional de la dinastía borbónica.

Pero ello es un hecho que ciertos principes de grandes familias reinantes no aceptarian la corona española, aun cuan-do les fuera ofrecida y tuviesen el mas vivo deseo de alcanzarla. Creemos haber dicho ya sobre esto lo suficiente, pero hubiéramos podido extendernos mucho mas. Ahi está, por ejemplo, un archidu-que de Austria, de quien cabalmente se hacen estos dias vivos y sin duda merecidos elogios, y no obstante la tragedia de Méjico, es de presumir le halagaría la invitacion de dirigir los destinos de un país en que reinó, entre otros principes de su familia, el grande emperador Car-los V; y sin embargo, si la invitacion llegase á tener lugar, seria agradecida, pero no aceptada, con motivo del seguro veto que, en caso contrario, impondrian al Austria otras potencias, cuya mayoria no tolera, excepto en casos muy excepcionales y de fuerza mayor, variaciones en la balanza que puedan alterar harto gravemente el equilibrio en Europa, se-gun ya tenemos dicho.

La misma oposicion encontraria uno de los hijos de la reina Victoria, aun cuando se hiciese católico y quisiera admitir el trono, en caso de ofrecérsele; solo que, dada esta hipótesis, el viejo leopardo es sobrado astuto para cometer cierta clase de imprudencias; le basta á Inglaterra el tener al extremo de esta Península una dinastía que le ha de permanecer adicta. Cuando España llegue á asemejarse á Portugal en las amarras que li-gan la patria de Camoens á la Gran Bretaña, poco importará á esta afortunada nacion que haya en la Península dos coronas ó una sola, entonces ella tendrá ya hecha, sin haber antes provocado por este concepto ningun conflicto sobradamente desagradable, su verdadera union ibérica, es decir, su union ibérica-colo-

francamente, está muy puesto en el órden que una nacion sensata y activa, como es Inglaterra, recoja el fruto de su prevision y de su paciente á la par que enérgica constancia. El rumbo que lleva la nave de nuestro pobre Estado conduce á esas amarras á que acabamos de aludir; nosotros, á lo menos, así lo creemos firmemente: qui vivrá, verrá, como dicen los franceses.

Y lo que decimos con respecto á principes de las casas reinantes de Austria é Inglaterra, puede aplicarse igualmente á los de todas las dinastías de las demás potencias de primer órden, equivocándose por ende aquellos españoles que tratan de exasperar el amor propio nacional con supuestos desprecios. No hay ninguna casa soberana de Europa que no viera con muchísimo gusto á uno de su familia en nuestro trono, aun cuando fuesen mas difíciles las circunstancias que España atraviesa. Mucho peor que ahora estaba España cuando Luis XIV no vaciló en inundar de sangre á Europa, arriesgándolo notoriamente todo, honra, gloria, tesoros, y hasta el pan de sus propios súbditos, à fin de recoger para su prole la herencia del Hechizado.

Hemos procurado asimismo llamar la atencion, apoyados en la experiencia y en la lógica, sobre el vivísimo interés que el actual interregno en España ha de tener para Francia, cuyo jefe actual tratará indudablemente de que ese interregno no se resuelva de un modo que pueda juzgarse desfavorable para él, con tanto mayor motivo, cuanto que, aun prescindiendo de que los primeros estadistas de su país le acusan de poco pru- ra de dirigir la eleccion de suceder al

cia por el lado de España, consideracio-nes especialisimas al alcance de cual-

Y aquí no tenemos necesidad de advertir que no escribimos en daño ni en provecho de ningun candidato determinado, que lo hacemos sin mas guía que nuestra propia conciencia, y atentos fan solo al bien general del país, a quien atañe principalmente y sin disputa enterarse con toda la posible claridad del gravisimo asunto en que nos hemos ocupado, y cuya solucion quiera Dios sea ante todo beneficiosa á los verdaderos intereses de la patria.

Con franqueza absoluta hemos emitldo nuestro parecer respecto á la eleccion de algun hijo esclarecido de nuestro mismo suelo. Podemos andar errados, es muy cierto, y de todo corazon deseariamos quedaran desvanecidos nuestros temores en el caso de ser elevado al trono un español, un hombre de nuestra misma sangre, temores principalmente dimanados del sobrado dominio que suele la vaniclad ejercer ahora entre nosotros, y además otra pasion, la envidia, propia por lo general de pechos cobardes, y que tanto desdice del innato valor y prover-bial conversidad de la granta que proble bial generosidad de la gente que puebla esta Península. ¡Pluguiera al cielo no estuviese tan bajo el nivel de nuestras costumbres políticas, que nos fuese dado esperar el debido respeto á una de nues-tras familias súbitamente encumbradas hasta lo mas alto!

Y ahora, al terminar este escrito, permitasenos recordar en breves frases otro interregno célebre en nuestros anales, perteneciente al último período de la Edad Media, coexistiendo aun en el suelo hispano las monarquías aragonesa, na-varra, y castellana y hasta la monarquía agarena de Granada.

A principios del siglo xv, extinguió-se en Aragon con el rey Don Martin la línea masculina legitima que ocupaba el trono, uno de los mas gloriosos de Europa, seg un saben los que conocen su historia, trono en que se habian sentado hombres como Don Jaime el Conquistador y Pedro el Grande, y profundamente arraigado en el corazon del país, no tan solo por las ordinarias cualidades de una dinastía que contaba cerca de seiscientos años de noble y vigorosa existencia, sino además de las grandes libertades de que gozaban, y eran dignos de gozar efectivamente, los regnicolas.

Muy acostumbrados estaban los paises de la corona aragonesa á reunirse en sus respectivos Parlamentos, y estos hubieron de concertarse para que tres aragoneses, tres catalanes y tres valencianos, reunidos en Caspe, nombrasen por mejor sucesor de Don Martin al pariente del mismo que derecho hubiese. Andan con cierta fama por el mundo crónicas de autores mas ó menos precisados á dar no pocas veces en lugar de verdad apariencia de la misma, en las cuales se pondera la espontaneidad y la buena fe de la decision de Caspe, elogiándose en gran manera la completa imparcialidad de la mayoría de los jueces. A juzgar por meras exterioridades, en efecto, fué así; por desgracia, los do-cumentos mas auténticos, conservados todavía en gran parte en nuestros archivos, convencen de lo contrario, al que in prevencion los examine atentamente. Podrá concederse, si se quiere, un fin recto á los directores ó inspiradores de aquella memorable sentencia dada despues de vacar el trono cerca de dos años; pero el tiempo se encargó de patentizar que el pueblo tenia mejor instinto que ellos al creerla poco conveniente y poco justa, por mas que varios escritores ba-tan palmas por la misma. La proclamacion hecha en Caspe aceleró sin duda la unidad hispánica, pero tambien aceleró, tras de horrendos crimenes y tras de un fugaz periodo de bien costosa gloria, la unidad de un despotismo de tres siglos sin igualdad en ningun país cristiano, despotismo cuyas amargas consecuencias pueden irse comprendiendo cada dia con mayor claridad y que hasta llegó à viciar hondamente en sus origenes mismos las fuentes de la vida nacional. ¡Ah! muy desventurada ha sido España, pues ha tenido que comprar tan cara esa unidad que pudiera haberse realizado de otro modo sin tan lamentables resultados.

Quiera, pues, el cielo guiar á los va-rones mas directamente encargados aho-

Aragon á la mayoría de los nueve compromisarios de Caspe al fallar de una manera opuesta álas esperanzas del país, arrepintiéndose muy luego amargamente de su obra, el principal autor, el Papa ó el anti-Papa Luna, y pidiendo perdon á la Providencia, pero cuando ya no podia deshacerse lo hecho, por haber impuesto á los habitantes de la corona de Aragon, sin su asentimiento verdadero, otro rey que el que en su gran mayoría desearan; lo cual nos enseña que el hombre de Bayona no es el primer hacedor de reyes que se haya arrepentido, y nos enseña sobre todo, que hacer reyes es exacto que lleva en sí una responsabili-

dad gravisima. Hay, sin embargo, en nuestro sentir á lo menos, una responsabilidad mas formidable aun que la que se contrae con hacer un rey constitucional, y es hacer, en paises como España, una república democrática. Nombrar aquí ahora rey es una dificultad, no cabe duda, pero la dificultad dimana tan solo del estado de ignorancia y de confusion en que dejó a este pueblo la secular monarquia despótico-unitaria á que hace un momento nos referiamos; pues á no ser así, poco costaria encontrar un jefe modesto, instruido y sensato, apto para regular sin de-masiado esfuerzo la máquina gubernamental; á bien que de uno ó de otro mo-do, esta dificultad será vencida, se nombrará monarca mientras que el planteamiento sério, ó á lo menos la duracion de una república democrática, nos parece algo mas que una dificultad, nos parece buenamente una imposibilidad, atendidas todas las corrientes de ideas, atendidos los hábitos de nuestro país, atendido además, consideracion importantisima, el estado general de las naciones europeas.

LUIS CUTCHET. Barcelona 4 de Marzo de 1870.

FUNDAMENTOS

DE LA PRETENDIDA PRIMACIA DEL PONTÍFICE ROMANO.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, sera tambien desatado en los cielos. (SAN MATEO, XVI, XVIII Y XIX.)

Convencidos hace muchos años de que el Pontificado se suicida lenta y fatalmente, sucumbiendo por sus propios excesos, como otros poderes no menos fuertes à principios de este siglo, tan fecundo en merecidas catástrofes y gloriosas emancipaciones, hemos leido sin sorpresa en todos los periódicos.

«Una interesante correspondencia de Roma, despues de darnos varias noticias referentes al Concilio, nos habla extensamente del schema de la infalibilidad. Dice nuestro corresponsal, que el artículo adicional al schema, distribuido ya, y escrito en latin, está concebido en estos tér-

«Capítulo para añadir al decreto sobre la primacía del Pontífice romano respecto á que el Pontífice romano no puede engañarse en la de-finicion de las cosas de fe y de moral, » Luego añade: «La Santa Iglesia romana posee la supre-ma primacía en todo el mundo católico, cuya primacía confiesa verdadera y humildemente haberla recibido del mismo Dios Nuestro Señor, en la persona de San Pedro, príncipe de los apóstoles, de quien es sucesor el Papa romano. Y como ante todo está obligada á defender la verdad y la fe, cuantas cuestiones en esta materia puedan surgir deben ser definidas por su criterio, pues de otro modo no se explicarian las palabras de Naestro Señor Jesucristo: Tu es Petrus.

» Y esto que fué dicho entónces ha venido probándose sucesivamente, porque en la silla apos-tólica la religion católica se ha conservado siempre inmaculada, y la doctrina ha estado siempre mantenida 4 su altura. Por todo lo cual enseñamos, con la adhesion del santo Concilio, y definimos como un dogma de fe que, merced á la asistencia divina, el Pontífice romano no puede engañarse cuado al obrar en su calidad de supremo doctor de todos los cristianos, define á lo que debe atenerse la Iglesia universal en mate-rias de fe y de moral; y que esta prerogativa de infalibilidad se extiende a todas aquellas mate-rias en que la Iglesia es infalible. Pero si alguien osase, lo que no quiera Dios, contradecir la pre-sente definicion, sepa que se aleja de la verdad y de la fé.»

Mucho se ha escrito sobre los errores que contiene el Syllabus y sobre el ab-

dente en varias cuestiones exteriores, le trono de España, con mejor luz que la surdo poder que se atribuye el Pontifice obligan además á la mas séria vigilan- que cupo durante el citado interregno de romano, y sobre el temerario empeño con que pretende la secta de Loyola proclamar como artículo de fe en pleno siglo XIX la infalibilidad del gran sacerdote, papa-rey, que se supone sucesor y here-dero de San Pedro en su patrimonio y en su poder, olvidando que éste no tuvo ni quiso, ni aun creyó justo tener patrimonio, y que nunca se consideró ni fué considerado por sus cofrades en el apostolado superior á ellos en categoría ni en facultades.

Aun cuando crean algunos que en el estado actual de la civilizacion no ofrecen peligro alguno para la causa del progreso las exageraciones de la curia romana, conceptuamos sin embargo oportuno poner de manifiesto las causas y los fundamentos de esa estraña aberracion de ideas que precipita al neo-catolicismo á la más atrevida de sus tentativas contra la libertad política y religiosa, definitivamente conquistada por

los pueblos.

No tememos ciertamente que aun cuando los artículos de el Syllabus se conviertan en cánones de la Iglesia obtengan el respeto y la autoridad que alcanzó al fin la célebre bula Unigenitus, à pesar de que en su tiempo se demostraron sus vicios y la importancia de las verdades que condenaba. Sucedió entónces que al fin la respetaron como una ley de la Iglesia los mismos que al principio solo por política la aceptaron, tolerándola aun aquellos que le habian declarado eterna guerra.

Si los amigos de la verdad se redugesen à vergonzoso silencio, miéntras que sus procaces enemigos blasfemasen de ella abiertamente, podria tambien ocurrir que ahora, como en la época de la bula Unigenitus, sobreviniesen tal confusion y desorden, que los cándidos fieles se estimarán dichosos con tal de que los prevaricadores se dignasen comunicarse con ellos y administrarles los sacramentos.

Hay necesidad, por consiguiente, de remontar al origen de la autoridad que pretende poseer el obispo de Roma, y destruir la falsa idea que de ella se tiene entre los católicos sinceros, entre aquellos mismos sencillos liberales que lo reverencian como el jefe y el fundamento de la Iglesia por la institucion de Jesucristo, sintiéndose atraidos hácia él como si fuese el centro de la unidad católimo si fuese el centro de la unidad catoli-ca. Quienes tales preocupaciones conser-ven, pudieran creerse obligados por su religion á tolerar, ya que no aceptar, la declaracion del Concilio sobre la infali-bilidad del Papa y sobre las verdades condenadas por el Syllabus, porque la autoridad, real ó falsa, es el guia de aque-llos que la respetan, de los sabios como de los hombres vulgares, todos los cuales, tardeó temprano, concluyen por someterse á sus leyes.

Es evidente que la supersticion y el fanatismo de una parte, o como si digéramos la ignorancia y la preocupacion. y de otra la hipocresia, han contribuido à sostener en el vulgo la idea equivoca-da de que el Papa recibió del mismo Jesucristo, en la persona de San Pedro, el poder ilimitado y la sabiduría, la infalibilidad en suma, siendo necesario combatir ese error y restablecer la verdad para evitar que se propague la confusion y se promuevan nuevos conflictos con

carácter religioso.

Tal es el objeto de este trabajo, diri-gido á probar que la primacía del obispo de Roma es mera preeminencia de rango, que no procede de institucion divina, y que ningun derecho le confiere sobre sus demás colegas, ni ménos sobre la Iglesia universal, que solo puede regirse democráticamente, segun el espírita del Evangelio y conforme á la antigua disciplina, vigente hasta la publicacion de las falsas decretales por la más insigne de las supercherías.

Como los ultramontanos, la Compania de Jesús en masa, la secta conocida por el mote de neo-católica, todos cuantos con buena ó mala fe pretendenque es de origen divino la primacía de honor y de jurisdiccion que atribuyen al Papa, fundan esta opinion en diferentes pasajes de la Biblia y de los Santos Padres, deduciendo de este principio falso la peregrina consecuencia de que no puede enga-ñarse, que no es falible, y de ahí su infalibilidad, conceptuamos necesario disipar esta preocupacion y restablecer la verdad, apoyándonos en testimonios incontrovertibles de iguales fuentes.

Suponiendo cierto que los obispos de

parece lógico, en efecto, afirmar que son los herederos de sus privilegios. El argumento es ingenioso, aunque peca de sofístico; porque, en verdad, si Jesu-cristo confirió à San Pedro una primacia de honor y de jurisdiccion sobre los demás apóstoles, y por consiguiente, sobre todos los fieles, cuando le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Y á ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierra ligado será en los cielos: y todo lo que ligares sobre la cierca de cielos y todo lo que ligares sobre la cierca de cielos y todo lo que ligares sobre la cierca de cielos y todo lo que ligares sobre la cierca de cielos de tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos, » los obispos de Roma no pueden ménos de poseer esa inmensa facultad, la plenitud de la jurisdiccion en lo temporal y en lo espiritual, y no solo la infalibilidad, sinó la soberania absoluta sobre todos los católicos.

Examinemos una despues de otra, y por su orden, las dos partes de este texto para hacernos cargo de la solidez del argumento: "Tú eres Pedro,-dijo el Senor—y sobre esta piedra edificaré mi Igle-sia.» De aqui infieren los neo-católicos que por la institucion de Jesucristo tuvo San Pedro una autoridad suprema sobre la Iglesia. ¡Pero es cierto, hay la evidencia de que este apóstol fuese la pie-dra fundamental de la Iglesia? La mayor parte de los Padres han entendido que esta piedra era, ó el mismo Jesucristo, ó la fe en su divinidad que San Pedro acababa de confesar. El señor de Launoi cuenta diez y seis Padres ó autores eclesiásticos que dan á la frase el primer sentido, pudiéndoseles agregar Eusebio y San Cirilo de Alejandría, y cuarentay cuatro Padres ó escritores sagrados que convienen en la segunda explicacion, á cuyo número añadimos San Hilario, San Basilio y San Ambrosio. Es notabilísimo el comentario de San Agustin, que explica así la palabra del Señor, excluyendo expresamente á San Pedro: «Yo edificaré mi Iglesia, no sobre tí, »Pedro, sinó sobre esta piedra que aca »bas de confesar » ¿Habrá alguno tan osado que tache este comentario de herético? Pues si léjos de serlo, es por el contrario muy católico, la fe católica nos autoriza, pues, á excluir á San Pedro y todo privilegio que le sea personal de estas palabras del Salvador: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; » comprendiendo que solo se refieren al propio Salvador y á la fe en su nombre

Nos inspira este raciocinio la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras, en donde se designa frecuentemente al Redentor con el nombre y la simbólica figura de una piedra, segun observa un erudito escritor católico del siglo pasa-do. Léase el Evangelio de San Mateo, cápítulo xx1, 42, donde Jesucristo se aplica este versículo del Salmo cxvII: Nunca leisteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina? Es digna de gran atencion esta cita por la nota del padre Scio, que comienza así: «Esta piedra angular ó fundamental es Jesu-

cristo, 1, Petr. II, 7.»

San Pablo nos asegura asimismo que estaba representado en aquella piedra del desierto, que se convirtió en una fuente de agua para los israelitas: Y la piedra era Cristo, 1, Cor. x, 4, " cuyo texto anota el padre Scío afirmando que la piedra herida con la vara de Moises era figura de Jesucristo, herido y muerto por nuestros pecados. En la epístola á los Eferios, II, 20 y 21, explica el mismo Apóstol que Jesús es la piedra fundamental del ángulo, sobre la cual descansa todo el edificio de la Iglesia. Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, en el mismo Jesucristo, que es la principal piedra angular. En el cual todo el edificio que se ha levantado, crece para ser un templo santo en el Señor. Isaías nos lo anuncia bajo la misma imágen, xxvIII, 16. Por tanto esto dice el Señor Dios: Hé aquí que yo pondré en los cimientos de Sion una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, fundada en el cimiento. El que creyere, no se apresure. Esto es lo que aplica San Pedro á Jesucristo en su Epistola primera, capítulo segundo, segun hemos visto que anota el Padre Scio, autoridad bien ortodoxa y que no rechazarán ciertamente los neo-católicos.

Esta armonía de las Escrituras, de las que pudieran citarse otros muchos textos en un todo semejantes, descubre cuál es el verdadero sentido de estas palabras mi Iglesia, y demuestra de una manera cuerpo, y que resucitaria al tercero dia. lo ha ganado en adelantos, en comodi-

No es, sinembargo, necesario salir del texto mismo de que se trata para convencer á quien haga uso de su razon, de que no es posible confundir á San Pedro con la piedra que ha servido de base al edificio de la Iglesia, toda vez que en las lenguas hebrea, griega, latina y espa-nola; son distintos los términos que los

Cephas es el nombre del Apóstol en he-breo; Petros, en griego, y Petrus, en latin, miéntras que la piedra fundamental de la Iglesia se expresa en hebreo por el término Chiph, y en los idiomas griego y latino por la voz Petra. Solo en francés resulta un equivoco singular, por haber un solo término para expresarse Pedro y piedra, escribiéndose y pronunciándose lo mismo Pierre, ya signifique el nombre propio, ya el apelativo. Para entender, como los neo-católicos, que Pedro pudo ser la piedra primera y fundamental de la Iglesia, seria necesario admitir que Jesucristo se dirigió en francia a Simon de ajóndolos. To as Pierra el cés à Simon, diciéndole: Tu es Pierre et sur cette Pierre je bátirai mon Eglise... ¿Es

racional esto?

Sucede lo mismo con la version siria, segun nota ya el erudito teólogo á quien antes nos referimos, pues dice así: Tu ipse Chapha, et super hanc Chapha, etcétera: Chapha, en la primera parte de este versículo, no es un nombre apelativo que significa una piedra, sinó el propio que designa á un hombre. Porque estas palabras: Tu ipse Chapha, son el cumplimiento de la prediccion de Jesús, en estos términos: Tú eres Simon, hijo de Juan: tú serás llamado Chephas, en sirio Chapha, es decir, Petrus, en latin; Pierre, en francés, y en español Pedro, que nada tiene que ver con piedra Las palabras: tú serás llamado Chapha. no significan que Simon seria llamado una piedra, sinó que recibira el nombre propio de Pedro, como interpreta tania el differente el nombre propio de Pedro, como interpreta tania el differente el nombre propio de Pedro, como interpreta tania el differente el nombre propio de Pedro, como interpreta tania el differente el nombre propio de Pedro, como interpreta de la como d mo ántes tenia el de Simon. Nunca, en efecto, le llamaron los escritores sagra dos la piedra, Petra, sinó Pedro siempre, Petros ó Chephas, que son nombres de hombre. El término sirió Chapha, es tambien, por consiguiente, un nombre propio, en esta frase: Tú eres Chapha. siendo, pues, San Pedro y la piedra angular la Iglesia dos cosas perfectamente distintas en todas las lengas, aun en la francesa, no obstante el equivoco que re-sulta de la identidad que dejamos apuntada.

En virtud de lo expuesto nos parece claro y patente que el mismo pasaje que con tal frecuencia se invoca para probar que San Pedro fué la piedra fundamental de la Iglesia, prueba lo contrario, pues como observa San Agustin, Retract, L. I, cap. 21, no le dijo el Maestro: «Tú eres la piedra, sino tú eres Pedro. La piedra era el mismo Cristo, mereciendo Simon ser llamado Pedro por haberlo

confesado."

Biensabemos que insistiendo en el propósito de aplicar á San Pedro el concepto de la palabra: Sobre esta piedra edificare mi Iglesia, la refieren los neo-católicos á las que inmediatamente preceden, prefi-riendo por un interes mezquino de dominacion interpretarlas en este sentido más bien que en el de su significacion evangélica, segun la cual es indudable que se refieren, no al Apóstol, sinó á la profesion de fe que habia hecho, ó sea á Jesu-

cristo á quien habia confesado. Fijémonos en la redaccion o gradas Escrituras, en las que no aparece siempre la palabra de Dios tan clara como fuera de desear, por expresarse las más de las veces en parábolas é imágenes propias de la lengua que hablaba, por lo cual, como todos los sábios orientalistas han reconocido, es tan difícil la traduccion de los textos hebreos, y tan fácil tergiversar su verdadero y genuino sentido. Cuando hallándose Jesucristo en el templo de Jerusalen dijo á los judios: Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré, San Juan, 11, x1x, parece natural que aplicase su discurso, no á su cuerpo, del cual no hacia ninguna mencion, sinó al templo en que estaba, de donde acababa de expulsará los mercaderes, y con motivo de esta pregunta que le dirigieron los judios al arrojarlos de alli: ¿Qué señal nos muestras de que haces estas cosas? San Juan, II, XVIII. Y sin embargo, como anota el P. Scio al precitado versículo xix, dió así á entender el Señor á los judios que haciéndole model Salvador. Sobre esta piedra edificaré rir destruirian el templo mistico de su

Roma son los sucesores de San Pedro, evidente que se refieren á Jesucristo y á Compréndase, pues, que al decir: sobre dad, en positivas mejoras, en ese buen parece lógico, en efecto, afirmar que la fe en su divinidad. con más razon á su propia persona, á la fe en su Divinidad, de la cual acababa de decir poco antes: Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sinó mi Padre, que está en los cielos, San Mateo, xvi, xvii.

En prueba de buena fe nos hacemos cargo de la objecion que opone Belarmino, L. I de Rom. pont, consistente en que si así fuera no diferente de diferente de la consistence del consistence de la consistence del consistence de la edificaré, sinó he edificado, ó edifico mi Iglesia, porque habia ya muchas personas

que creian en él.

Ciertamente, no solo creian entónces muchos en Jesucristo, sinó que en todo tiempo habian creido en él, no conociendo más nombre que el suyo que pudiera salvar á los hombres. En un sentido subsistía la 1 glesia desde el origen del mundo; pero no habia sido fundada por el Hombre Dios, ni desposada actualmente con él, ni labada en su sangre, ni alimentada con su cuerpo, ni emancipada del yugo de la ley judáica, ni ilustrada como debia serlo. «Jesucristo—dice San "Crisóstomo, advers. Judæos et ent. quod Christus sit Deus, n. 12-solo era segui-"do por doce discípulos, y nadie cono-cia entónces la Iglesia, ni siquiera de nombre, porque aun estaba floreciente la Sinagoga.

De esta Iglesia distinta de la Sinagoga, puesta en libertad, brillante con la luz del Evangelio, purificada por el bau-tismo, alimentada por la Eucarista, gobernada por un nuevo órden de sacerdotes; de esta Iglesia, de la que hizo su esposa, es de la que habla Jesucristo cuan-do dice: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y como aquellos maravillosos efectos no debian producirse sinó despues de la muerte y resurrección del Salvador, por eso dijo á Pedro: edificaré mi Iglesia, y no he edificado ni edifico, considerando tambien de este modo á esta Iglesia en toda su extension y duracion, exparcida por toda la tierra y subsistente en los futuros siglos.

Insistiendo Belarmino en su opinion, añade que, pues el fundamento debe ser de igual naturaleza que el edificio, si la Iglesia es una reunion de hombres, pre-ciso es que la piedra que le sirvió de ba-

se fuese un hombre.

Pero, por ventura, ¿no fué hombre Jesucristo? Si fué además Dios, ¿perjudica esto á su cualidad de fundamento? ¡Qué objeciones presentan estos benditos neo-católicos! ¿Cómo es posible que un hombre, pura y simplemente hombre, sea el fundamento de toda la Iglesia? ¿Cómo podria sostener tan enorme peso? ¿De qué manera podria atender á una obra tan extensa y difícil? ¿Con qué recursos re-primiria los impetus del infierno y del mundo? ¿En qué fe se inspiraria para ilustrar à los fieles que carezcan de luz á fin de marchar firmes y sin debilidad por el escabroso sendero de la vida? ¿Qué hombre podrá alentar á los fuertes y ser él mismo inquebrantable en medio de las tentaciones iel mundo? ¿Lo fué acaso siempre San Pedro, aunque Apóstoly profeta? No demos, pues, á la Iglesia más fundamento que el del Hombre Dios. Porque nadie puede poner otro cimiento, que el que ha sido puesto, que es Jesucristo, dice can Pablo, I. Corint. III. II., pues solo él se canaz de illustror de sectores de 6 es capaz de ilustrar, de sostener, de afirmar su Iglesia y de impedir de esa manera que la destruyan las potencias del intierno, lo cual está á punto de suceder por el empeño de los neo-católicos en divinizar al Papa, prescindiendo de la fe en la doctrina cristiana para atribuir al obispo de Roma un don que únicamente

F. J. MOYA.

NAPOLES.

ARTÍCULO 1.º Introduccion

Su estado actual, comparado con el anterior.—
Causas de su malestar.—Cuestion romana.—
Lógica y necesaria separacion de los poderes
temporal y espiritual.—Razones.—Propósitos de estos apuntes.

Yo, que he conocido Nápoles bajo la dominacion borbónica, y que puedo, im-parcialmente, comparar lo pasado con lo presente, cometeria, á sabiendas, una injusticia, si no declarase que lo que ha perdido en no envidiable originalidad,

cipal de las grandes poblaciones moder-

Acaso el viajero que busca lo raro, sin exigir del pueblo que visita lo que juz-ga, y con razon, indispensable en su propio país, hechará hoy de menos en la antigua capital del reino mas bello de Europa el l'azzarone, tipo que encerraba en si todo un sistema de gobierno, y que tan peligroso era para los bolsillos de propios y extraños; pero en cambio, cuánta mas limpieza no halla en las mil calles, en las cien fondas, en los innumerables sitios de recreo de esta ciudad, sin que por ello disminuya en nada el encanto de su principal hermosura, esto es, de su riente naturaleza!

La ley de las quintas barrió del suelo aquel enjambre de ociosos que constituia la cohorte principal de los sostenedores del rey Fernando II, y hoy la industria cuenta con mas brazos útiles, el ejército con ciudadanos que se moralizan y las familias con individuos que no las deshonran, y bien merece todo esto que el turista heche de menos el tipo que, visto de cerca, le repugnaba, y que tanto

degradaba á la poblacion.

Fama tenia el ejército napolitano de enseñar al enemigo mas fácilmente las espaldas que el pecho, y la historia no combatia, ciertamente, tal preocupacion. Hoy he oido asegurar á generales italianos que el soldado napolitano tiene todas las buenas cualidades del piamontés, pues en nueve años de ingerto en las filas italianas, ha recobrado la dignidad, la emulacion y el orgullo, que constitu-yen las principales cualidades del que recibe de su patria un arma para defen-

Yo recuerdo perfectamente que, ex-cepcion hecha de la calle de Toledo, ar-teria principal de Napoles, todas las de-más eran, antes del 1860, un depósito de inmundicias, que si en el invier-no las hacia intransitables, en el verano, además, infestaban el aire y desarrollaban á menudo las calenturas periódicas, particularmente en los barrios estrechos y tortuosos que confluyen à

la marina

La municipalidad hoy, aguijoneada constantemente por los periódicos, se ocupa sin descanso en las mejoras materiales de todos los barrios; la limpieza es general, las leyes de policía urbana se observan rigorosamente, se prosigue con empeño el derribo de enteras manzanas para abrir grandes calles y dar luz y aire á los barrios que tanto lo necesitan; en fin, se ven el movimiento, la vida, las mejoras, la propiedad, que tan necesarios son á todas las poblaciones, indispensables á los grandes centros co-mo Nápoles, donde viven seiscientas mil personas, y otras cien mil vienen todos los años á admirarla y á gozar de sus incomparables atractivos.

No quiero decir con esto que sea uná-nime en Nápoles la opinion en favor del nuevo Gobierno, pues la pasion política, que todo lo desfigura y envenena, mantiene una cierta clase que, ya de un modo, ya de otro, vivia con el sistema pasado, y que, naturalmente, hostiliza y desacredita, por cuanto le es posible, la situación creada por efecto de las ane-

xiones de 1860.

Pero aun esas mismas clases, ó, por decirlo con mas exactitud, esas mismas agrupaciones que crecian é imperaban al calor de instituciones viejas, indolentes y hasta tiránicas, que al amparo de protecciones y privilegios odiosos monopolizaban los lucros que lleva consigo el sistema teocrático, de dia en dia van transigiendo con lo que ya no consideran tan malo, y aprovechándose de las libertades que aparentan combatir, vuelven la espalda a sus rancios idolos, y preparan una futura generacion comple-tamente despojada de tradiciones absurdas y denigrantes. Es que la libertad con todos sus inconvenientes—¿qué no lo tie-ne en el mundo?—es una luz que se entra por todos los ojos; es un calor que penetra por todas partes; es un bienestar que á todos alcanza, y las prevenciones de partido, las exageraciones de razas y de temperamentos, las teorías ó las uto-pias de sistema á ella contrarios, no pueden resistir la fuerza que en si tiene lo que está en perfecta armonía con el espiritu humano y con las leyes á que plugo sujetarle al Criador.

Alguno podrá observarme que en Nápoles se queja el comercio, se lamentan

políticos; aquel, porque siente el peso de las múltiples contribuciones; los segundos, porque sus fincas están muy gravadas; estos, porque sus principios y sus hombres no alternan en el poder con la frecuencia que desearian; pero, ¿en que país no sucede lo mismo? No acuso ni defiendo los ministerios italianos, pues en mi cualidad de extranjero, el deber y la conveniencia me imponen la mas absoluta reserva y dignidad: diré, sí, que es obra muy difícil amalgamar y encauzar territorios de tan diversa indole, de costumbres tan contrarias como las que antes se llamaban Toscana, Dos Sicilias, Marcas, Umbria, Módena, Parma, y que hoy, bajo el cetro de la casa de Saboya, han debido despojarse de su peculiar nacionalidad, de sus particulares costumbres, para formar un todo comun, y recibir el sello de la pequeña parte, á la cual, espontáneamente, se han reunido.

Por esta razon, que considero de mucho valor, no me exajero, ni doy mas importancia de la que tiene, á esas quejas que tanto abultan los sistemáticos enemigos de la nacionalidad italiana. Un pueblo que se regenera, agrupaciones tan heterogéneas que se funden, necesariamente han de herir intereses creados bajo otra forma, y como la libertad y la grandeza territorial no se adquieren à poco precio, el óbolo con que deben contribuir el comercio, los propietarios, cuantos gozan del gran be-neficio de pensar en alta voz, y de quejarse con y sin motivo, no puede ser insignificante, al menos mientras el país no logra asentarse sobre bases sólidas y estables, y esto no se consigue, como los impacientes quieren, en diez años, ni cuando tantas contrariedades internas y externas han venido y diariamente vienen, á retardar y oponerse á la completa

Y aqui, naturalmente, nos sale al paso la eterna cuestion romana, que tiene el triste privilegio de ocupar todas las cancillerias, y de mantener en Italia esa agitacion que tanto contribuye á las que-

jas y al malestar que acabo de señalar. Es menester vivir en este pais, haber visitado con interés y sin prevenciones las diversas provincias que constituyen el reino itálico, incluso el pequeño terri-torio que se llama Estado Pontificio, pa-ra comprender todo el valor que tiene, la influencia que ciarge en que destinea con influencia que ejerce en sus destinos esa especie de nacion liliputiense enclavada en otra graude, jóven y vigorosa, una y otra odiándose cordialmente, y una y otra oponiéndose entre sí à su ordenamiento respectivo. Y para realzar mas aun el carácter ágrio y violento de esta lucha sorda, pero implacable, vése el amor propio italiano ofendido por el apoyo, que, con mas ó menos razon, conce-den bayonetas extranjeras á uno de los dos contendientes, apoyo que ha costado ya la sangre de ilustres víctimas, y que tiene su espada pendiente sobre el cuello de un gran pueblo por mezquinos intereses de política personal.

Me apresuro à declarar que no soy enemigo de Roma, ni mucho menos de su Pontifice soberano, al cual he debido, particularmente, honrosisimas distinciones. Creo que la religion católica es necesaria, y que nadie puede atacar con que lo temporal es un error que, mas miento de mi deber. que á nadie, perjudica á la misma religion que trata de defender

Para el que va á la Ciudad Eterna, como viajero, y solo se ocupa de admirar las grandezas antiguas y modernas que encierra aquella vasta metrópoli, de asistir á las grandiosas ceremonias de nuestra religion, de visitar al Soberano Pontifice y á los prelados, para quienes lleva recomendaciones, parece extraño que exista una cuestion romana, pues to-do lo encuentra bello, natural y justo; y no puede ser de otro modo, porque en Roma se estudia la manera de alucinar y deentretener al que no lleva á ella otra mision que la de distraerse, cumplir un acto religioso ó pasar una determinada epoca del año; pero cuando se llega al Estado Pontificio, con la obligacion de residir en él y mantener relaciones con sus autoridades y con sus habitantes; cuando todos los dias hay la necesidad de dilucidar cuestiones con sacerdotes que administran la justicia, y que por el mero hecho de haber cursado en su seminario conciliar (y muchos ni aun estos estudios han tenido) ya son ap- tario, leimos en Inglaterra, hace ya mu- lismo y la hipocresía sino para mostrar- sido mas exacto preguntarse: ¿Qué se

los propietarios y critican los hombres tos para desempeñar todos los puestos, políticos; aquel, porque siente el peso de altos y bajos de la administración, de la política y de la milicia, entonces es cuando se comprende lo dificil que es-por no calificarlo mas duramente-la prolongacion, en las condiciones actuales de los pueblos, de esa mezcla contradictoria é imposible de dos poderes que se exclu-yen, y lo urgente que va siendo, hasta para la religion misma, la separacion de ellos, y con esta separacion la paz interna del gran pueblo italiano, y la participacion que con tanta justicia reclaman los romanos en la vida libre, en la civilizacion de que gozan los que hablan su propio idioma porque, como ellos, son italianos.

> Basta ser monseñor en Roma-y monseñor lo es, por la voluntad de un ministro cualquiera que tiene las primeras ór-denes eclesiásticas—para desempeñar el gobierno político, administrativo y militar de una provincia, para entender y fallar, sin apelacion, en asuntos económicos, sanitarios, científicos, facultativos, en fin, en todo lo que constituye los múltiples ramos del saber y de la orga-nizacion social; y esto, desde luego, re-vela que ha de producir absurdos sin cuento, injusticias á manos llenas, perturbaciones sin fin; y cuando alguna autoridad ó representante extranjero, pues los súbditos pontificios no tienen ni aun el derecho de la queja, se permite hacer observaciones para tolerar lo improce-dente y lo perjudicial de alguna disposicion, aparece en el acto el sacerdote invulnerable, que se broquela en su carácter sagrado, utilizando el pedazo de infalibilidad que le pertenece, y ante cuyo argumento quizás no queda otro recurso que bajar la cabeza y desear mas vivamente la terminacion de un estado de cosas que resistir no puede el sentido comun.

Ejemplos mil pudiera citar de casos prácticos, en los que he sido actor principal, pero los omito, porque está ya tan en la conciencia de todo el mundo la nenecesidad de la separacion que señalo, que mis razonamientos no añadirian peso à lo que se cae por su propio peso.

Y esto mismo que yo sé, y que todos reconocen, es la causa principal del desasosiego que molesta á Italia y que mantiene viva la agitacion antimonárquica y al partido antinacional. La cuestion romana es el pretesto de que se sirven los partidos enemigos de la dinastía Sabanda para hostilizar á todos los Gobiernos que se forman, y aquí en Nápoles prin-cipalmente, donde el carácter de su poblacion es el descontento y la violencia que constituyen el de los países meridio-nales, sirve y entra por mucho en el malestar que se advierte, y que se interpre-ta por antagonismo á la revolucion anexionista, cuando con imparcialidad y sin pretensiones no se examinan sus verdaderas causas.

Apuntadas estas ligeras observaciones que creo indispensables para que no se deje alucinar é inducir en error el que de mis lectores venga á visitar esta gran ciudad, en articulos siguientes daré una idea de lo que debe verse y observarse en ella y sus alrededores, constituyéndome una vez mas en amigo y guia de mis compatriotas, ya que lejos de mi querida patria no puedo prestarles otros servibuenas armas el poder espiritual del su-cesor de Pedro; pero estoy convencido de rindo, a nuestro Gobierno en el cumpli-

ARISTENO TEANIO. (Entre los Arcades de Roma.)

DISCURSO

Nápoles, Marzo, 1870.

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA POR EL RECTOR DE LA MISMA.

Creemos que se leerá con algun interés el siguiente extracto del notable discurso que, con motivo de inaugurarse la segunda apertura de las lecciones dominicales en la Universidad de Barcelona, leyó nuestro distinguido colaborador y amigo D. Antonio Bergnes de las Casas, rector de dicha Universidad:

«Lo que está pasando en una gran parte de Europa nos trae á la memoria la historia de Balaam y de su asno, historia que nos parece admirablemente pro-

Aquel Madianita, venerado por los suyos, hombre de buen consejo, y tenido por hechicero (el hechicero era el doctor de aquellos tiempos), iba de camino, gravemente montado en su jumento, y muy ageno de soñar que su consideracion iba à verse gravemente comprometida. Ya se ve, aquel sabio se iba ganando la vida honradamente; bien nutrido, bien vestido, bien alojado, aristócrata de aquellos antiquísimos tiempos, no era ni bueno ni malo, pero si muy amigo del decoro. Seguia, pues, tranquilamente su camino, contando con la docilidad del animal que le servia. Pero, ¡cuán grande hubo de ser su asombro, qué horror hubo de embargarle cuando el asno habló! ¡El asno, ese animal menospreciado, ese vil esclavo, ese instrumento vivo! ¿Con qué derecho motejaba al profeta que tantas veces le habia vapulado? De donde tan extraña rebelion, tan increible trastorno de usos y costumbres, una revolucion tan imprevista?

La acémila ha hablado, el asno se ha hecho hombre; Balaam ya no es profeta. Voló la consideracion pública, la fama, el imperio, la influencia á tan poca costa adquiridas! El pueblo, mudo durante tanto tiempo, y menospreciado, halla la voz perdida, y dá vado á sus penas en

palabras claras y precisas.

Pero no está aquí el mal, sino muy al contrario; lo malo es que el pueblo, que ha recobrado el habla, no ha sido educado hasta ahora para usar de ella con entereza y templanza; bien que no es suya la culpa, sino de los que le han abando-nado á su ignorancia. Y con todo, el que gana el pan de cada dia con el sudor de su rostro es mas hombre que el presumi-do debilitado por el lujo y los placeres, lleno de ensueños inaplicables y peligrosos, de charla sin grandeza de alma, y de altivez sin valor. El que no hace mas que recorrer los teatros, los bailes, conciertos y salones, vale menos que el aprendiz, que, delante de su banco ó tornillo, conserva la energía del pensamiento con la robustez del cuerpo; pues los recursos sin cuento de que dispone la opulencia ofrece demasiados placeres, facilita los vicios y favorece las malas inclinaciones, esterilizando los saludables efectos de la educacion que quizá se le haya dado.

Si el hombre ha nacido para obrar, es-to es, para hacer alguna cosa útil á sus semejantes, nadie negará la superiori-dad de las clases trabajadoras sobre las ociosas. Las primeras, no reciben mas educacion que la del trabajo, del trabajo que se apodera del hombre entero, no de su inteligencia solamente, sino de todas sus facultades de accion, de dolor, de perseverancia y empresa. El que no ha hecho nada, no sabe nada. Buscad dos hombres de talento; colocad al uno en una mala imprenta, donde le apaleen y haya de trabajar desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche; encerrad al otro en un colegio, donde se le enseñen las ciencias especulativas; el primero de aquellos hombres será Franklin, y el otro será uno de tantos sofistas como abundan en España y en otros países. ¿Cuál de los dos será mas útil á sus semejantes?

esos semi-pensadores y semi-poetas que van en pos de la sombra de un sistema, no tienen mas que fracciones de creencia, escasas chispas de fé, ora mística, ora filosófica; que lo mismo defienden el pró que el contra, y nos dejan sumidos en una atmósfera de sofismas, de contra-

dicciones, conjeturas y alucinaciones. En medio de los sofismas de los unos y de las rencorosas pretensiones de los otros, ¿qué régimen hemos de seguir, qué panacea hemos de escoger para curar la atrofia del cuerpo social, su paralisis, su desorganizacion, su fiebre irregular, para llevar el remedio á la dolencia de unos tiempos en que los principios públicos y privados se han venido al suelo, en que el interés individual anda, obra y forcejea como puede ó lo entiende, en que las dificultades de los Gobiernos y las contradicciones de las doctrinas aumentan y se enconan? ¿Qué dique podemos oponer al torrente que nos amenaza? Inspiremos à esos hombres, hermanos nuestros, toda la virtud y fuerza que necesitan; enseñemos á esos párias á ser hombres, á reclamar sus derechos sin furor, á no repudiar el servi-

chos años, en un número de la Revista se mas grandes, mas valientes, mas activos y mas juiciosamente religiosos. De la moralidad é inmoralidad del pueblo dependen hoy dia los destinos de los reinos y de las Repúblicas.

La Union americana es feliz, no tanto por ser federal, como porque no tiene lo que en otro tiempo llamaban canalla. Borrémosla, pues, si es posible. Pero, ¡de qué sirve una reforma puramente política, una reforma material que se contenta con remover el terreno, si en él siguen acumulados los mismos gérmenes, si la reforma moral é intelectual no acude á rejuvenecer el suelo para confiarle semi-llas de heroismo y de virtud? Las leyes no hacen á los hombres. El ejemplo, el sentimiento moral, el contacto de los buenos principios los crean. Todo hombre de bien es un centro místico, en torno del cual se agrupan las almas predestinadas á la virtud; su obra es incalculable; da vida á miles de virtudes; es creadora, divina. Tal es la grande leccion de la filosofía práctica, leccion harta olvi-dada. Los hombres del pueblo que, en medio de su descontento, no han perdido el sentimiento de lo bueno, el amor á la virtud y la creencia en Dios, son las únicas prendas de ventura para el país. Pero á los hombres honrados de las clases alta y media les toca promover la instruccion entre la clase desvalida, y derramar la perseverancia y la caridad entre los hombres à quienes han degradado y oprimido las desdichas de los tiempos y la larga imprudencia de las leyes.

Despues de estas consideraciones generales, aplicables á casi todos los países de Europa, diremos que lo que en ellos, incluso el nuestro, hace falta, no son políticos, que estes sobran, sino hombres del temple de Pestalozzi, de Brougham y de Aller, que levanten de la ignorancia en que yacen á nuestras clases trabajadoras, esto es, á las abejas mas útiles de

Algo se hizo ya, sin embargo, en año pasado en esta Universidad, y en el sentido indicado, por algunos de sus alum-nos que dieron á nuestros obreros y artesanos lecciones dominicales en varios ramos del saber, lecciones que se vieron bastante concurridas, aunque no tanto como lo hubiéramos deseado cuantos nos interesamos por la clase á quien iban di-

Para que se convenzan todos, así maestros como alumnos, de la importancia de la instruccion que puede darse al pueblo, vamos á evocar algunos recuerdos de nuestra juventud, recuerdos que quizás se oirán con algun interés por las personas aqui presentes con motivo de inaugurarse por segunda vez en este dia las lecciones dominicales.

Voy á hablar de un hombre desconocido para muchos de los que me escuchan, esto es, de Pestalozzi, y de los maravillosos efectos que en algunos países de Europa produjeron en la educacion del pueblo los trabajos de aquel hombre ver-

daderamente grande.

Los pobres son hermanos nuestros: esta máxima del Evangelio, que, exceptuan-do los primeros tiempos del cristianismo, durante cerca de diez y ocho siglos, fué casi una letra muerta en el libro de la vida, era un sentimiento innato en el alma de Pestalozzi, el primero que la Ya es hora de que estemos cansados de aplicó en toda su extension. En otro tiempo, creia un cristiano haber hecho bastante predicando contra el orgullo, recomendando la humildad, profesando el amor al prójimo, el perdon de sus enemigos, y dedicando lo supérfluo de su fortuna al alivio de los pobres. Pero has-ta Pestalozzi, el rico y el pobre, en todo lo que se refiere a la cultura del espíritu y al desarrollo de la inteligencia, se encontraban ordinariamente en situaciones enteramente opuestas. Las clases altas y medias, de una parte, y lo restante de la poblacion, de otra parte, com-ponian dos cuerpos extraños uno á otro, cabiéndole á la primera, con los goces de la fortuna y los placeres materiales de la vida, todo el lujo de una educación mas ó menos extensa; y á la segunda el trabajo y la miseria, sin ninguna de las compensaciones que proporcionan la meditacion y el estudio.

Una distincion tan monstruosa, provenia de la ignorancia y de la ligereza, mas bien que de la dureza inflexible de la clase dominante. Ya se vé; parecia tan natural suponer que el labrador y el obrero no tienen tiempo para leer ni para reflexionar! Sin embargo, hubiera en que los retenia su ignorancia, venia á justificar todas las dudas bajo este respecto. Es mucha verdad que el miserable jornalero no tenia mas que un pensamiento, y no formaba mas que un voto, esto es, ganar con el sudor de su rostro el pan para su subsistencia y la de su familia; pero esta apatía procedia del abandono en que le dejaban, y ya era urgente remediarla. El mismo sofisma se ha opuesto muchas veces á la emancipacion de los negros; y con la intencion de perpetuar su esclavitud, se ha repetido, y por algunos se sigue repitiendo, que en nada aprecian la libertad, que bendicen sus grillos, etc.; cuando á esto podria contestarse, que es preciso romper sus cadenas, por lo mismo que la servidumbre ha destruido entre ellos el amor á la libertad, viniendo á probar esta funesta indiferencia, que su condicion es contraria á las leyes de la naturaleza.

Pestalozzi dedicó toda su vida á la aplicacion de esta gran máxima, á saber: «que no es lícito dejar sin instruccion á ninguna criatura humana, por muy humilde que sea la condicion en que nació, y por muy rudos que sean los trabaj s a que tiene que entregarse; y que los placeres del estudio, accesibles á todas las clases de la sociedad, pueden conciliarse con las tareas mas penosas.» Para que se vean los progresos que hizo este hombre, mas grande que muchos á quienes la historia califica de tales, es muy del caso referir los progresos de sus esperimentos, y seguirle paso á paso en la nueva carrera explorada por su infatigable filantropia para llevar á cabo la tarea verdaderamente gloriosa que espontáneamente se impuso. Los breves apuntes que vamos á extractar se deben al doctor irlandés Mayo, y por ellos se verá el carácter y los trabajos de aquel bienhechor de la humanidad.

Nació Pestalozzi en Zurich, en 1746. Sus antepasados eran protestantes, de origen italiano, que, con motivo de las persecuciones religiosas que traian su origen de la reforma, habian huido del Milanés para refugiarse en dicha ciudad. Su familia habia venido á ser una de las mas importantes de aquel canton; sin embargo, el padre de Pestalozzi no ha-bia heredado la fortuna de sus abuelos, y su muerte prematura dejó á su viuda casi sin recursos. Así fué que encomendó sus hijos al cariño de una criada anciana llamada Bárbara; y la fidelidad con que aquella buena mujer cumplió el encargo, grabó en el alma de Pestalozzi, niño todavía, aquella fe viva en las virtudes de las últimas clases del pueblo, y aquel cariño á los pobres que le distinguieron, y ejercieron tan poderosa influencia en todos los actos de su vida. Asi lo confiesa el mismo Pestalozzi, el cual atribuye al ejemplo de aquella mujer el ardiente deseo que siempre le animó de asegurar á los pobres una inde-pendencia real, y de levantarlos de su abyeccion, enseñándoles áresignarse sin rencor; desenvolviendo sus facultades para aumentar sus recursos, é inspirándoles el amor al órden y el ódio á la disipacion. Estrenóse en su carrera filantrópica con una empresa agrícola, á la que vicciones, porque le ponia en estado de dedicarse completamente à mejorar la suerte de los pobres. Fundó tambien una fábrica, á la que agregó una escuela para poder instruir à los niños en medio de sus ocupaciones.

Era su máxima favorita que el estudio ha de ser el solaz del trabajo. Repetidas veces se encontró apurado por falta de fondos; pero luchando constantemente contra la suerte adversa, partia su pan con sus alumnos, y vivia como un mendigo para enseñar á los mendigos á vivir como hombres. Despues de algunos años de fatigas y privaciones, se vió desgraciadamente precisado á abandonar su empresa; pero nunca estuvo mas convencido de la excelencia de sus planes, que en el momento mismo de renunciar á ellos. En esta escuela, la natural dulzura de su carácter se elevó hasta el entusiasmo de la beneficencia; parecia no haber apurado la copa de la desdicha, sino para mitigar á sus hermanos la amargura de sus heces. Su intimidad con los pobres confirmó mas y mas su modo que si os disputáseis unos con cariño hácia esta porcion de la humani- otros? Cuando venian á abrazarme; lladad que languidece sin amparo y sin for- mándome padre, deciales yo à veces: «Me l Iverdun, donde fundó un gran colegio poniendo tambien al alcance del pueblo

su confianza en las disposiciones del cie-lo. La propension habitual de su espíritu fué constantemente apelar de la adversidad á la misericordia divina.

Su conversacion, sus escritos, toda su conducta llevan el sello de este purísimo sentimiento; y este carácter es quien dió á la novela intitulada Leonardo y Gertrudis, que compuso despues de la ruina de su establecimiento, aquel frescor, aquella fuerza deconcepción, aquel color ver-dadero que, unido á un estilo original, aunque no muy correcto, ha hecho de este libro en Suiza una obra verdaderamente popular; tan popular y tan estimada, que no pocos ministros del altar, sentados á la sombra de la frondosa encina del lugar, lo han leido y lo están leyendo todavía á sus feligreses, sacando de ella instruccion, recreo y la paz del alma.

No seguiremos à Pestalozzi en el retiro en que vivió durante algunos años, despues del primer ensayo de su sistema, tiempo que no fué perdido para la causa tan interesante, y hasta urgente, de la instruccion popular. En 1798, la administracion del canton de Unterwald le invitó á establecer una escuela en la villa de Stanz, que acababa de ser incendiada durantela guerra de la revolucion. Prestóse á ello desde luego, á pesar de que no recibió fondos del Gobierno, ni tenia recursos propios suficientes para cubrir los gastos del establecimiento,

Llegaron luego los niños en tropel, pálidos, extenuados de miseria y embrutecidos por los vicios que aquella trae consigo. Sus facciones, dice el doctor Mayo, estaban descompuestas, sus ojos torvos, la frente decaida por la desesperacion y la vergüenza. Algunos de ellos, sin embargo, se mostraban atrevidos hasta la desvergüenza, artificiosos, mentirosos, corrompidos por el hábito de la mendiguez; al paso que los otros, doblegados por la afficcion, eran sufridos, dóciles, pero apocados y extraños á todo sentimiento afectuoso.

En una de sus cartas traza Pestalozzi el cuadro de los experimentos que hizo, con un éxito que nadie esperaba sino él, en aquellos muchachos, cuyas dolencias morales parecian incurables. Los que nos están oyendo no dejarán de sentir con su lectura el placer que sentimos en

trascribirlo. Dice así: «Mi primer cuidado fué cautivar la confianza de mis alumnos y granjearme su cariño Una vez alcanzado este objeto, todo lo demás me pareció muy llano: el estado de penuria en que yo mismo me encontraba, por mas doloroso que fuese, y la falta absoluta de asistencia, fué cabalmente lo que mas contribuyó al feliz éxito de la empresa.

Viéndome aislado, dirigí á aquellos niños todos mis cuidados y afectos, tomé parte en sus penas lo mismo que en sas placeres, siempre al lado de ellos cuando estaban buenos, ó á la cabecera de su lecho cuando estaban maios. Comíamos todos el mismo alimento, dormíamos en el mismo local, y desde la cama oraba á Dios con ellos, ó bien les dirigia algunas instrucciones...

»En 1799, continúa Pestalozzi, tenia yo ochenta alumnos, la mayor parte de los cuales anunciaban buenas disposiciones, v unos pocos, verdadero talento. El estudio tuvo desde luego para ellos el atractivo de la novedad, y su celo se inflamó á medida que echaron de ver los progresos que hacian. Unos niños que nunca habian tenido un libro en la mano, estudiaban desde la mañana hasta la noche, y cuando, despues de cenar, yo les decia: «Hijos mios, ¿qué os parece, va-mos á acostarnos, ó seguiremos trabajando?» contestaban todos unánimemente: «Mas queremos trabajar.» El impulso estaba dado, su espíritu se fué desenvolviendo con una rapidez que sobrepujó mis esperanzas.

Al cabo de poco tiempo, consegui que unos setenta alumnos, recogidos casi todos en la miseria, viviesen pacificamente entre si y se tratasen con una cordialidad que raras veces se encuentra entre hermanos, sobre todo en las familias numerosas. Sin hacer yo de esta union un precepto de religion ó de moral, me limitaba á decirles cuando estaban reunidos y silenciosos á mi alrededor: «¿No estais mas contentos portándoos de ese modo que si os disputáseis unos con

hace para instruirles? ¿Qué provecho pueden sacar del saber? ¿Qué placer pueden sacar del saber? ¿Qué placer pueden sacar del saber? ¿Qué placer pueden social ciencia? La condicion que fortaleció su valor, le confirmó en do yo no estoy con vosotros, haceis cosas para la educación de los hijos de familias acomodadas.

Pronto se hizo célebre su método, así do yo no estoy con vosotros, haceis cosas que me causan pena. ¿Os parece bien eso?» Haciales á menudo la pintura de una familia pacífica y bien ordenada que, despues de haber adquirido un modesto bienestar á fuerza de trabajo y economía, se encuentra en posicion de instruir y so-correr á los infelices abandonados á la ignorancia y á la miseria; y dirigiéndome en seguida á los alumnos que mostraban mayor propension á la beneficen-cia, les decia: «¿No os gustaria vivir como yo en medio de los desgraciados, dirigirlos y hacerlos útiles á sí mismos y á la sociedad? ¡Oh! sí,» contestaban con lágrimas en los ojos y con voz entrecortada: «Esperamos poderlo hacer algun

Cuando el pueblo de Altorf quedó reducido á cenizas, los junté á todos á mi alrededor, y les dije: «Altorf ya no exis-te, y quizá en este momento mas de cien pobres niños andan errantes entre las ruinas, desnudos, sin asilo y sin pan; ¿qué os parece si pidiésemos al Gobierno el permiso de recibir á veinte de aquellos pobres niños entre nosotros?-Si, sin duda, hágalo Vd.» prorumpieron todos con entusiasmo. — «Pero pensad, repliqué, en que os empeñais; andamos muy esca-sos de dinero, y es dudoso que el Gobierno nos consigne mayor cantidad para mantener á tantos desgraciados; es muy posible que, para atender á vuestra sub-sistencia é instruccion, sea necesario tra-bajar mas de lo que habeis trabajado hasta ahora. Quizás tendreis que partir con aquellos muchachos vuestro alimento y hasta vuestros vestidos; no digais, pues, que estais prontos á acogerlos, si no estais seguros de poderos imponer todas las privaciones que exigirá esta buena obra.» Esforcé cuanto pude mis objecio-nes, y les repeti todo lo que ya les habia dicho para asegurarme de que me entendian perfectamente; pero todos persistieron en su resolucion. «Hacedles venir, dijeron, hacedles venir pronto, y todo lo partiremos con ellos.»

Sin tratar de afectar sentimentalismo, hemos de confesar ingénuamente que no nos seria posible tener una buena idea del corazon y del espíritu del que pudiese oir este pasaje sin enternecimiento.

En su establecimiento de Stantz, donde la experiencia acabó de sazonar sus ideas y de corregir los defectos de sus primeros ensayos, creó Pestalozzi el excelente método, practicado mas tarde por el Dr. Bel, en Madras, en la India, por José Lancaster en Inglaterra, sin que ni uno ni otro tuviesen noticia del descubrimiento anterior del filósofo de Zurich. Pero Pestalozzi estableció, sobre el modelo del gobierno patriarcal, un sistema que, por su misma sencillez, habia de producir mejores efectos que los de Bell y de Lancaster. Las desdichas de aquellos tiempos, hijas de las guerras napoleónicas, y contrariedades de toda especie, acabaron por destruir su instituto cuando el éxito mas feliz habia de-mostrado su utilidad. Retirado en el pueblo de Burgdorff, en el Canton de Berna, se puso en relacion con algunos ciudadanos ilustrados que se habían trasladado á aquel pueblo para enterarse de su método, y que no tardaron en apren-der, bajo su direccion, á cultivar el espí-ritu de los alumnos por medio de la observacion, el raciocinio y el ejercicio de sus facultades. El entusiasmo del maestro se comunicó, como no podia menos, á sus agregados, y pronto se abrió una escuela que se llenó de alumnos procedentes de todas las clases de la sociedad. El Gobierno federal se agregó una multitud de personas notables por su honradez y su ilustracion para favorecer este establecimiento, y el éxito parecia ya cierto, cuando desgraciadamente vinieron á derribarle nuevas conmociones politicas.

No se desalentó Pestalozzi, sin embargo, con este nuevo desastre; antes bien, fundó una escuela de pobres á unas dos leguas de Berna, cerca del lugar de Hofwil, teniendo la dicha de encontrar en el señor Fellenberg un sócio digno de él; y el feliz éxito de esta empresa, ejecutada en grande escala, demostró que no tenia limites su talento para instruir y moralizar á los hombres, como tampoco los tenia su beneficencia. Despues de haber confiado este establecimiento á la direccion de Fellenberg, fué à establecerse en

en Suiza como en Alemania, y muchos jóvenes de diversos países solicitaron el favor de ser admitidos á su lado en clase de maestros. Llegaban alumnos de los países mas distantes de Europa para ponerse bajo su direccion paternal. El colegio se dividió en varias clases, cada una de las cuales tenia al frente un maestro que vivia con los alumnos, tomaba parte en sus juegos, y cautivaba de este modo todo su afecto y su confianza mas absoluta.

Las virtudes de Pestalozzi eran el vinculo comun, así de los maestros como de sus discípulos; su piedad sencilla y verdadera les enseñaba á mirar á Dios como á un padre, á cuya vista vivian sin cesar, y cuya bondad debia infundirles á cada instante las mas halagüeñas esperanzas para el porvenir. Su influencia religiosa en sus alumnos se limitaba á alimentar en su alma un puro sentimiento de piedad, y dejaba á los sacerdotes de cada culto y á los maestros el cargo de

educarlos en su fe respectiva.

Aunque se puede tildar el mérito de Pestalozzi de prescindir demasiado del auxilio de los libros, es incontestable que fortalece en sumo grado las facultades del espíritu. Su método consiste, sobre todo, en la observacion de las cosas, en la cuenta que mútuamente se dan los alumnos de esta observacion, y en la exactitud y deduccion de los raciocinios que le sirven de texto. Nada abstracto; nada inconexo en las explicaciones del maes-tro; nada vago en las ideas sugeridas al alumno, el cual aprende la ciencia de las cosas, y no la de las palabras. Así es, por ejemplo, como Pestalozzi, á imita-cion de los antiguos, se servia de la geo-metría para enseñar la aritmética, y en su método tienen cuerpo los puntos, las líneas, los triángulos, círculos, etc. En su escuela, todo lo que el niño observa está bien observado; todo lo que se le enseña se graba profundamente en su me-moria. Ningun maestro, en los tiempos modernos, ha sentido mejor que él la importancia de unir los ejercicios del cuerpo á los del espíritu; de ahí el ser la gimnástica, esta parte tan esencial de la educación, una de las bases de su sistema. Un filósofo aleman muy conocido, Fichte, dijo en una ocasion que espera-ba que el instituto de Pestalozzi acabaria por regenerar á la nacion alemana.

Este hombre, admirable bajo tantos conceptos, murió en Suiza, en Febrero de 1827, de edad de 81 años. Su excerior, á primera vista, no tenia nada que llamase la atencion; al contrario, sus facciones eran vulgares; pero su fisonomía se hermoseaba conforme se animaba con el ardor del bien que impulsaba todos sus actos. En la conversacion, su lenguaje era una mezcla de francés y de aleman, que casi se hacia ininteligible en los últimos años de su vida.

Madama de Stael escribia en 1810, lo siguiente: «No es Pestalozzi el único en la Suiza alemana que se dedica con celo à cultivar el alma del pueblo; bajo este respecto me ha llamado la atencion el establecimiento del Sr. Fellenberg. Sé de muchas personas que le han consultado sobre la agricultura, y que han quedado completamente satisfechas; pero lo que principalmente merece el apre amigos de la humanidad es el ardor con que el Sr. Fellenberg signe educando al pueblo. El instruye, segun el método de Pestalozzi, á los maestros de escuela de los lugares, para que puedan enseñar despues á los niños; los mozos que labran sus tierras aprenden la música de los salmos, y no tardaremos en oir, en medio de los campos, las divinas alabanzas cantadas por voces sencillas, pero armoniosas, que celebrarán á la par la naturaleza y a su Autor. En una palabra; el Sr. Fellenberg se esfuerza en establecer por todos los medios posibles, entre las clases inferiores y la nuestra, un lazo liberal, un lazo que no se funde únicamente en los intereses pecuniarios de los ricos y de los pobres.»

Los principios de Pestalozzi llevaron sus frutos en Francia, en Alemania, y, sobre todo, en Inglaterra, país práctico por escelencia, y en el cual fueron introducidos con un éxito tan completo, que las personas mas ilustradas no tardaron en echar de ver la necesidad de no limitarse á promover la instruccion primaria por medio de aquel precioso instrumento,

manos. En 1825 se formó á este efecto en Londres una asociacion, que tomo el titulo de Sociedad para la propagacion de los conocimientos útiles, brillando á su cabeza los nombres de Brougham, Juan Roussell, Lusington, Guillermo Allen, y sobre todo, el duque de Bedford, digno heradoro de von familia cálebra por sus redero de una familia célebre por sus principios liberales y por el interés que siempre ha mostrado por la gloria y pros-

peridad de su patria.

El que escribe estos renglones tuvo la dicha de conocer personalmente y de tratar à dos elos Broughors. dad, Enrique Brougham y Guillermo Allen. El primero, de simple abogado que era, ascendió al puesto de lord Chance-lor, que equivale á nuestro ministro de Graciay Justicia, y espresidente nato de la Cámara alta. Este hombre eminente se dió conocer como defensor de la desgraciada reina Carlota, acusada de adulterio por su disoluto esposo Jorge IV; fué uno de los fundadores de la Revista de Edimburgo, la que tuvo por objeto defender los principios liberales, que iban à mal traer por efecto de los excesos de la revolucion francesa de últimos del siglo pasado. Murió hace cosa de un año en Cannes, pequeño pueblo de las costas de Provenza, en Francia, de edad muy avanzada.

Guillermo Allen, kuáquero, quemurió tambien de edad muy avanzada, era riquísimo y muy buen químico, y dotado de una caridad verdaderamente evangélica, su vida toda fué un tejido de buenas obras. Empleósusriquezas en fundar muchisimas colonias agricolas, así en Inglaterra como en Escocia é Irlanda, colonias que el llamaba Colomés at home, esto es, Colonias en casa, á donde enviaba familias pobres y honradas, con todo lo necesario para mantenerse en ellas con su trabajo, ya en la agricultura, ya en la industria, sin imponerles otra obligacion que la de enviar sus hijos á la escuela que él mismo costeaba Fué amigo intimo, y ardiente cooperador de Clarkson y de Wilberforce, que dedicaron toda su vida á la emancipacion de los negros esclavos en las colonias inglesas; trabajo que salió al fin triunfante en 1.º de Agosto de 1834, siendo saludado con júbilo indecible en Inglaterra el bill que dió la libertad mas absoluta á 800.000

esclavos de sus colonias.

Brougham, sobre todo, como abogado, como jurisconsulto, como tribuno popular y como hombre político, hace parte integrante de la gloria de Inglaterra. Las contiendas de los partidos se han calmado; el ardor de las desave-nencias políticas se han amortiguado; aquellos miles de hombres, cuyos corazones latian con mayor fuerza al soplo de su elocuencia, están yertos los mas, y frios como la losa que cubre sus se-pulcros; tanta actividad, tantas inquietudes, tantas vigilias, tantos combates se han hundido en el abismo de los tiempos; pero no se han perdido con él los re-síduos de su palabra; en ella aparece aquel impulso tan vivo y tan fuerte que dió á las facultades intelectuales y al mejoramiento moral de su país; en ella se vé la purísima fuente de aquellos pensamientos benéficos y liberales, cu-yo raudal vacada dia en aumento. Siempre inevocable con la actuaida y la tipre inexorable con la estupidez y la tirania; hermano siempre y protector del saber y de la probidad, sin orgullo, sin pedanteria, sin preocupaciones, aquel hombre verdaderamente admirable servirá de ejemplo y de faro á todas las almas generosas.

Pero volvamos al asunto que nos ocupa, y no se nos lleve á mal esta digresion, pues es propio de los viejos el ser difusos, por lo mismo que viven mas en lo pasado, que en lo presente y en el por-

venir.

La idea fundamental de dicha sociedad aparece en los pasajes siguientes de un tratado de Brougham sobre la educacion popular, que por primera vez se publicó en Enero de 1825, y del que se hicieron centenares de ediciones!!!

«La falta de tiempo no permite á la clase laboriosa seguir en todos sus pormenores un sistema de educacion; necesita un método de enseñanza mas sencillo y expedito, y una instruccion limi-tada, que pueda adquirir lo mas pronto posible. No faltarán quienes entre ellos traten de elevarse sobre los elementos de las ciencias. las ciencias, y á los cuales no parecerán demasiado abstractos los tratados que existen sobre las diversas ramas de los | bre este punto es la prenda mas segura | merecer el dictado de filósofo. Los hom-

todas las ramas de los conocimientos hu- | conocimientos humanos. Pero las masas | necesitan libros que estén á su alcance.

»Ponemos, por ejemplo, la geometria: no es necesario que conozcan todas las aplicaciones de esta ciencia; bastará que estudien el método, y que puedan darse razon de sus verdades fundamentales. Asímismo se les pueden enseñar los principios generales de la mecánica, prescindiendo de una parte de las fórmulas algebráicas que sobrecargan sus demos-

"Harán, pues, un gran servicio á la so-ciedad los que se dediquen á la composicion de tratados elementales de las matemáticas, claros, precisos y metódicos, y que hagan palpar con el dedo los priny que nagan paipar con el dedo los prin-cipios fundamentales de una aplicacion usual, y de obras sobre las ciencias fisi-cas que llenen las mismas condiciones, y basten á la inteligencia de todo lector familiarizado con las primeras nociones de la aritmética. Y no se vaya á creer que el tiempo que así se emplee se dedique unicamente á la enseñanza elemental del pueblo, lo que ya por sí solo seria una gloria envidiable; pero téngase pre-sente que si los filósofos de todos los siglos han tenido por objeto dilatar los limites de la ciencia, presenta un medio indirecto, aunque no menos seguro de alcanzarlo, el que abra á millares de hombres esta carrera, recorrida hoy dia por un corto número de individuos privilegiados. A la generalidad de los alumnos se les enseñarán solamente los primeros rudimentos de la ciencia, que son lo que realmente necesitan; pero una vez provisto de esta primera instruccion, el que sienta en su alma el deseo y la fuerza de ir mas allá, no dejará de abrirse paso; y de este modo aumen-tarán hasta lo infinito las probabilidades de nuevos descubrimientos en artes y en

»En efecto, estos descubrimientos, hijos de la experiencia y de la observacion, serán mas fácilmente concebidos por unos hombres que, entregados á las artes industriales, conocerán sus principios y sabrán alumbrar la práctica con la antorcha de la teoría. El que en un tratado sencillo y conciso de álgebra, de geometría y procésios de algebra, de geometría y procésios de sencillo y concisos de algebra. metría y mecánica sepa herir la imagi-nacion del vulgo con felices ejemplos de su conexion con otras ramas del saber y con las artes de aplicacion usual, podrá reclamar con razon una gran parte en las ricas mieses de los descubrimientos que multiplicará el génio de los pueblos, libre ya de las trabas que entorpecian su

»Por muy grandes que sean los traba-jos individuales ejecutados con el objeto que acabo de indicar, es evidente que el espíritu de asociacion llevará á cabo otros trabajos mas asombrosos todavía. Así es que abrigo la confianza de ver formarse una sociedad que favorezca la composicion, la publicacion y propagacion de li-bros útiles y baratos. Para formar parte de ella no será indispensable tener gran-de capacidad, ni profundos conocimien-tos, ni una gran fortuna, pues todo hombre bien educado, de sano entendimiento y deseoso de contribuir al perfeccionamiento intelectual y moral cuyo gér-men puso la naturaleza en nuestras almas, podrá entregarse á esta obra bené-

fica y trascendental.

Si los hay que por hábito ó por aficion, sepan mantenerse desviados de los negocios públicos ó del torbellino de la sociedad, podrán estos alcanzar, en medio de sus estudiosos ócios, el mas noble gozo que nos está reservado, cuál es el de depurar el caracter y de mejorar la suerte de nuestros semejantes ...»

Brougham estiende en seguida el ob-jeto de la asociacion al estudio de la his-

toria, de la economía política.

«¿Por qué no ha de publicar la sociedad libros baratos sobre historia, sobre la naturaleza de nuestra constitucion y las ciencias económicas? Los tratados populares sobre este último asunto serian de grandisima utilidad, no solo ara las clases laboriosas, sino tambien para los que las dirigen. El mejor servicio que puede hacérseles es enseñarles los verdaderos principios y las relaciones de la poblacion y de la tasa de los salarios; y no es menos esencial que todo hombre que vive bajo el imperio de una Constitucion conozca sus principios y avive con ellos el celo de la libertad civil y religiosa. Este estudio es mas importante de lo que parece para el órden de la sociedad; y la propagacion de las luces so-

de la paz pública y de la estabilidad de las instituciones liberales.

«Conviene, asimismo, señalar los abu-sos que el tiempo ha introducido en la marcha de la Constitucion. No importa que los que niegan la existencia de estos abusos y proclaman la eterna infalibili-dad del poder, considerando como funesta toda innovacion política, empleen medios parecidos para propagar sus doc-trinas: ya sabrá el lector escoger los libros baratos que le convengan: y segu-ramente que una nacion que tolera en los periódicos las declamaciones mas violentas y extravagantes sobre toda suerte de temas políticos, nada tiene que temer de las doctrinas presentadas de un modo mas formal y mas tranquilo en escritos que se puedan volver à leer, pues el hábito de recorrer rápidamente revistas ó periódicos en que se tratan super-ficialmente varios asuntos, y que solo pueden leerse una vez, por grande que sea su mérito, este hábito, repito, es contrario á toda sólida instruccion.»

Tan pronto como la sociedad se vió en estado de dar principio á sus tareas, publicó el prospecto, seguido inmediatamente de las primeras entregas de su Biblioteca de conocimientos útiles.

La série de obras que la componen, va precedida de una introduccion sobre los objetos, las ventajas y los placeres de la ciencia, y es una de las producciones mas reparables de Brougham; el cual, despues de clasificar con buen método y claridad las diversas ramas del árbol enciclopédico, expuso con su genial saga-cidad la natural eza de las ciencias ma temáticas y físicas, sus relaciones, sus diferencias, y la distincion que existe entre las verdades absolutas y relativas; acabando el autor con consideraciones interesantes y bien sentidas sobre la utilidad y el placer que proporciona el es-tudio de las ciencias, y sobre la impor-tancia de su aplicacion á las necesidades de la vida. Vamos á trascribir algo de este último pasaje:

«Los que ignoran los primeros elementos de las ciencias, se limitan á leerobras que no contribuyen á su instruccion. Este lee con afan una anécdota, aquel una no-vela, el de mas allá un cuento de hadas, sin mas objeto que el de pasar agradablemente algunos instantes La imagi-nacion se deleita en estas lecturas, y prefiere este pasatiempo á los ejercicios del cuerpo y á los goces de los sentidos. Leemos los periódicos sin pensar en las ventajas que podemos sacar de esta lec-tura; solo la curiosidad nos mueve á leer noticias que no interesan á la prosperidad nacional ni á los progresos del espiritu humano.

»Conocer y sentir, son las necesidades mas imperiosas de nuestra naturaleza. La movilidad es la esencia de nuestra alma, la cual se deleita en los sacudimientos que le imprimen la admiracion, la sorpresa y el terror. Con mucha razon dice el fabulista francés: «Si Peau d'Ane m'était conté, J' y prendrais un plaisir extreme»

pues casi todo el mundo lee con placer cuentos de duendes, relaciones de catás-trofes sangrientas, tempestades, naufra-gios. El menor defecto de estas lecturas habituales, es hacernos perder el tiempo, tan precioso; pues si bien no embrutecen el espíritu como el vino, el juego y el libertinaje, corrompen à veces el co-razon y vician el entendimiento. ¡Oh! ¡Qué purísimos goces nos ofrece el estudio de las ciencias! ¡Qué admirables descubrimientos nos revela la mecánica y la física general! ¡Ved qué leyes maravillosas dirigen los movimientos de los flúidos! Observad conmigo los prodigios de la química: el diamante es la misma sustancia que el carbon; el agua es la combinación del gas oxigeno, principio de la combustion, y del gas hidrógeno, que se inflama al contacto del aire. ¿Qué diremos de la astronomía, del número infinito de los cuerpos celestes, de sus enormes masas, de sus distancias, que la fantasia no puede concebir y que el cálculo ha sabido fijar, de las leyes invariables de sus movimientos?... Ante ese sublime espectáculo del poder divino en todas sus pompas, siente el hombre con gratitud que él es la obra predilecta del

»Losantiguos llamaban filosofia (amor á la sabiduría) al estudio de las ciencias; pero no es necesario dedicar á este estudio todos los instantes de la vida para

Criador, que le ha permitido contemplar

los cielos.

bres que en todos los siglos han sido mas dignos de este nombre se entregaban a este estudio en medio de una vida activa y en el ejercicio de sus funciones civiles o políticas. Merece, pues, el dictado de filósofo el que, cualquiera que sea la situacion en que la Providencia le ha-ya colocado, dedique el dia al trabajo de su profesion y la vestidad a perfeccionar su inteligencia, prefiriendo de este modo las fruicciones de la instruccion á los groseros goces de los sentidos.

"El que no haya estudiado las ciencias no puede formarse una idea del poder de su espíritu y de los esfuerzos de que es capaz. Ante las sublimes verdades de la astronomía no podemos menos de quedar confundidos; pero á este sentimiento de humildad sucede luego el de la gratitud hácia el Ser Supremo que ha per-mitilo á un sér tan frágil como el hombre comprender el conjunto del universo al través de millones de soles, cada uno de los cuales es el centro de un sistema planetario; familiarizarse con las leyes de la naturaleza á distancia que agobian la imaginacion, y descubrir fi-nalmente las leyes que mantienen en

equilibrio el sistema celeste.»

Este discurso preliminar fué seguido de varios tratados sobre la hidrostática, la hidráulica, el calórico, la mecáni-ca, etc., etc., algunos de los cuales se publicaron en Barcelona en el año 30 y siguientes, aunque no obtuvieron un éxito muy lisonjero, porque no estaba el país dispuesto para tan buena dietar Paz y libertad fué el lema de esta aso-

ciacion filantrópica. Por supuesto, que no faltaron adversarios de estos principios que públicaron tambien escritos, en los que desnaturalizaron la historia en los que desnaturanzaron la instoria para fundar en ella interesados elogios de la falsa gloria y lecciones de la tiranía; pero en esta lucha, que continúa en Inglaterra como en todas partes, la ranco el control de la parte de la viatoria, y aste tripunfo zon alcanzará la victoria; y este triunfo será tanto mas pronto y decisivo, cuanto mas se ilustren las masas, que es á lo que debemos de aspirar todos para ahu-yentar el fraude, la supersticion y la in-

Tambien se dedicó la misma sociedad á mejorar la educacion moral de la infancia, publicando á este efecto una Biblioteca de eonocimientos amenos. La comision encargada de informar sobre este pensamiento lo dió en estos términos: «Los que han observado la dirección que se da á las ideas de los niños no ignoran cuán defectuosos y perjudiciales suelen ser los libros que se ponen en sus manos á una edad en que empiezan á formars: su inteligencia y su caracter. Todo, en los mas de estos libros, contribuye à de-bilitar las facultades de su espíritu, y à pervertir sus sentimientos, lienándoles la cabeza de simplezas y errores; pero lo mas funesto para los niños, es la relacion de hechos atroces; mas valdria dejarlos en la ignorancia que darles semejante instruccion.»

Antes de terminar, permitaseme aña-dir que todos los hombres buenos de quienes he tenido el gusto de hablar, y que segun se ha visto, prestaron tan grandes servicios, no solo á su país, si-no tambien á la humanidad. no tambien á la humanidad, que es una y no mas, creyeron en Dios; que á no ser así, no hicieran lo que hicieron.

ANTONIO BEAGNES DE LAS CASAS,

HISTORIA DE UN LOGO CONTADA POR ÉL MISMO.

Las causas mas pequeñas suelen producir en ocasiones grandes efectos. Dígolo esto por lo que á mí me sucede, que es la cosa mas singular y mas extraordinaria que vieron nacidos. Que un hombre atacado de una manía de las muchas conocidas se halle á buen recando, por si un dia le pasa por las mientes estrangular á un amigo, justo parecerá á toda persona de buen sentido; pero que yo, que me encuentro exento de todo extravío, que observo extrictamente y pese á quien pese una regla de moral, me vea reducido á la mísera condicion de loco, abuso es inconsiderado y cuyos autores merecen el mas severo castigo.

Y volviendo á lo de las causas pequeñas y los efectos grandes, han de saber Vds. que cierta mañana leia yo con avidez un libro, de autor justamente reputado, y tropecé con la siguiente anacreóntica:

Bebamos, muchachas; Ninguna descanse, Y el vaso precioso Su giro no pare: Los ojos se nublen, Los pechos se abrasen. Los viés se entorpezcan Las lenguas se aten.

Que rabien las tias. Que riñan las madres, Que llueva, que truene, Que nieve, que escarche, Que rujan los vientos, Que bramen los mares; Mas vino y mas vino, Mas baile y mas baile.

¡Pues señor! exclamé, esta poesía es mala: la forma vale poco, y en cuanto al fondo... ¡Bueno andaria el mundo si las muchachas siguieran los andaria el mundo si las muchachas siguieran los consejos que en ella se les dan y sin hacer caso de padres, ni tias, se marcharan á beber vino y á bailar con los jóvenes! No sino, déjenme á mí andar al redopelo con una chica emancipada de todo humano respeto, algo alegrilla por naturaleza y aun algos por los traguitos del licor de Baco, y Vds. verán qué buena obra ba de Baco, y Vds. verán qué buena obra ha-cemos! No tiene duda, esta poesía no vale tres pepinos, y que me perdone Martinez de la Rosa si me atrevo á censurarle, que la verdad es primero que todo, y ante ella, como ante la muerte, deben ser iguales los que habitan ricos palacios y los que en miserables tugurios se acomodan

Y revolviendo en mi cabeza esta idea salí á la calle y me encaminé á casa de una señora muy discreta y muy instruida, á la que encontré le-

yendo un voluminoso in folio.

—Crea Vd., me dijo, que tengo grandes simpatías por la señorita de La Valliere; la historia nos refiere que era una jóven graciosa, si no bonita, elegante, de carácter tan dulce que cuando el rey Luis XIV le proporcionaba un disgusto, que era con bastante frecuencia, no salian recriminaciones de sus labios, sino lágrimas de sus ojos; tenia talento y no hizo daño á nadie, y cuando se vió olvidada por su... por él, se retiró á un convento.

Recordé lo que me acababa de suceder con la anacreóntica de Martinez de la Rosa, sentí que mis ideas sobre la verdad se fortalecian y con-

—Señora, cuante Vd. dice es muy cierto, la señorita de La Valliere tenia todas las buenas cualidades que Vd. ha referido, pero al fin y al cabo... yo no puedo disculpar su pasion porque se fijara en muy alto objeto; las flaquezas humanas no se han de disimular porque sean flaquezas reales; esa señorita, con todos sus títulos y sus buenas cualidades, no pasaba de ser una po-bre y desdichada mujer, ni mas ni menos que muchas otras que la sociedad rechaza de su seno. -Pero considere Vd., amigo mio, que el amor

disculpa ciertos extravíos. -La sociedad es la que los disculpa cuando la persona extraviada vive en elevada posicion, que si es pobre, no encuentra esa misma sociedad dicterios bastantes para herirla. Pero la verdad es una, y yo estoy resuelto á decir la verdad y

nada mas que la verdad. -Hay que guardar, sin embargo, conside-raciones; el mundo se halla organizado de este

-Nada, exclamé exaltado por la oposicion de mi amiga, y sintiendo que un sacro fuego ardia en mi corazon, nada; yo no guardaré, de aquí en adelante, consideraciones a nadie: la verdad

-Pero la verdad desnuda no se puede decir en todas ocasiones; el mundo seria entonces una

casa de fieras.

-Bueno; pero las fieras llevarian cada una su piel y no la agena, y sabríamos que el lobo era lobo y la pantera pantera, y no que ahora tene-mos al lobo por cordero, y á la pantera por ga-

-Usted se equivoca; buena es la verdad, excelente; pero no hemos de exagerar esta virtud hasta convertirla en grosería, en atrevimiento...

-Lo bueno es bueno siempre. -En teoría.

-Toda teoría, si no es absurda, tiene su práctica; yo voy á practicar en absoluto los precepla verdad.

-Tendrá Vd. muchos disgustos.

-Los tendré; ¿qué me importa? exclamé exasperado, estoy dispuesto á todo. Ya verá usted como llevo adelante mi proyecto.

Y salí raspahilando de la casa, con la cabeza ardiente, los ojos inflamados, la boca seca, crispadas las manos y todo mi cuerpo agitado por un extremecimiento nervios

En vano procuré alejar de mi imaginacion aquella idea fija que me atormentaba; mi cuerpo recobró la calma, pero no mi espíritu herido por la luz de la verdad; me declaré su apóstol desde aquel dia solo pronunciaron mis lábios las palabras que dictaba mi corazon.

Puede haber nada mas justo, mas digno, mas

noble, mas grande? La primera persona á quien disparé un esco-petazo fué á D. Simplicio, hombre que se dá aires de escritor distinguido; ha hecho sudar á las prensas obras empecatadas que rechazan las personas de buen gusto, mientras las afanan con aplauso los ignorantes, y pretende sentar plaza de académico de la lengua, alegando como mérito que pertenece á una sociedad de elogios mútuos y de tendencias políticas de cierto género, muy influyente allí donde se limpia, fija y dá explendor á nuestro idioma.

D. Simplicio es posible que consiga su obje-to; pero lo que no conseguirá nunca es que sus malaventurados escritos pasen á la posteridad. Y se ha formado tan alta idea de sí mismo, y es tanta su pedantería, que si le sufren sus am y conocidos, es por ese maldito temor que a to-

dos aqueja de decir lo que sienten. Pero yo le encontré un dia, y como me em-pezara á ensalzar sus escritos, le interrumpí con estas palabras:-Es Vd. un necio fastidioso; sus obras de Vd. son detestables; Vd. no sabe gra-

mática, ni tiene la menor idea de la sociedad que trata de describir; su pedantería es igual á su ignorancia; para zotes como Vd. se necesitan

hombres de severidad probada como yo.

Abrió los ojos desmesuradamente D. Simplicio, y volviendose á las personas que nos rodeaban, exclamó: ¿por qué me aborrece este ca-ballero que tan mai me trata?

—Yo no aborreo 4 Vd., lo que hago es rendir culto 4 la verdad, contesté al mismo tiempo que

Suelta ya la rienda, no hubo freno para mí, y empecé a repartir verdades, como quien re-parte confites, levantándose en contra mía una cruzada que, mas fuerte que yo, me trajo á este

desdichado lugar donde me hallo.

A D. Cándido, al hombre que pasa á los ojos de algunas gentes por símbolo venerable de la abnegacion, le llamé político veleta, cangrejo, motilon, despaviladera del sentido comun; á don Lesmes el abogado, que hace interminables los pleitos, pero acaba con los bolsillos, ganzúa letrada; al médico D. Trifon, que ejerce á un tiempo la alopatía, la homeopatía, la hidropatía y todas las patías del mundo, y que pregunta a los enfermos por qué sistema quieren curarse, lo cual prueba la fe que en todos ellos tiene, le apellidé Caronte del siglo XIX, que envia sus clientes al circo mundo en constante de la ligitation de la companya de clientes al otro mundo en vapores de hélice; á doña Ramoncita, la vieja verde que pone los ojos en blanco cuando la mira un pollo, y lleva la cara mas revocada que fachada de casa vieja, la dije que era una momia restaurada, un esqueleto con funda de pergamino, y le recomendé que nablara poco y blando para que con el aire no se le volaran los dientes.

Al hipócrita le llamé sepulcro blanqueado, recordando las palabras de Jesucristo; al avaro, ladron de sí mismo, puesto que roba su propia felicidad; al celoso, inquisidor doméstico; al cominero que cuenta los garbanzos antes de echarlos en el puchero, y despues que de él salen, y arma una revolucion si falta uno, alambique de la miseria; ai jugador, defensor acér-rimo de la necedad, que necedad es depositar la confianza en la voluble fortuna; al linajudo, hiena social, pues siempre anda revolviendo huesos; al maldiciente, rapabarbas de las hon-ras; al cazador de novia rica, aunque sea vie-ja, sabueso de bolsillos; á la coqueta, capa de estudiante, que sirviendo á muchos suelta el pelo; á la chismosa, candil de taberna que por donde pasa mancha; á la romántica, jarabe simple por lo pegajoso y lo tonto; á la vieja casa-mentera, estafeta del demonio; á la orgullosa, palmera macho que se eleva hasta las nubes y

Sembré verdades que fué como sembrar vientos y recojí récia tempestad. Primero se admi-raron todos de mi osadía, despues hubo alguno que me aplicó el epíteto de maniático, y por último otro mas atrevido me llamó loco.

Encontrada la palabra, todo el mundo la creyó exacta, porque halagaba su amor propio. No era cosa agradable que el que había llamado á cada uno por su nombre, el que habia puesto á las claras sus defectos, se encontrara falto de razon? ¿Quién habia de hacer caso de las afirmaciones de un loco? Así es que pronto me señalaron las gentes con el dedo y recibieron con risa mis verdades. La risa del conejo, señores mios, la risa del conejo.

A medida que crecia la hilaridad de los demás, crecia tambien mi desparpajo, y mas de una vez hice salir los colores al rostro de un panzudo señor de campanillas, de esos que todo lo motejan y que ponen la ley en los pueblos y hacen obras de caridad parecidas á las de don Juan de Robres, 6 de una señora de las que pasan por impecables á los ojos del mundo.

Y como la verdad tiene tantos enemigos, todos se revolvieron contra mí, y un dia se presentó en mi casa el médico del manicomio y me invitó á visitar el establecimiento; y yo, inocente, ac-cedí á su ofrecimiento, y cuando traté de vol-ver á mi casa me dijo rotundamente que no estaba sana mi razon y que me veria obligado á ser huésped por algun liempo.

-Usted es un ignorante, exclamé con ira; yo tengo la cabeza mas sana que Vd., y ahora mis-

mo va Vd. á dejarme en libertad.

—Ya gozará Vd. de libertad cuando sea apto para ello, hoy no es Vd. digno de alcanzaria. -¿Que no soy digno? Yo amo la libertad y haré cuanto pueda por conquistarla. -Yo tambien la amo, pero estoy cuerdo y de-

bo contener al que no lo está.

-Usted miente, grité furioso; Vd. ama su li-bertad, pero no la de los demás; Vd. es un tirano... un...

Y exasperado me levanté, cojí la silla y se la tiré à la cabeza; y fué fortuna que inclinó el cuerpo y recibió el golpe en un hombro, que si le acierto la puntería, aquel dia es el último del director del manicomio.

El hombre gritó, acudieron algunos depen-dientes, me declaró furioso y me pusieron una camisa de fuerza.

Y aquí me tiene Vd. loco de remate, segun dicen, pero en mi concepto cuerdo y muy cuerdo. Varias veces he solicitado mi salida del establecimiento con buenos modos y otras tantas me la han negado: no pocas he andado á trancazos con toda esta gente y el resultado ha sido ir á parar á la camisa de fuerza.

Ya no hay justicia en la tierra, me he hecho misantropo; mis semejantes me parecen tigres sedientos de carne humana, y repito sin cesar aquellos versos que escribió el inimitable Tirso en su comedia titulada Los balcones de Madrid:

Todos mi mal prevenís; Loco por todos padezco,

A todes os aborrezco. Pues todos me perseguís. RAFAEL BLASCO.

IMPRESIONES NATURALES.

Todo el mundo recuerda un juego de niños, que consiste en tomar la impresion de las hojas ennegrecidas por el humo de la llama de una lámpara. Esta operacion tan sencilla, es el origen de as impresiones naturales. Se unta ligeramente con aceite una hoja de papel, que se ennegrece al humo de una luz; despues, para copiar las hojas de las plantas, se las oprime fuertemente contra el papel preparado de este modo. Se adhiere entonces à sus asperidades, como las venas, las fibras, etc., cierta capa del ne-gro, y solo falta, para tener su imágen exacta, aplicarlas en este estado sobre una hoja de papel blanco. Las mas diminutas disposiciones de las hojas, que exigirian de un dibujante mucha paciencia, salen de este modo con la mayor limpieza.

Este procedimiento se ha descrito por primera vez hácia la última mitad del siglo XVII. Los botánicos han intentado varias veces utilizarle para ilustrar sus obras. Lineo le menciona como muy ventajoso para representar los caractéres de la hoja. En 1761 Kniphof de Erfurt publicó una obra con 1.200 hojas en fólio, de figuras de plantas, que habian sido co-piadas por medio de un rodillo de imprimir y de la prensa.

Estas reproducciones se habian coloreado despues, operacion que las daba un

aspecto mas natural; pero que perjudi-caba mucho á la delicadeza del dibujo. Diversas tentativas se hicieron en libros de botánica de época mas antigua, pero aunque todas tenian el mérito de la fidelidad estaban desprovistas de cierta belleza artistica, si bien poseian un carácter de duracion perfecta cuando se usaba de la tinta de imprenta, y el procedimiento ofrecia grandes inconvenientes. El darlas de tinta exigia mucho tiempo, la tirada se hacia con mucha lentitud, el número de pruebas que se podia obtener con una sola planta era muy limitado por consecuencia de la estructura frágil de la planta desecada.

Si se observan de cerca las láminas de plomo, con las que se remplaza en algunas casas las alfombras, se nota que cualquiera que sea su espesor, reproducen sobre su superficie interna el grano de la madera que recubren. La reiterada presion de los piés, acaba por aplastar el metal en los huecos, y grabar en su superficie las aristas que señalan en la madera las capas anuales del árbol. Este hecho habia llamado la atencion del platero Peter Kyhl, y en sus trabajos para utilizar esta cualidad, descubrió que el plomo en láminas, es una especie de sibarita capaz de sentir aun el pliegue de

una hoja de rosa. Colocando entre dos láminas de metal, hojas, plumas, encajes etc., y haciendo pasar el todo entre los cilindros de un laminador, Peter Kyhl se cercioró de que podian obtenerse impresiones no solo sobre el plomo, sino tambien sobre el zinc, estaño y cobre. Aplicó este procedimiento á su industria, y lo que es mas interesante, escribió un libro en el que propuso su procedimiento para reemplazar el grabado, imprimiendo al mismo tiem-po cierto número de figuras de hojas, de escamas de pescados, plumas, etc., sir-viéndose para ello de láminas grabadas por la presion de los objetos reales.

Peter Kyhl murió el año de 1833 en que dió á conocer su descubrimiento, que con su manuscrito quedó olvidado por espacio de mas de veinte años en los archivos de la Academia de Copenhague. En este intervalo se hicieron diversas aplicaciones deeste método, pero hasta 1851 no se le consideró como susceptible de una aplicacion práctica importante. Faltó á Peter Kyhl el auxilio de la electrotipia.

La imprenta imperial de Viena es la que ha tenido el mérito de haber resuelto completamente el problema de la impresion natural, y de haberle hecho completamente práctico.

La impresion de la planta se toma por medio del laminador sobre una hoja pulimentada de plomo, y de esta hoja original se saca por la galvanoplastia otra de cobre verdadero facsimile de la primera, que puede usarse como los grabados comunes en cobre.

Las figuras, asiobtenidas, pueden tambien colorearse cuando, por ejemplo, hay tres ó cuatro colores diversos, como en las flores con sus hojas la tinta mas oscura se aplica la primera, cada una de las demás se aplica sucesivamente, y el todo se saca de una vez; en la cromo-litografía, por el contrario, cada color se imprime separadamente, segun otras tantas piedras.

La impresion natural da á las láminas un aspecto sinuoso que no agrada, porque sale en cierto modo como relieve, carácter que no se encuentra en las láminas impresas por los otros procedimientos, debido, sin duda, á las cubiertas que se ponen detrás del papel para forzarle á entrar en los huecos de la lámina de cobre cuando pasa por debajo de la

EL SIGLO XIX.

La historia no nos presenta en toda su larga série de siglos, ninguno tan fecundo en adelantos para la humanidad como el nuestro. El siglo XIX formará una época de perpétua recordacion entre todas las épocas pasadas y futuras. El progreso ha venido siguiendo la ley fisica de la caida de los cuerpos en el vacio; ha aumentado la rapidez de su marcha en proporcion al cuadrado de los tiempos. Ninguna generacion ha recibido mas beneficios del Eterno Hacedor que la presente. Como todas las obras de Dios, el mundo es un edificio grandioso, ingeniosísimo, que tiene mil resortes ocultos, mil secretos portentosos que solo va descubriendo el hombre á fuerza de tiempo y de trabajo. Quizás los descubrimientos que son la gloria de nuestra época, sean insignificantes al lado de los que en lo porvenir hayan de realizar los hombres; pero ninguna civilizacion posterior á la nuestra podrá negar la celebridad que de derecho le pertenece al siglo que halló oculta en la naturaleza una fuerza en comparacion de la cual es un juguete la de los antiguos atletas, un agente cuya velocidad deja muy atrás la del vuelo de las aves, y otras mil inven-ciones, tan peregrinas como útiles, tan sorprendentes como inesperadas por las generaciones que nos precedieron.

Pero antes de continuar debemos hacer una manifestacion. No somos optimistas, no somos ciegos adoradores del progreso material; sabemos que el hom-bre, que tiene hoy mucho mas dominio sobre la naturaleza que el hombre primitivo, puede hacer el mal en mayor escala: sabemos que los adelantos morales no se han hecho en la proporcion que los materiales; pero tambien tiene el hombre mas poder para practicar el bien, y la multitud de hospitales de caridad, casas de beneficencia y escuelas de pobres con que se ostentan las mas populosas ciudades civilizadas, son testimonios fehacientes de que el corazon humano, lejos de empeorar, ha mejorado. Acháquense en buen hora los crimenes de nuestra época á las naturales pasiones de los hombres, que por otra parte siempre han sido las mismas, y no á los tiempos que alcanzamos. Tengase presente que la gran publicidad que se dá hoy á cuanto pasa, magnifica los cri-menes y los multiplica en la imaginacion de los admiradores del pasado. Hace doscientos años los asesinatos de Troppmann, que acaban de horrorizar al mundo, menos en el punto donde se perpetraron, como se ignoran otros muchos que se cometieron en aquellos buenos tiempos de horca y cuchillo. Un siglo há no se habria sabido en Trinidad el asesinato de Trunwald que, por las especiales circunstancias en que tuvo lugar, tanto ha afectado á los buenos españoles y ha sido objeto de tantos comentarios en el extranjero.

Si además tenemos presente que la mayor parte de los criminales de nuestros dias son hombres ignorantes que distan mucho de conocer las conquistas que la ciencia ha hecho recientemente, no podemos menos de achacar á otras causas que al progreso las fechorias que los conducen al cadalso ó al presidio. Nosotros no creemos, nicreeremos, á menos que se nos demuestre palmariamente lo contrario, que hemos perdido en lo moral y religioso todo lo que hemos ga nado en lo material, como opinan personas muy respetables. Se ha perdido, si, mucha supersticion é hipocresía, pero no verdadera moral ni sincera religion.

La Inquisicion y la opinion general, obligaban á nuestros predecesores á mostrar pública devocion, á la manera que muchos simpatizadores del dia se hacen mas españoles que nadie. Del mismo modo que entre los buenos españoles de Cuba han vivido muchos años millares de traidores, así cuando la Iglesia era omnipotente, vivieron entre los verdaderos cristianos multitud de ateos hipócritas. Reconocido hoy el derecho universal que tiene el hombre de adoptar esta ó la otra religion ó de no tener ninguna, dejándole á cada uno la responsabilidad directa que le quepa de sus deberes para con Dios, la hipocresía ha desaparecido como el contrabando donde se quitan las aduanas. Por otra parte, el desarrollo que ha tenido la instruccion ha matado la supersticion, que contaba antaño con infinidad de adeptos.

Aquellas masas abyectas que temian al demonio mas que à Dios, han dejado de existir, y de ello debemos felicitarnos, Digan lo que quieran los detractores de nuestro siglo, el sentimiento moral no ha degenerado, y los buenos cristianos, que nunca fueron en tan gran número como suele creerse, no han disminuido. Quede, pues, consignado que si bien confesamos que no hemos avanzado en lo moral tanto como en lo material, no admitimos la pretendida perversion de sentimientos, ni esa decadencia religiosa que se atribuye á nuestra época.

Ningun siglo ha dejado huellas tan profundas de su paso como ha de dejar el nuestro. Las orgullosas pirámides de Egipto, para construir una de las cuales es fama que se emplearon trescientos se-senta mil hombres durante veinte años, y que no son mas que inútiles monumentos de la soberbia humana, ¿pueden compararse con la gigantesca apertura del istmo de Suez? ¿Han hecho algo los siglos pasados que pueda ponerse en parangon con el ferro-carril desde Nueva-York á San Francisco de California? Cuando paseamos la mirada por un mapa-mundi, y nos fijamos en la múltiple red de caminos de hierro, líneas de vapores y telégrafos que lo cubre, sobre todo en Europa y parte notable de América, nos parece que el siglo XIX ha comunicado vida orgánica alglobo, y que estas líneas negras que señalan tantas vías de comunicacion son las venas y nérvios del monstruoso animal; nos parece que la electricidad y el vapor son la vida de nuestro planeta, que yacia muerto y ha resucitado á impulsos de la mágica varilla de la física y de la química.

Verdad es que la gloria de nuestros descubrimientos no pertenece toda á nuestro siglo; sin la herencia que nos han ido legando los demás; sin los restos de pasadas civilizaciones, cuidadosamente conservados con la Iglesia; sin la brújula y la imprenta; sin los trabajos científicos del último siglo, el nuestro no habria asombrado al mundo con sus inventos. Pero por eso mismo debemos de congratularnos en haber nacido en esta época de grandes resultados prácticos. No hace aun treinta años que necesitábamos hacer un viaje de tres ó cuatro meses para ir á América, y hoy lo hacemos en quince dias: necesitábamos medio año para obtener contestacion de una carta de América, y hoy no necesitamos seis

El hombre se ha apoderado del viento, haciendo de él su bestia de carga; ha convertido el relámpago en mensajero suyo; ha abierto en el Océano fáciles y rápidos caminos al comercio; ha sorprendido à la luz el arte de reproducirse mejor que con el pincel; ha arrancado á la tierra un alumbrado superior á todos los que se conocian; ha abierto en el fondo de los mares paso aislado á la electricidad. El Sér Supremo colma de bienes á nuestra generacion. El pesimista que vitupera nuestro siglo, es un blas-

L. V. DE C.

EL VENENO DE LAS FLORES.

Qui legitis flores, et humi nascentia fraga Frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herva. (Vingilio, Eglog. III. v. 92 y 95.)

Vuestro engaño mis temores, Que la culeb a entre flores Vende rosas cuando muerde. Tirso de Molina. (Mari-Her-nandez la Gallega. Ac. 3.°, Es. XI.)

Mil veces habreis oido hablar de la sencilla é

inocente violeta, comparándola con la jóven cándida y modesta, cuya virtud esparce su aroma, semejante al de la tierna flor.

Si sois poeta, raro será que vuestros primeros vagidos literarios no hayan sido cantando á la violeta, y en fin, si amais ó habeis amado, las flores habrán sido muchas veces emblema purísimo de los afectos del corazon.

Pues bien, esas flores, símbolo de vuestro amor, y poético don que no ruboriza á la mas tímida doncella; ese homenaje, que crelais inocentísimo, pudiera ser para quien lo recibe tan mortífero como un buido punal; tan fecundo en males cual otra caja de Pandora. Como prueba referiré una anécdota, tan sen-

cilla como verdadera y sentimental.

Era el año de gracia de 1859, cuando la ca-sualidad me condujo á nuestras hermosas Pro-

vincias Vascongadas.

Habia prometido una visita á uno de mis mejores amigos, el Sr. H.... cuya ciencia, dicho sea sin respetar su modestia, ha sido el paño de lágrimas de tantos dolientes, incluso este humilde servidor de ustedes, que aunque del oficio, es decir médico, no supo curarse á sí mismo.

Yo, que soy ante todo hombre de palabra, acudí á su bella casa, para la que parecen he-chos de molde aquellos versos de Trueba, hijo querido de las musas de las montañas vascas,

> Allá bajo en el valle tengo una choza, manzanitos floridos le dan su somhra, etc.,

y en ella encontré un lenitivo a mis males, en

su saber y en su amistad. Pues bien, en aquel caserío habitaba una linda jóven, que si, como soy doctor, fuera poeta, me entretendria en describir, pero de la que solo os diré una palabra; era del país, es decir, bue-

Julia o Julieta, como la llamabamos, tenia un novio, mozo honrado y de chapa, uno de los me-jores oficiales de aquellas afamadas ferrerías

La esposa de mi amigo habia dado permiso para venir á ver á su novia al jóven Roman, á quien yo llamaba Romeo, ya por la paronomasia

del nombre, ya para contraponerlo al de Julieta. Escusado me parece decir que allí se jugaba limpio, y que los amores de Julia y Roman, si no tan romanticos como los de los representantes de montescos y capuletos, por lo menos eran

Un dia, lo recuerdo bien, víspera del domingo de Pascua Florida, Romeo, es decir, el herrero, llevó a la jóven un ramillete de violetas.

Esta, loca de contento, no hizo en toda la noche mas que hablar de su ramillete y enseñarle a todo el mundo, tanto que se acostó con él en

Julieta se durmió jay! se durmió con el sueño

Todas las mañanas se la veia levantarse la mas diligente de casa: su voz y la de la alondra, eran las primeras que resonaban en aquel ven-

Viendo que no salia de su cuarto, segun cos-tumbre, corrió a él la esposa de mi amigo y halló á la jóven muerta.

Las inocentes violetas habian sido su verdugo. Pálida, velados los ojos, y los labios entre-abiertos, con una sonrisa lívida, parecia demostrar aun, pero con fúnebre expresion, el gozo que le habia producido el regalo de su novio, último objeto tal vez con que había soñado.

Así falleció Julieta; en cuanto a Romeo, pensó morir de dolor, y como entonces se alistaban los tercios vascongados para la guerra de Africa, tomó el fusil con objeto de templar su dolor con el estruendo de la pelea, ó acaso para morir en

Ignoro si se logró su intento. La moralidad de esta conmovedora y verídica historia es el peligro que hay en dormir en una habitacion que contenga flores.

Para comprender bien esto, haré una breve explicacion, por otra parte ya muy sabida de

Las flores, á semejanza del hombre, respiran, pero así como este ejerce sus funciones diez y seis ó veinte veces por minuto, con movimiento de aspiracion y espiracion, en la planta los dos tiempos de la respiracion son contínuos.

Durante el dia, sus órganos respiratorios, exhalan un gas sano y vivificador, el oxígeno; y por la noche, otro peligroso, mortifero, el ácido carbónico.

Abora bien alguno tal vez obietará que siendo como acabo de apuntar, parece, por lo me-nos, una imprudencia adornar con flores los salones de baile y aun mas la cabellera y el seno

de las mujeres que á ellos concurren.

Pero á esto responderé, que las flores, criaturas inocentes y sencillas, no acostumbradas á los engaños de los hombres, cuando se encuentran en un salon en el que la luz de bujías y mecheros de gas se derrama á torrentes, creen de buena fe que es de dia, y se guardan muy bien de exhalar sus gases nocivos. Se sacrifican por el hombre, que cruel las ha arrancado de los jardines y las ha llevado á mo-

rir á un festin, como Lucrecia Bórgia á sus

A este propósito hablaré de una observacion hecha estos últimos años.

Se ha notado que las plantas con que se adornan las plazas y calles públicas en las grandes ciudades, pierden su lozanía y mueren antes que las de los jardines de la campiña.

Pensando en culpar á alguno de este accidente, se ha acusado á un insecto que vive y hormiguea sobre la corteza de los árboles.

[Inocente parásito! Le han colgado el sambenito de la destruccion.

A consecuencia de esta falsa imputacion. los árboles se han visto rascados, estucados y embetunados para matar los insectos.

Se habia tomado el efecto por la causa. Esta es otra.

En las grandes poblaciones, desde que el gas permite iluminar sus calles y plazas constante-mente, las plantas tienen una vida anormal: su respiracion se ha violentado.

Rodeadas siempre de luz, no tienen tiempo durante la noche de absorber con sus rafces el oxígeno para exhalar por las hojas el ácido carbónico, y de aquí que se haya perturbado el movimiento periódico de su respiracion.

Las plantas, á la manera de esos jóvenes viciosos que, haciendo de la noche dia, gastan su naturaleza en las orgías, han visto consumida la suya, pero siendo sometidas forzosamente á esos desórdenes involuntarios.

Gracias á ellos, el color verde pierde su brillantez, porque es de advertir que solo esa parte de las plantas tiene el modo de respirar antes indicado, y las partes no coloreadas por él, los frutos, granos y hojas encarnadas y amarillas, no absorben nunca mas que el oxígeno.

Los jugos contenidos en las plantas que viven en la oscuridad, se modifican de un modo notable, y siendo acres en condiciones normales, faltas de luz, se hacen dulces y suculentos.

Por eso los hortelanos, sin darse ciertamente una explicacion científica, atan los cogollos de las lechugas y aporcan los cardos, violentando las leyes de la naturaleza.

Para terminar diré, que el olor de las flores no á todos produce igual efecto, y que aromas que algunas personas aspiran con delicia, sin que les produzcan resultado alguno dañoso, para otros son casi verdaderos venenos.

La hermosa Ninon de L'Enclos amaba con pasion el olor de los narcisos, y no obstante le producia violentas jaquecas.

Al cardenal Carafía repugnaba el aroma de las rosas, y durante la primavera se privaba de pasear por los jardines. El príncipe de Condé se sentia atacado de los

nervios con el olor de los albaricoques. El fisiólogo Thouvenel refiere que conoció a una señora que se desmayaba en cuanto entra-ban en su habitación una violeta.

Creyendo que era una ficcion hizo la prueba de llevar una de dichas flores oculta en la manga, y al poco rato la dama se sintió atacada de

un fuerte dolor de cabeza, que terminó con un En fin, refiere un autor, y a él dejo la responsabilidad de su relacion, que un sugeto enia un olfato tanfino, que en cuanto entraba en la igle-

sia, 6 en un sitio en que hubiese gente, por muy concurrido que fuese, conocia por el olor si es-taba 6 habia estado su mujer. Si esta envidiable cualidad se desarrollase en los casados, las mujeres tendrian que andarse con gran tiento, y el estudio de los olores no tendria precio para aquellos que, en virtud del matrimonio, hubiesen visto a una mujer convertida en carne de su carne y hueso de sus huesos.

DR. DULGAMARA.

LAS DOS CHINELAS.

CUENTO ORIENTAL.

Habia en Bagdad un mercader vieio llamado Abou-Casem-Tambourifort, célebre por su avaricia. Aunque era un hombre muy rico, llevaba siempre sus vestidos hechos pedazos; su turbante era de un lienzo muy basto y tan súcio, que no podia distinguirse cuál era su color; pero sus chinelas eran las que llamaban particularmente la atencion de los curiosos; las suelas estaban armadas de gruesos clavos, y las palas remendadas. El famoso navío de Argos no tenia tantas piezas, y en diez años que tenia las chinelas, los zapateros de Bagdad habian agotado su arte para componerlas. Se habian hecho tan pesadas, que cuando se queria expresar alguna cosa de peso se comparaba con las chinelas de Casem.

Este negociante se paseaba un dia en el gran bazar de la ciudad, y le propusieron comprar una partida considerable de cristal, en cuya compra convino, porque le era muy ventajosa. Habiendo sabido algunos dias despues que un vendedor de perfumes habia quedado arruinado, y que no tenia mas recurso que vender que una cantidad de agua de rosa, se aprovecho de la desgracia de este pobre, y se la compró en la mitad de lo que valia. Este excelente negocio le puso de buen humor, pero en vez de dar un gran banquete, segun la costumbre de los negociantes de Oriente que han hecho alguna bue-

na compra, le pareció mejor ir al baño donde hacia mucho tiempo que no habia estado.

Estándose quitando los vestidos, un amigo suyo, ó que al menos le tenia por tal (porque es muy raro que los tengan los avaros), le dijo que sus chinelas le hacian ser la fábula de todo el pueblo, y que debia comprar otras. Hace tiempo que pensaba hacerlo, contestó; pero, en fin, no están tan rotas que aun no puedan servir. Diciendo esto, ya estaba desnudo y se entró en el

Mientras se lavaba, vino tambien á bañarse el Cadí de Bagdad, pero Casem salió antes que él, y pasó á la pieza cercana, tomó sus vestidos y buscó sus chinelas, pero en su lugar halló unas nuevas; y creyendo, porque lo deseaba, que era un regalo del que le habia aconsejado, se puso

sus ricas chinelas, que le evitaban el dolor de comprar otras, y salió del baño lleno de alegría. Cuando el Cadí acabó de bañarse, sus esclavos buscaron las chinelas de su amo, y solo hallaron unas muy súcias, que reconocieron ser las de Casem, por lo que los porteros corrieron tras del supuesto ladron, y le trajeron con el hurto á presencia del Cadí, quien, trocando las chine-las, envió á Casem á la cárcel. Cossóle bien caro á nuestro avaro la equivocacion; pues las genles de justicia, sabiendo que era tan rico como

avariento, le exigieron grandes costas. Habiendo vuelto el afligido Casem á su casa lleno de desesperacion , arrojó sus chinelas al Tigris, que corria por debajo de sus ventanas. Algunos dias despues unos pescadores sacaron en su red las chinelas de Casem, cuyos clavos rompieron las mallas de la red. Irritados los pescadores contra Casem y sus chinelas, imaginaron tirarlas á su casa por las ventanas que estaban abiertas, y cayeron con tanta fuerza que derribaron los frascos que estaban sobre las cornisas, y se vertió toda el agua de rosa.

Figurese, si se puede, el dolor de Casem á la vista de tanto daño: malditas chinelas, exclamó, errancándose las barbas, ya no me causareis mas desgracias, y fué al instante á enterrarlas en su jardin. Un vecino suyo que le aborrecia, le vió cavar, y fué al instante á dar parte al gobernador de que Casem sacaba un tesoro de su jardin. En vano se escusó el avariento mercader, diciendo que no habia hallado tesoro alguno y que hacia el hoyo para enterrar sus chin las; el gobernador quería dineros, y el afligido Casem solo obtuvo su libertad á costa de una

Desesperado ya y dando al diablo sus chine-las, fué á arrojarlas á un acueducto distante de la ciudad, creyendo que de este modo se libra-ria ya de ellas, pero las chinelas fueron á pasar derechamente al conducto del agua é intercep-

Los fontaneros corrieron á reparar el daño, y hallaron las chinelas de Casem, las que llevaron al gobernador declarando que ellas eran la causa de aquel destrozo. Volvió el desgraciado dueño de las chinelas á estar en la cárcel por ellas, fué sentenciado á una multa mas grande que las otras dos, y le volvieron las chinelas. Casem para librarse en fin de todos los males que le habian causado, se resolvió á quemarlas, pero como estaban embebidas en agua, las puso al sol sobre el terrado de su casa, pero la fortuna no había aun agotado todavía sus rayos, y el último que le reservaba era el mas cruel de todos. Un perro de la vecindad olió las chinelas, se arrojó desde el terrado de su amo al del avaro, tomó en la boca las chinelas y las arrojó jugando á la calle. La funesta chinela cayó direc-tamente sobre la cabeza de una mujer embarazada que pasaba por delante de la casa. El miedo y la violencia dei golpe ocasionaron un abor-to a esta mujer, el marido se quejó al Cadí, y este sentenció a Casem a pagar una multa proporcionada á la desgracia causada por su causa.

Se vuelve a su casa, y tomando sus dos chinelas dijo al Cadí con una violencia que hizo reir al juez: «Señor, ved aquí el fatal instrumento de mis penas: estas malditas chinelas han llegado á reducirme á la mayor pobreza; dignãos de dar una providencia para que no se me imputen los males que sin duda ocasionarán.» El Cadí no pudo rehusarle su súplica, y Casem aprendió bien á su costa cuán peligroso es no mudar

frecuentemte de chinelas.

LA HIGIENE Y LA MODA.

EL PAÑUELO.

Es cosa fuera de toda duda que, desde la mas remota antigüedad, el hombre ha tenido necesidad de sonarse.

Pudiera entablarse discusion acerca de si Eva Adan, en el estado de la inocencia, estaban sujetos á esta humana miseria; pero desde que su pecado les rebajó á la triste condicion que hemos heredado sus descendientes, no cabe ni

sospecha de que pudieran eximirse.

Esta necesidad supone, como imprescindible, el uso del pañuelo, y aquí entra el quid de la dificultad y el discurrir de los arqueólogos.

Los descubrimentos prehistóricos no han rastreado nada, y es preciso que vengamos, cuando menos, á los tiempos que «siguieron al diluvio.

Sanchoniathon, que escribió en el siglo XII antes de Jesucristo, en su Teología fenicia, que tradujo Filon, y otros autores que trataron del Egipto, no dice si en el imperio de los Faraones se hacia uso de aquel objeto, y de los persas se sabe que Ciro el Grande les tenia prohibido sonarse y escupir en público.

No deberian estar expuestos á constipados los súbditos de aquel monarca; pues de otro modo, trabajillo les hubiera costado cumplir tan tiráni-

De los griegos es cosa notoria que no habrian dado tampoco en el item de esta invencion, y mas de una vez, debió suceder 4 la bella Aspásia tener que recurrir en presencia de Alcibiades al sencillo y primitivo expediente que usan hoy nuestros aguadores, cuando la membrana pituitaria les apremia con su secrecion.

Hoy es, y los personajes de cuenta en Asia, emplean un sistema, que no deja de ser curioso (no en todas sus acepciones), que consiste, en sonarse con los dedos, cuya humedad enjugan luego en lienzos de muselina, primorosamente

En tiempos de Hipócrates, aunque no era cos-

nuelos, uno prendido en la cintura y otro que se llevaba en la mano; ambos de tegidos delica-dos, que se perfomaban con exquisitas esencias.

Los romanos tenian costumbre de enjugar el sudor de su rostro con la toga, y sus oradores, en el foro y en el Senado, se paraban á las veces, no para sorber un vaso de agua con azucarillo, como los nuestros, sino para proporcionarse aquel alivio, cosa que, por otra parte, daba mucha gravedad al personaje.

Neron, cuando arengaba ó recitaba en el tea-tro, usaba mucho esta práctica, enjugándose con

la manga de su prætexta.

Sus historiadores refieren que nunca se le veia sonarse é escupir, y le cierto es que aque-llos civilizadores del mundo miraban estas cosas como actos dignos de reprobacion.

En prueba de ello, Planto dice, por boca del

personaje de una comedia: «Yo no escupo; yo no tengo húmedas las narices; dadme una mujer que tenga secas las suyas.»

El satírico Juvenal hace decir á un marido, que trata de divociarse: «Tiempo há que me estás enojando; puedes irte cuanto antes, que yo me buscaré otra mujer que tenga la nariz enja-

No obstante, los romanos tenian diferentes cla ses de pañuelos, tales como el sudarium y el orarium, que servian para enjugarse el sudor del rostro y la humedad de los labios. El solare se ponia en la cabeza para libertarla de los rayos del sol, y el focale se arrollaba al cuello, y era señal de estar enfermo el portador. En la Edad Media es en donde se hallan ves-

tigios del uso del pañuelo, aplicado tal como hoy solemos hacerlo. Acaso aquellos pueblos, veni-dos de los hielos del Norte, mal defendidos con sus cabelleras de los constipados, se vieron en la necesidad de usarle.

Pero, de todos modos, los europeos somos los únicos que hemos adoptado el pañuelo, en todo el explendor de su importancia.

Africa conserva en su mayor pureza la sentillez de los primeros tiempos, y apenas si alguno los quebranta en el imperio del malogrado Theo-

Hasta que el insigne genovés Colon, alentado con el favor que halló en nuestra España, se dirigió á las Indias occidentales y descubrió aquel mundo, hasta entonces ignorado entre las bru-mas, paede decirse que el pañuelo no entró en

su verdadera época de apogeo. Entónces, al traernos á Europa el tabaco, entre las demás riquezas del Nuevo Mundo, recargó con un artículo mas el presupuesto de nues-

tros guardaropas.

El tabaco, cuyo padrino botánico fué el céle-bre Juan Nicot, y que mereció ser el favorito de Catalina de Médicis, consiguió bien pronto, con tan poderoso auxilio, adquirir indisputables pri-

vilegios.

En un principio se creyó que aquella yerba era una panacea á que dolencia ninguna se resistia, y se le llamaba yerba santa 6 yerba de la

Los médicos aconsejaron á Cárlos IX que la tomase para curar sus enfermedades de cabeza; pero desgraciadamente, aurque se calmaban algun tanto sus terribles accesos, que le ponian fuera de sí, no se curaron radicalmente, y en uno de ellos el real enfermo, se divirtió en cazar desde una ventana á sus súbditos hugonotes.

Pero sea lo que quiera, desde esta época el tabaco en polvo, ó sea el rapé, hizo muy general el uso del pañuelo, que se convirtió en indispensable para los polvistas.

En nuestros dias, sabido es lo mucho que se ha extendido.

Tenemos el pañuelo de lujo y el higiénico. El primero es atributo puramente del bello sexo, y ciertamente se buscaria en vano su apli-

cacion útil. No hacen de él su natural uso, y por otra

parte seria cargo de conciencia emplear de aquella suerte un objeto rico, bordado con tanto primor y dispendio.

Sirve, a lo mas, para enjugar el rostro, como el sudarium de las romanas, y aun por eso ve-

mos que las bellas se abstienen del uso, poco elegante, del rapé. De aquí que la moda ha conseguido lo que tal vez hubiera sido imposible alcanzar á las

El pañuelo de lujo puede ser de cualquier tela, siempre que sea exquisito y agradable á la

Los romanos los usaban de lino de Amorgos y de Egipto: nuestras damas de batista ó muse

Los pañuelos útiles deben ser de lino, suavizados con varias lavaduras que les den la nece-

Los de tela rígida irritan la piel de la nariz y la predisponen á inflamaciones y escoriaciones, siempre dolorosas. El algodon está reconocido como perjudicial,

a no haber sido suavizado por un uso contínuo. Los pañuelos de seda son flexibles, suaves y ocupan poco lugar en el bolsillo, cualidades que les hacen recomendables, si bien tienen el inconveniente de absorber con más dificultad las secreciones nasales, y por tanto, de no limpiar tan perfectamento las superficies de la nariz.

En cuanto á los colores, no existe preferencia y pueden usarse á gusto de cada uno, procuran-do, sí, que no sean de los que destiñen y ensu-

Como todos los tejidos pueden impregnarse, ya con sustancias virulentas, ya con miasmas, para evitarlo conviene no mezclar los pañuelos súcios unos con otros, pues, de lo contrario, pueden sebrevenir irritaciones, inflamaciones y hasta erisipelas en el rostro y la nariz.

pañuelos, tienen el inconveniente, sobre todo si son fuertes, de entorpecer la finura del olfato, sia contar que los que los usan pu den dar oca-sion de que se recuerde el proverbio latino: non bene olet, qui bene semperolet.

En especial en los hombres es señal de afe-

A esto se añade, que, segun las antiguas historias, los perfumes pueden ser un medio de en-venenar á los que los aspiran, como dicen suce-dió con Catalina de Médicis, que se envenenó con unos guantes perfumados.

Aparte de esto, deben tenerse en cuenta las otras observaciones que en el texto de este ar-

ticulo se apuntan.

LA GEOLOGIA COMPARADA.

La geologia es, en realidad, una ciencia enteramente nueva: hija del último siglo, ha visto el nuestro inaugurar su juventud. Ninguna ciencia ha dado pasos mas rápidos, vencido mas preocupaciones ni domeñado mas errores y supersticiones; ninguna ciencia ha suministrado pruebas mas sorprendentes del poder del génio humano, ni ha resuelto mas vastos problemas, ni ha excitado

El hombre ha rehecho la historia de los cuerpos celestes: ha encontrado en los geroglíficos de los monumentos de Egipto y en los anales de la China, las huellas de los estudios primitivos; conocemos el lugar que ocupaba el sol en el zodiaco hace cuarenta y cinco siglos; podemos aproximar á la historia de la astronomía algunos elementos de la historia de la humanidad, y sabemos que pueblos, há mucho tiempo olvidados, se ocupaban en la ciencia de los astros.

Un período de seis mil años, nos parece una larga série de edades; pero ¿qué supone esto al lado dels edad del mundo?

La geologia es una ciencia vastísima: gracias á ella, se ha logrado reunir los archivos del mundo primitivo, y exhu-mar de ese tesoro inmenso, la historia distinta y positiva de diferentes épocas del globo y de generaciones de plantas y animales, cuya edad se eleva á tan remotos tiempos, que, al decir de Zimmer-mann, la edad del género humano es una cosa insignificante respecto à la anti-güedad del mundo.

No es menosaventurada la proposicion que asientan nuestros mas ilustres geó-

Los astros, dicen, viven... como los animales y los vegetales.

Los astros son grandes conjuntos... grandes todos, en los cuales se operan funciones por medio de órganos particulares, y sufren las fases de un verdadero desarrollo. Nacen, viven, mueren y des-pues sufren el trabajo de la descomposi-

Considerados bajo este punto de vista, ofrecen tres géneros de estudios que corresponden, proporcionalmente, á la em-briogénia, á la anatomía y á la fisiologia de los séres organizados.

En lo concerniente à la tierra se han podido precisar muchos y variados datos, que corresponden á estas tres categorías; pero en cada una de ellas, ha debido detenerse el hombre antes de haber agotado el objeto y de reemplazar por puras hipótesis la observacion directa de los hechos.

Relativamente al origen y desarrollo de nuestro planeta, por ejemplo, se ha admitido desde Laplace una teoría célebre; pero no se ha podido demostrar su exactitud por medio del exámen del globo terrestre; además, si la tierra no conserva testimonios suficientes de su origen, ni mucho menos de sus caractéres, no es posible prever su porvenir.

Del mismo modo hemos logrado, en cuanto á la extructura del globo, hacer una especie de anatomía de la película de la costra terrestre; pero, ¿qué importancia tiene lo poco que sabemos, comparado con lo que nos resta aprender del largo rádio de 1.500 leguas que nos separa del centro? Las rocas eruptivas indican, debajo de la capa granitica, la existencia de masas mineralógicamente diferentes, pero no puede admitirse que tales masas llenen todo el espacio central: la densidad del globo (5.5), superior à la de todas las rocas que conocemos, nos obliga á suponer que deben existir en las profundidades sustancias mucho mas pesadas. ¿Las conoceremos alguna vez? En fin, en lo tocante á los fenómenos

Los perfumes con que suelen aromatizarse los geológicos, notamos que no podemos pos vivos, supuesto que hay analogías añuelos, tienen el inconveniente, sobre todo si observar sino las manifestaciones mas directas entre las armonías externas de superficiales, y que nada nos demuestra la naturaleza de su causa.

Los volcanes, los terremotos, las emanaciones de todas clases, el metamorfismo, considerado por ciertos geólogos como un argumento favorable á la hipótesis de un calor interno, pueden explicarse, segun otros, de una manera muy diferente, es decir, por la intervencion de causas puramente locales. Tenemos, pues, dos escuelas cada una de las cuales encuentra en el exámen incompleto del globo, pruebas en apoyo de sus doctrinas, pareciendo imposible que puedan resolverse jamás las cuestiones que las separan.

En concepto de los geólogos moder-nos, el estudio de los cuerpos celestes nos proporcionará los conocimientos geológicos que nos faltan. Todas las partes del universo físico son solidarias; el estudio de unas conduce al conocimiento de otras, y como se nos presentan en distintos estados y en condiciones diferentes, debemos llegar, por medio de la síntesis y de la comparacion á reconstituir la historia de cada miembro de ese in-menso conjunto. Los hechos adquiridos en esta nueva vía son una garantía de lo que debemos esperar de las futuras investigaciones.

Bajo el punto de vista del origen de la tierra, el estudio de los astros por los resultados del análisis espectral y por la análisis directa de los meteoritos, nos proporciona la confirmacion mas completa de la teoria de Laplace. Este estudio nos manifiesta la unidad de plan del universo, y nos ofrece una vez mas la ocasion de admirar la majestuosa armonia de las cosas. De otra parte, por el examendel sol, cuya constitucion es objeto de numerosos y notables trabajos; por el examen de la luna y por el estudio de los meteoritos, llegamos á precisar las fases sucesivas, pasadas ó futuras de nuestro planeta. Y yendo legitimamente de este cas, particular al caso mas general, podemos sondear el pasado y el porvenir del universo y presentir algunas de las grandes leyes que le rigen.

La extructura interna de la tierra está vivamente alumbrada, segun los datos que nos suministranlos meteoritos, y tales rocas que, gracias á los recientes des-cubrimientos de la ciencia, estamos autorizados para mirarlas como análogas, si no como idénticas, á las masas de las regiones terrestres, son inaccesibles para nosotros por su profundidad.

En fia, la causa misma de las acciones geológicas interiores que se manifiestan en la superficie del globo, será completamente desvelada por el exámen de los fenómenos que se operan en el sol y los planetas, así como los que han dejado señales claras en la luna y en la sustancia meteorítica. En todaspartes tenemos pruebas manifiestas de un calor interno actual ó apagado, segun los astros; y como los efectos que se producen en ellos son idénticos á los fenómenos que se ma-nifiestan en la superficie del globo, es imposible negar que estos últimos reco-nocen por causa el calor. De suerte que la observacion del cielo resuelve la cuestion capital de la geologia terrestre, y se la puede colocar sobre todo exámen

El progreso que el estudio de los cuerpos celestes imprimirá al conocimiento e la tierra, ha sido hasta aqui objeto de nuestra atencion; pero es menester notar que recíprocamente los hechos, cuya observacion nos es mas fácil, dan la explicacion de las apariencias, sin esto inexplicables, que presentan los astros.

Las montañas de la luna son volcanes; las manchas blancas de los palos de Marte y de otros planetas son neveras; las fajas de Júpiter, son nubes que demuestran la existencia de vientos regulares: en concepto de los geólogos, podemos afirmar tales cosas, porque vemos en la tierra volcanes, neveras polares y vientos alizés; y de la comparacion de esos fenómenos con los que presenta nuestro planeta, podemos deducir con-secuencias probables respecto á las con-diciones climatéricas realizadas en los

El exámen geológico del universo, nos conduce á reconocer en esos grandes séres vivos, un cambio continuo de fuerza y un allegamiento no interrumpido de materia, hecho que establece una analogía mas entre los astros y los cuer-

los séres organizados.

El cambio de fuerza es manifiesto: la luz, el calor, la electricidad nos vienen del sol ó de otros astros, y los devolvemos variadas irradiaciones.

El allegamiento de materia no es dudoso; los meteoritos nos suministran elementos originarios de las regiones extra-terrestres, y las estrellas volantes, de naturaleza idéntica á los cometas, nos suministran materiales que proceden de las profundidades del espacio.

Este todo, este inmenso conjunto de hechos, muchos de los cuales se conocen de antiguo, si bien la mayor parte es debida á los recientes progresos de la cien-cia, que constituye la geologia comparada, tienen un doble objeto, á saber:

1.º Determinar las relaciones de composicion y de extructura, que presentan entre si las masas siderales.

2.º Descubrir las condiciones de la formacion de esas masas y determinar su porvenir.

DR. MACHUCHO.

A DIOS.

Señor, del rey profeta la inspiracion invoco, Para elevar mi canto a tu inmortal mansion, Y en tu sagrado nombre la humilde lira toco, Y osada lanzo al viento su regalado son.

Un misterioso instinto cerca de tí me llama. Con el ardor que solo invade á la mujer, Con el trasporte ciego con que mi sexo ama, Y abnegacion sublime de tan humilde sér.

Soy frágil como el barro, origen, elemento, Que á elaborar bastara mi busto terrenal. Mas tu piadoso labio me dió su altivo aliento, Dotándome de un alma sensible é inmortal.

De tierra soy, mas siento en mi interior un brio, Un no sé qué de eterno, un místico poder, Que liga, identifica tu espíritu y el mio, Que pule y diviniza mi esencia de mujer.

Y en alas de este espíritu remonto el raudo vuelo Y admiro de otra vida el cándido ideal; Alumbran mi camino las lámparas del cielo, Y escucho de Isaias la citara inmortal.

A sus acordes sones, se inflama el alma mia, Y de tu gloria en nombre se entona mi oracion, Y brotan de mis labios torrentes de armonía, Raudales impregnados de sacra inspiracion.

Espíritu y materia, sujetos 4 tu mano, Las plantas y los hombres te deben su existir, Causa y efecto eres; tu labio soberano Cien mundos de la nada pudiera construir. A tu secreto impulso el ábrego suspira,

Y crece, mengua, hierve y ruge ronco el mar; El trueno se trasforma en eco de tu ira, E impele á las nubes el rayo á vomitar. Y ese fantasma mudo que todo lo derrumba. Que opera en lo creado ruinosa destruccion, Que acaba con el hombre y acaba con la tumba, Y acabará á tu aviso con toda creacion,

Nada contigo puede; sujeto al albedrío Nace y existe y crece y sin herirte va, E ileso te conserva, que el tiempo, Hacedor mio, En tu increada esencia recopilada está.

En tus grandiosas obras tu omnipotencia leo; La perfeccion admiro de tu infinito sér, Cuando el terráqueo globo bajo tus plantas veo, Girar en el espacio sumiso á tu poder.

¿Quién sinó tú tan solocon tu inmortal doctrina De la esperanza presta al naufrago la luz? Quién sino tú del ciego las sendas ilumina. Instituyendo el faro la explendorosa cruz?

Por eso á tí, Dios mio, á tus altares solo, Su inspiracion consagra mi contristado sér . Y celebrar pretende del uno al otro polo , Tu sacrosanto nombre mi acento de mujer.

Que aunque de barro inmundo, en mi interior La cándida semilla vertida en tu pasion: Refléjase en mi mente la luz de tu doctrina; Del Gólgota la sangre me inflama el corazon.

Y mi entusiasta espíritu te busca en su camino Y por do quier te encuentra y acontemplarte vá, Sobre la flor te adora, te adora en el espino, Que donde quiera escrita, tu omnipotencia está,

Y á mi exaltada mente reanima la esperanza Porque la fe me guia con su explendente luz, Y tu pasion y muerte mi inteligencia alcanza Triunfante al admirarte clavado en esa cruz (1).

BARONESA DE WILSON.

(1) Fragmentos del poema el « Camino de la Cruz.p

Madrid: 1870.—Imprenta de La America.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

Quinquina et au Cacao combinés au

43, rue Réaumur et 39, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Béaumur 27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con exito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarea cronica, perdidas seminales involuntarias, las hemoragias pasivas, las escrifulas, las afecciones escorbuticas, el periodo adinamico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, à los niños debiles, á las mugeres delicadas, et à las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, hán constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C.; - En Buénos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

L'OS MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial por el uso del RACAHOUT DE LOS ARABES de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reperador. — Fortifia el estómago y los intestinos, y por sus propriedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifóidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y develven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lacar, sin manchar la cara, y sin causar Enfermedades de ojos ni Jaquecas.

LLMANN QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1º CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS 12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles Llamados Aguas, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castano claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. Callmann, 12, rue de l'Echiquier, Paris. — La Habana, Sariba y C.

Invencion del Doctor ÉGUISIER.

Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como

superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienencon los numero-sas imitaciones espareidas en el co-

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera à su gusto. Todas las pelotillas son el en interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.



Medalla I la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris. NO MAS CANAS

de DICQUEMARE aine

PARLES DE RUAN
Para telli en un minuto, en
SELANDENE todos los maticos, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel
picouente.
Bicouente de la susadas hasta el dia de hoy.

Páprica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39.
Depósito en casa de los principales pel-nadores y perfumadores del mundo.
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

EN LIQUIDO & PILDORAS

Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos à una ó dos cucharadas ó à 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leería con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el

PEABMAGIE de los frascos hay el RGATIE SELON L'ORDO Dignores firma. DOCTEUR-MEDECIN PURG ET PHARMACIEN DO



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT la sola aconsejada por el D' CORVISART médico del Emperador Napoleon III

la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible

en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT ; polvos (Frascos de una onza), en las Gastralgias Pituitas Agruras Gases

DESCONFIESE DE LAS FALSIFIGACIONES DELLA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

y los vomitos de las mujeres embarazadas PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succe, 24 RUE DES LOMBARDS. MERCERÍA Y ÚTILES DE

Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA

ESCRITORIO

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera ciones equitativas para el remi-

Nota. La correspondencia debe dirigirse a Nicasio Ezquer-ra, Valparaiso (Chile.)

图1111 LABBLONYD

Farmaceutico de l'e classe de la Facultad de Paris

DE GELIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el nuevas, invetedaras o rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las en fermedades del corazon y las diversas hidropesias.

Robe VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Gircudeau de Saint-Gerveir, médico de la Faculta de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas ocielobres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias.

Robe VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y ettos remedios, así como los empeines y las en lemos decidores de la spallado con la firma del doctor Gircudeau de Saint-Gerveir, médico de la Faculta de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas ocielobres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias.

Tambien se cuplea con felix éxito para la curacion de las pallado con la firma del doctor Gircudeau de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas ocielobres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del Corazon y las diversas hidropesias.

Tambien se cuplea con felix éxito para la curacion de las pallado con la firma de doctor Gircudeau de Saint-Gerveir, por cara la curacion de las pallados de contratos, por la se de la curacion de las pallados de corazon y las diversas hidropesias.

Tambien se cuplea con felix éxito para la curacion de las pallados de curacion de las de la curacion de las pallados de curacion de las des caracion de



Esta nueva com-binación, fondada sobre principios no conocidos por los medicos antiguos, ilena, con una precision dispus de ilena, con una precision digna de atencion, todas las

alencion, todas las condiciones del problema dei medicamento purgante. — Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sediliz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dósis, segun la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoje, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan segun sus ocucual escoje, para purgarse, la hora y la co-mida que mejor le convengan segun sus ocu-paciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentacion, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los mé-dicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse so pre-texto de mal gusto ó por temor de dehilitarse. Véase la Instruccion. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFE de DELANGRENIER

Les únicos pectorales aprobados por los pro-fesores de la l'acultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de Paris, quienes han hecho constar su superioridad so-bre todos los ocros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Grippe, Irrita-ciones y las Afecciones del pecho y de la farganta,

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Unico alimento aprobado por la Academía de Medicina de Francia. Restablece à las person as à fermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los mín. S y à las personas débiles, y, por sus propriedades amalépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoides.

las Fiebres amarilla y tifoides.

Cada frasco y caja lleva, sobrela etiqueta, el
nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las
señas de su casa, calie de Richeireu. 25, en Paria. — Tener cuidado con las futaficaciones.
Depósitos en las principales Farmacias de

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL Remite á la Península por los vapo-res-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la córte cualquiera comision que se le confie. -Habana, Mercaderes, núm. 16 .-E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

Madrid, un mes Provincias, un trimes-		reales
tre, directamente	30	
Por comisionado	32	* 00
Ultramar y extranjero.	10	у 80

EL TARTUFO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madríd, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm, 9.

CATECISMO

DE LA RELIGION NATURAL,

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resúmen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y eu la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se halla en las principales librerías.

TENEDURÍA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Ali-cante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende 4 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicanto. Barcelona, Niubó, Espaderia, †4.—Cádiz, Verdugo y compañía —Madrid. Bailly-Bailliera—Habana, Chao, Habana, 100.

CALLOS baraza uno de elbaraza uno de cilos con las Limas Americanas de P. Mourthé, con privilegio a. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas antenticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitacion del schor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacios se ha hecho constar con certificados oficiales. (Yéase ei prospecto.) Depósito general en PARIS, 28, rue Geoffroy Lasnier, y en Madrid, BORREL hermanos. 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curacion instantanea de los más violentos dolores de muelas, — Conservacion de la dentadura y las encias.

Depósito Gral, en España, Sres, L. Ferenz C.º Montera, 51, vyal, Madrid.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS ANEMIA OPILACION Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4

Curacion instantánea de los más vic-lentos dolores de muelas. — Conserva-cion de la dentadura y las encías. Depósito Gral, en España. Sres. I. Fer-rer y C.*, Montera, 51, pral, Madrid,

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 50 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana tambien los días 15 y 50 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

20 DE LE LE LE SON	AR	EIF,	AI	监	PASAJES.		Tanana
		S F		10 17	Primera camara.	Segunda cámara.	o entre- puente.
de Cadiza Puerto-Rice Habana a Cadiz.	6.00	DA GE		3000	Pesos. 150 180 200	Pesos. 100 120 160	Pesos. 45 50 70

Camarotes reservados de primera samara de solo dos literas, a Puerto-Rico, 170 pesos; a laHabana, 200 cada litera-El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. id. Se rehaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los níños de menos de dos años, gratis; de dos à siete, medio pasaje.

Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á as diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málagaly Cádiz, [en combinacion con los correos trasatlánticos.

Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á as dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

Barcelona.				Valencia.			Alicante.			Málaga.			Cádiz.		
1.	2.*	Cubta.	1.	2.	Cubta.	1.	2.*	Cubta.	1.*	2.*	Cubta.	1.*	2.*	Cubta	
Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos. 2.500	Pesos.	Pesos. 6'500 2'500	4	Pesos. 2'500	Pesos. 16	Pesos. 11'500			Pesos. 14'500		
6'500	14500	24500 84500	:	:		13,200	10.200	8	9.500	7.500	4,	20°500 16	10°500 3°500	6 2.50	

INGENIEROS CONSTRUCTORES. ESTABLECIDOS EL AÑO

(LASARTE, PROVINCIA DE GUIPUZCOA).

Unicos representantes y constructores para España y Portugal
máquinas de planear, picar y blanquear las piedras de moler tr
sistema privilegiado de S. Galay.

Constructores de toda clase de maquinaria, como molinos harine ros, de ac
bricas completas de papel, de algodon, de hierros, de bujias esteari as; motore
por é hidráulicos; transmisiones; prensas de todas clases; bombas y aparatos e
aguas en cantidades mayores; fundiciones de hierro y bronce, etc., etc. Unicos repres máquinas de GOICOECHEA Portugal de moler trigo, AÑO de de ele de de

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

ISLA DE CUBA.

Habana.—Sres. M. Pujolá y C.*, agentes generales de la islas Matanzas.—Sres. Sanchez y C.* Trinidad.—D. Pedro Carrera. Cienfucgos.—D. Francisco Anido. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros. Moron.—Sres. Rodriguez y Barros.
Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez.
Bemba.—1). Emeterio Fernandez.
Villa-Clar .—D. Joaquin Anido Ledon.
Manzanillo .—D. Eduardo Codina.
Quivican.—D. Rafael Vidal Oliva.
San Anlonio de Rio-Blanco.—D. José Cadenas.

denas.
Calabazar.—D. Juan Ferrando.
Caibartin.—D. Hipólito Escobar.
Guatao.—D. Juan Crespo y Arango.
Holguin.—D. José Manuel Guerra Alma-

Bolondron.—D. Santiago Muñoz. Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain. Cimarrones.—D. Francisco Tina. Jaruco.—D. Luis Guerra Chalius. Sagua la Grande.—D. Indalecio Ram Ouemado de Güines.— D. Agustin Mellado. Pinar del Rio.—D. José Maria Gil. Remedios.—D. Alejandro Delgado. Santiago.—Sres. Collaro y Miranda.

PUERTO-RICO.

San Juan.-Viuda de Gonzalez, imprenta y libreria, Fortaleza 15, agente gene ral con quien se entenderán los estable en todos los puntos importantes de la Isla.

FILIPINAS.

Manila - Sres. Sammers y Puertas, agen-

tes generales con quienes se entienden los de los demás puntos de Asia.

SANTO DOMINGO.

(Capital).—D. Alejandro Bonilla. Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon.

SAN THOMAS.

(Capital) .- D. Luis Guasp. Curavao.-D. Juan Blasini.

De'Barcelona a Valencia ValenciaAlicante

мелсо.

(Capital).—Sres. Buxo y Fernandez.
Veracruz.—D. Juan Carredano.
Tampico.—D. Antonio Gutierrez y Victory. (Con estas agencias se entienden todue las del resto de Méjico.)

Bogotá.—Sres. Medina, hermanos.
Santa Marta.—D. José A. Barros.
Cartagena.—D. Jose A. Barros.

VENEZUELA.

Caracas.—D. Evaristo Fombona.

Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestia.

La Guaira.—Sres. Marti, Allgrett y C.*

Maraicabo.—Sr. D'Empaire, hijo.

Ciudad Bolitar.—D. Andres J. Montes.

Barcelona.—D. Martin Hernandez.

Carúpano.—Sr. Pietri.

Maturin.—M. Philippe Beauperthuy.

Valencia.—D. Julio Buysse.

Coro.—D. J. Thielen. Coro .- D. J. Thielen.

CENTRO AMÉRICA.

Guatemala.—D. Ricardo Escardille.
S. Miguel.—D. José Miguel Macay.
Corta Rica (S. José).—D. Vicente Herrera.
Caliao.—D. J. R. Aguirre.
Arica.—D. Cárlos Eulert.

SAN SALVADOR. San Salvador .- D. Joaquin Gomar, y don

Joaquin Mathé. La Union.—D. Bernardo Courtade.

NICARAGUA.

S. Juan del Norte.-D. Antonio de Bar- ruro.-D. José Cárcamo.

HONDURAS.

Belize .- M. Garces.

Pangmá.—Sres. Ferrari y Dellatorre.
Colon.—D. Matias Villaverde.
Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola.
Medellin.—D. Isidoro Isaza.
Mompos.—Sres. Ribeu y hermanos.
Pasto.—D. Abel Torres.
Sabanaldaga.—D. José Martin Tatis.
Sincelejo.—D. Gregorio Blanco.
Barranquilla.—D. Luis Armenta.

PERÚ.

Lima.—Sres. Calleja y compañía. Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana Iquique.—D. G. E. Billinghurst. Punó.—D. Francisco Laudaela.

Piura.-M. E. de Lapeyrouse y C.*

BOLIVIA.

La Paz.—D. José Herrero. Cobija.—D. Joaquin Dorado. Cochabamba.—D. A. Lopez. Potoni.—D. Juan L. Zabala.

ECUADOR.

Guayaquil .- D. Antonio Lamota.

CHILE.

Santiago.-Sres. Juste y compañía. Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerra. Copiapó.—D. Cárlos Ferrari. La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos. Huasco.—D. Juan E. Carneiro. Concepcion .- D. José M. Serrate.

PLATA.

Buenos-Aires.—D. Federico Real y Prado. Catamarca.—D. Mardoqueo Molina. Córdoba.—D. Pedro Rivas. Corrientes.—D. Emilio Vigil. Paraná.—D. Cayetano Ripoll. Rosario.—D. Eudoro Carrasco. Salta. Sergio García.
Santa v. — D. Remigio Perez.
Tucum: u. — D. Dionisio Moyano.
Gua ega aychú. — D. Luis Vidal.
Pa sondu. — D. Juan Larrey. Tucuman .- D. Dionisio Moyano.

BRASIL.

Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba. Rio grande del Sur.—N. J. Torres Creh

Asuncion .- D. Isidoro Recalde.

PARAGUAY.

URUGUAY.

Montevideo.—D. Federico Real y Prado Salto Oriental.—Sres. Canto y Morillo.

GUYANA INGLESA.

Demerara .- MM. Rose Duff v C.*

TRINIDAD.

Trinidad.

ESTADOS-UNIDOS.

Nueva-York.—M. Eugenio Didier. S. Francisco de California.—M. H. Payot, Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.

EXTRANJERO.

Paris.-Mad. C. Denné Schmit, rue Fa vart, núm. 2. Lisboa.—Libreria de Campos, rua nova de Almada, 68. Londres .- Sres. Chidley y Cortazar, 71 Store Street.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.

La correspondencia se dirigirá à D. Víctor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesoreria Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada —Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2: Lóndres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en Paris con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.